



Rose

Brianne Miller



Rose

Brianne Miller



El contenido de este libro no podrá ser reproducido, ni total ni parcialmente, sin el previo permiso escrito del titular del copyright. Así mismo, queda prohibida su incorporación a cualquier sistema informático, ya sea por copia, transcripción o donación. Todos los derechos reservados.

Primera edición: Abril 2020

Título original: Rose

Brianne Miller© 2020

Diseño de Portada: Gema Millanes

Maquetación: Gema Millanes

Imágenes de portada: Adobestock

Prólogo

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Capítulo 17

Capítulo 18

Epílogo

Prólogo

30 de noviembre de 1855

Rose Henderson permanecía mirando por la ventana de su habitación los parterres de flores del jardín sumida en sus pensamientos. Llevaba toda su vida viviendo tras las paredes del *Bedlam*, el hospital psiquiátrico en el que sus padres la abandonaron cuando apenas era una niña por padecer una leve cojera en su pierna derecha. En vez de apoyarla y ayudarla a llevar una vida lo más normal posible se deshicieron de ella igual que si fuese un mueble viejo y había pasado todo ese tiempo echándose la culpa de ello. Pero ella no había hecho nada malo, ahora lo entendía. Desde que el marqués de Lansdowne llegó a su vida hacía ya dos años la había ayudado a entender que ella era la víctima de todo aquello, que sus padres eran dos despreciables seres sin corazón a quienes les había podido más el miedo al qué dirán que el amor por su hija. Pero ya no debía pensar más en aquello, en pocas horas sería libre por fin y empezaría a llevar una vida normal gracias al conde Warwick. El mejor amigo del marqués se había autoproclamado su salvador y había logrado que su madre firmase los papeles que le nombraban su tutor. Ahora él era su familia e iba a ocuparse de que se convirtiera en toda una dama. Rose estaba aterrada, se sentía como si se encontrase al borde de un precipicio a punto de saltar al vacío y no había a la vista ningún saliente al que ella pudiera agarrarse. Llevaba diecisiete años encerrada en ese manicomio y excepto el doctor Novak los médicos siempre la habían considerado tan loca como a todos los demás. ¿Qué pasaría si la sociedad también lo pensaba? ¿Cómo iba a lograr vivir si terminaba por arrastrar a su salvador hacia el escándalo?

—¿Estás lista, Rose?

Se volvió hacia el doctor Novak, que había sido lo más parecido a un padre para ella desde que se incorporó al equipo médico del hospital hacía casi un año, y sonrió.

—Tengo mucho miedo —reconoció ella.

—Es normal estar asustada, pero cuando empieces tu nueva vida verás que no hay motivo para estarlo.

—No lo entiende... siento pánico, doctor.

Novak se sentó sobre el camastro con un suspiro e hizo un gesto para que Rose le acompañara. La muchacha obedeció apoyando la cabeza sobre su hombro y él le palmeó suavemente la mano.

—Sé bien que lo desconocido es aterrador, Rose —empezó a decir el doctor—, pero no habría accedido a darte el alta si no supiera que este cambio es beneficioso para ti. No mereces estar aquí, eres una persona completamente sana y no debes seguir viviendo entre personas que no lo son.

—Aún no entiendo por qué el conde ha querido hacerse cargo de mí.

—Lansdowne se lo pidió.

—No, doctor. Kenneth le pidió que intercediera por él, no que se hiciera cargo de mí. Warwick tendría que haberse limitado a cumplir sus deseos.

—¿Te importa mucho que Kenneth no sea tu tutor?

—Warwick parece ser una buena persona, pero con Kenneth y Anne me sentiría mucho más segura.

—¿Por qué?

—Porque son mis amigos y sé que no les importará que termine metiendo la pata. Sé que ellos se preocuparán más por mi bienestar que por lo que digan los demás.

—¿Y crees que Warwick no?

—No lo sé, pero es mucho más serio que Kenneth y temo decepcionarle.

—¿Por qué ibas a hacerlo?

—¿Y si no puedo aprender a ser una dama? ¿Y si no sirvo para ello?

—Eso es una estupidez, Rose. Eres muy capaz de aprender modales y etiqueta, no es tan difícil y tú eres una chica lista.

Novak se levantó de la cama y le tendió la mano con una sonrisa.

—Vamos, es hora de que tengas la vida que mereces.

La muchacha siguió obedientemente al doctor hasta el salón principal. Recordó las terapias que lady Cornick y Anne habían impartido en él acompañadas por muchas otras damas, las veces que se había divertido enseñando a las chicas con problemas mentales a dibujar o a pintar con los dedos, y sonrió. Ella también se ocuparía de ayudar en las terapias en cuanto le fuera posible.

Vio a lady Adelaine Allingham, una de las amigas de Anne, sentada en la mesa del fondo con un par de niñas de no más de diez años a quienes estaba enseñando a bordar una pequeña flor en un trozo de tela, y se acercó a ella. La muchacha se levantó de inmediato con una sonrisa.

—Me alegra verte, Rose —dijo besándola en la mejilla— ¿Quieres unirte?

—Me encantaría, pero no puedo hacerlo. ¡Hoy me marcho de aquí!

—¿En serio? ¡Eso es estupendo! —exclamó Adelaine visiblemente contenta.

—El conde por fin ha logrado que mi madre le firme los papeles para convertirte en mi

tutor.

—Me alegro muchísimo por ti, Rose, de verdad. Te mereces salir de aquí.

—¿Conoces a Warwick?

—No demasiado —respondió su amiga pensativa—. En realidad no me he relacionado demasiado con caballeros estos últimos años, ya sabes que soy una chica florero.

—Me gustaría conocerle un poco más.

—¿Te gusta el conde? —preguntó su amiga con una sonrisa.

—¡Claro que no! —respondió ella azorada— Pero si va a ser mi tutor me gustaría saber un poco más de él.

—¿Y por qué no le preguntas a Anne? Es el mejor amigo de su esposo, al fin y al cabo.

—Creo que lo haré. ¿No te ha acompañado hoy Hester?

—Se encontraba algo indispuesta, creo que tiene una leve indigestión.

—Normal, con lo que le gusta comer...

Charles Alexander Bryant, séptimo conde de Warwick, encontró a su nueva pupila riendo a carcajadas con una de las damas que iban a ayudar en las terapias del hospital. Su sonrisa era capaz de iluminar toda la habitación y sabía que en parte esa sonrisa brillaba gracias a él. Después de meses de buscar a su progenitora por todo el país había logrado encontrarla y obligarla a firmar los papeles de la cesión de su tutela. Ahora él era responsable de Rose y por tanto de su felicidad.

Addison y Marion miraban con curiosidad a su nueva pupila. Sus hermanas eran la perfección encarnada... de cara a la galería. En la intimidad tenían una personalidad tan parecida a la de Rose que no dudaba que terminarían llevándose muy bien.

—Es muy guapa —comentó Marion.

—No parece estar muy loca —dijo Addison.

—Ya os he dicho que no lo está —protestó Charles—, únicamente padece una leve cojera. Vamos a acercarnos a ella.

En cuanto Rose se volvió y le vio, Charles pudo ver la alegría en su mirada, pero también el miedo a lo desconocido que llevaba grabado en ellos desde que se enteró de su decisión de autoproclamarse su tutor. La muchacha se acercó lentamente a ellos e hizo una reverencia que dejaba mucho que desear antes de dedicarle una sonrisa.

—Buenos días, milord —susurró.

—Buenos días, Rose —contestó él—. Déjame presentarte a dos de mis hermanas, Addison y Marion.

—Es un placer conocerlas —respondió Rose con otra reverencia.

—Para nosotras también lo es —contestó Addison cogiéndola del brazo—. Y deja los

formalismos, ahora somos familia.

—Es cierto —corroboró Marion—. Eres algo así como nuestra sobrina, ¿no es cierto?

—¿Tienes listo tu equipaje? —preguntó Charles antes de que las tres muchachas se enzarzaran en una cháchara sin sentido.

—Está en mi habitación —asintió Rose.

—¿Por qué no la acompañáis a recoger su abrigo mientras yo hablo con el doctor Novak? —sugirió— No tardaré demasiado.

—Muy bien, Charlie, te esperaremos en el carruaje —respondió Marion.

Inspiró con fuerza ante el apodo cariñoso de su hermana. Le encantaba que le llamara así pero le había dicho mil veces que no lo hiciera en público, ya hablaría con ella en cuanto llegasen a casa. Se acercó al despacho de George Novak con paso decidido y se dejó caer en el sofá con un suspiro.

—Sigo creyendo que es una pésima idea de que mis hermanas pasen unos días con Rose, Novak —protestó—. Solo llevan un día en mi casa y ya me han provocado una migraña.

—Será bueno para ella relacionarse con jóvenes de su edad, milord.

—Pero tiene que concentrarse en sus estudios, tenemos muy poco tiempo y mucho que enseñarle.

—Sus hermanas podrían ayudarle en ese aspecto, ¿lo ha tenido en cuenta?

—No soy capaz de controlarlas y terminarán haciendo lo que les venga en gana. Solo la reina es capaz de intimidarlas.

—No le tenía como un cobarde, milord —bromeó Novak.

—No es cobardía, sino sentido común.

—No querrá que la muchacha pase su primer baile bajo el ala de lady Lansdowne...

—Lady Lansdowne es una buena influencia para ella.

—Pero es algo mayor para relacionarse con Rose.

—Si Anne le escuchara se enfadaría muchísimo —sonrió Charles.

—Cierto, pero eso no me quita la razón.

—Por ahora mis hermanas permanecerán en Londres, ya habrá tiempo de que Rose y ellas traben amistad cuando volvamos a la ciudad.

Charles firmó los últimos papeles para el alta de Rose y se dirigió hacia el carruaje con paso decidido. Era hora de que esa pobre muchacha viviera por fin en libertad.

Capítulo 1

Rose precedió a las hermanas del conde hasta su modesta habitación. Se sentía algo cohibida pero intentó responder a sus muchas preguntas con una tímida sonrisa. Todos sus objetos personales se encontraban ya guardados en el baúl que las esperaba a los pies de la cama y excepto el tono rosado del papel pintado de las paredes nada de lo que quedaba en aquella estancia indicaba que había sido su hogar hasta entonces.

—¿Este es todo tu equipaje? —preguntó Marion cerrando el candado del baúl.

—Sí —contestó ella—, aquí no se nos permite tener demasiadas cosas.

—Pero tú eres una chica normal —protestó Addison dejándose caer en la cama—. ¿Por qué te tratan como al resto?

—Las normas están hechas para las personas enfermas de verdad, y aunque el doctor Novak me haya tratado de manera diferente hasta que él llegó yo era una enferma más.

—No entiendo por qué no puedes tener cosas bonitas por sufrir una enfermedad mental —se quejó Marion—. Locas o no, a todas las chicas nos gusta tenerlas.

—Puede haber incidentes desafortunados hasta por un simple cepillo del pelo bonito —explicó Rose.

—En cuanto te instales en *Wilton House* mi hermano se ocupará de subsanar eso —dijo Addison abrazándola suavemente de los hombros.

—No es necesario, tengo todo lo que necesito —respondió ella.

—Eso lo dices ahora, pero te aseguro que cambiarás de opinión en cuanto empiecen los bailes y las fiestas —dijo Marion.

—Yo no puedo bailar —reconoció Rose con tristeza.

—Mi hermano es un gran bailarín y podrá enseñarte a hacerlo —respondió Addison.

—No podrá —se lamentó la joven—. Tengo un problema en la pierna que me hace perder el equilibrio.

—Apenas se nota, Rose.

La voz de barítono del conde hizo que las tres muchachas volvieran la cabeza hacia la entrada de la habitación. Rose se quedó sin respiración al verle apoyado descuidadamente en el

quicio de la puerta. Warwick la intimidaba y no podía evitar que su estómago diera un vuelco cada vez que le veía. Sus ojos, del color del caramelo fundido, brillaban bajo el rayo de sol que se colaba por las rejas de la ventana mirándola fijamente.

—¿Estás lista? —preguntó el conde.

Rose asintió y se vio arrastrada por las hermanas de Warwick, que no dejaban de parlotear a su alrededor. Tanta atención la dejaba gratamente mareada, nunca nadie se había preocupado de ella con tanto ahínco a excepción de Kenneth y Anne y le gustaba sentirse tan arropada por las dos jóvenes. Ojalá permanecieran con ella todo el tiempo. Deseaba tener amigas de su edad que no tuvieran un problema mental como las chicas del sanatorio.

El aire fresco de la mañana impactó contra su rostro haciéndola tiritar y se refugió bajo la tela de su abrigo de lana, uno de los muchos regalos que le había hecho Anne desde que la conocía.

—Ya eres libre, pequeña —susurró el conde al pasar por su lado para abrirles la puerta del carruaje.

Sus palabras lograron que su corazón se saltase un latido. ¿Cómo sería su vida a partir de ese momento?

—Tenemos un lacayo que se ocupa de abrir la puerta, Charles —protestó Marion.

—Siempre es un placer abrir la puerta a tres encantadoras damas —respondió el conde con un guiño travieso.

Ayudó a sus hermanas a subir al carruaje y le tendió la mano para hacer lo mismo con ella. Sintió el temblor de Rose ante su contacto, pero sonrió y le apretó la mano con cariño.

—Deja de preocuparte, Rose —le pidió—, todo va a salir bien.

—Yo no estoy tan segura —susurró entre dientes.

El conde la retuvo mirándola con atención.

—¿Por qué dices eso? —preguntó.

—No sé si voy a ser capaz de convertirme en una dama, Charles.

—Milord —la corrigió él.

—¿Ves? Ni siquiera soy capaz de llamarte por tu título como debería, ¿cómo voy a ser capaz de recordar todas las normas sociales?

—Respira, pequeña. —La joven no se había dado cuenta de que contenía la respiración—. Tenemos tiempo de sobra para que lo aprendas todo antes del primer baile de la próxima temporada.

—Que esa es otra cuestión. ¿Cómo voy a bailar con mi problema?

—En la boda de Anne te atreviste a bailar.

—Eso fue porque Kenneth me guiaba y me sujetaba cuando perdía el equilibrio. Además, fue una boda íntima, no es lo mismo que un baile.

—También lograremos arreglar eso. ¿O es que no confías en mí?

—Claro que lo hago, pero...

—En ese caso deja de preocuparte y sube al carruaje —ordenó.

Rose obedeció con un suspiro y se sentó junto a la ventana, donde se había colocado Addison, la menor de las hermanas del conde. Él se sentó frente a ella, con Marion, y cerró los ojos en cuanto el carruaje empezó a moverse.

—Marion y yo nos hemos ocupado de decorar tu habitación —dijo Addison poco después.

—Esperamos haber acertado —añadió Marion—, pero si algo no te gusta solo tienes que decirlo y lo cambiaremos de inmediato.

—Seguro que será perfecto —contestó ella.

—Iremos a visitarte en cuanto mamá nos dé permiso —prometió Addison.

—¿No viviréis conmigo? —preguntó Rose aterrada.

—Me temo que no —suspiró Marion—. Lo intentamos, pero mi querido hermano se ha negado tajantemente a la idea.

—Ya os he dicho que Rose necesita concentrarse en sus estudios —protestó Warwick—. Tiene mucho que aprender en poco tiempo y vosotras solo conseguiríais distraerla.

—Podemos ayudarla —dijo Addison cruzándose de brazos.

—Vosotras estaréis demasiado ocupadas con los preparativos de vuestras respectivas bodas —contraatacó él.

—No nos casaremos hasta primavera —siguió Marion—, tenemos tiempo de sobra.

—He tomado una decisión y no voy a cambiar de opinión, así que dejad de intentar disuadirme —ordenó el conde.

—No te preocupes, pronto llegará la temporada y lo pasaremos muy bien asistiendo juntas a los bailes —prometió Addison palmeando la mano de la apenada Rose.

—Y te prometo que tía Millicent es encantadora y cuidará muy bien de ti —añadió Marion palmeándole la mano.

Charles apenas prestaba atención al parloteo incesante de las muchachas. A decir verdad, las únicas que hablaban eran sus hermanas y la pobre Rose se limitaba a mirarlas con los ojos abiertos de par en par. La muchacha no estaba acostumbrada a relacionarse con otras damas que no fueran la esposa de su amigo y sus amigas florero, que eran mucho más tranquilas y educadas que sus hermanas, y la estaban abrumando con su incesante cháchara, pero no tenía ni idea de cómo hacerlas callar. Por suerte pronto llegarían a la casa de sus padres en Park Lane y Rose y él podrían hacer el resto del viaje hasta *Wilton House* en silencio.

—Supongo que os iréis después de comer —dijo Addison mirándole con una ceja arqueada. El conde negó con la cabeza.

—Si salimos de inmediato llegaremos a *Wilton House* antes del anochecer —explicó—. De otra forma tendríamos que hacer noche en alguna parte.

—¡Pero Rose tendrá que comer! —protestó Marion.

—Podemos parar en cualquiera de las muchas posadas que hay en el camino, será mucho más rápido que hacerlo en casa.

—Rose necesitará estirar las piernas más de una vez—sugirió su hermana menor.

Charles sonrió ante el repentino instinto protector de sus hermanas. Rose causaba ese efecto en todo aquel que la conocía, ese era el motivo por el que se había convertido en su tutor legal en vez de limitarse a ayudar a su amigo Lansdowne a serlo, pero empezaba a ofenderle que sus hermanas le considerasen incapaz de pensar en el bienestar de su pupila.

—Haremos varias paradas durante el viaje, como hacemos siempre que vamos al campo —protestó.

—¡Queremos quedarnos con ella un poco más! —confesó al fin Addison— Tú vas a tenerla mucho tiempo para ti solo.

Charles observó a Rose taparse disimuladamente el rostro para ocultar una sonrisa. El conde sabía que toda esa atención era nueva para ella y que sus hermanas la estaban haciendo sentirse apreciada, algo que pocas personas habían hecho en su corta vida.

—Rose no es un juguete que podáis manosear a vuestro antojo —les regañó—. Debería daros vergüenza.

—No es eso lo que pretendía insinuar y lo sabes —respondió su hermana cruzándose de brazos—. Es nuestra sobrina y tenemos derecho a disfrutar de su compañía.

—¿Vuestra sobrina? —bufó el conde— ¿Insinúas que soy lo suficientemente viejo como para tener una hija de dieciocho años?

—Eres su tutor, así que eso la convierte en nuestra sobrina —insistió Addison.

—No vamos a detenernos en casa por mucho que insistáis —respondió Warwick.

—Pues déjanos ir a *Wilton House* con vosotros —pidió la mayor de las hermanas.

—Si nos quedamos con ella en el campo podemos ayudarla en sus clases y aprenderá más deprisa —intervino Marion.

El conde elevó los ojos al cielo en cuanto sus hermanas retomaron su retahíla. Ambas eran tercas como mulas y cuando algo se les metía entre ceja y ceja era imposible hacerlas flaquear.

—Es cierto —apoyó Addison—. ¿Qué sabes tú sobre moda o peinados, Charles?

—Tía Millicent sabe más que vosotras sobre el tema —respondió él intentando ocultar la sonrisa.

—Tía Millicent tiene más años que Matusalén —protestó Addison.

—Eso no tiene nada que ver con saber o no sobre moda.

—No, pero lleva décadas sin acudir a los bailes. ¿Es que quieres que vista a la pobre Rose

como un adefesio?

—¿No creéis que estáis exagerando un poco? —preguntó Charles.

—Rose necesita estar con damas de su edad —protestó Marion—. Se sentirá más a gusto que con una anciana.

—Podréis estar con ella durante los bailes de la temporada puesto que también vosotras debéis acudir.

—¿Y qué hará la pobre hasta entonces?

—Estudiar.

—¡Charles! —protestó Addison— También tiene que divertirse.

—¿Creéis que no soy capaz de entretener a mi pupila?

—Pero Charlie...

—Si lográis convencer a vuestros prometidos para que os den permiso podréis venir a pasar unos días con nosotros —les concedió al fin para terminar la discusión— pero hoy no podemos perder tiempo en quedarnos a comer.

Las dos hermanas sonrieron gratamente complacidas y cesaron por fin en su diatriba. Charles sabía que sus prometidos comían de la mano de sus hermanas, pero confiaba en que al menos su petición las retrasara lo suficiente para que Rose se estableciera y se acostumbrara a su nueva libertad. Cuando llegaron a casa de sus padres la nueva doncella de Rose subió al pescante a la vez que sus hermanas se bajaban del carruaje, dándoles así la oportunidad de marcharse sin demora. En cuanto los caballos se pusieron en marcha Charles se estiró cuan largo era en su lado del habitáculo y suspiró.

—Será mejor que te pongas cómoda, Rose —sugirió—. Tenemos un largo camino por delante.

—Me gustan tus hermanas —dijo la muchacha sin moverse—. Son muy simpáticas.

—Son buenas chicas, pero a veces puedes acabar superado por su cháchara.

—¿Por qué no querías que vinieran con nosotros?

—Porque solo conseguirán retrasarte, Rose. Tenemos mucho que hacer en poco tiempo y mis hermanas serán más una distracción que una ayuda, pero como has visto es imposible decirles que no.

—Aprenderé, te lo prometo. Estarás orgulloso de mí.

A Charles casi se le parte el corazón al escuchar esas palabras. Rose había tenido que vivir con la angustia de verse abandonada por sus progenitores y ahora sentía la obligación de no defraudarle.

—Pase lo que pase ya estoy orgulloso de ti, pequeña —susurró apretándole la mano—. Haber conseguido mantenerte lúcida durante tantos años en ese lugar ya es motivo suficiente de orgullo.

Ella le miró con esa sonrisa que lo iluminaba todo y el corazón de Charles se saltó un latido. Era la misma sensación que le había asaltado el día que la conoció y que le había impulsado a quedarse con ella. Literalmente. Lansdowne solo le había pedido que investigase a la familia de la muchacha para ocuparse personalmente de su tutela, pero en vez de limitarse a esa petición se había adelantado a su amigo y se había hecho cargo él mismo de la joven. Aún no sabía qué le había poseído aquel día para hacerlo, pero no se arrepentía en absoluto de ello.

—Pararemos pronto en una posada para comer —dijo el conde—. Después podrás dormir todo lo que quieras.

—No estoy cansada —contestó Rose desmintiendo sus palabras con un bostezo.

—Deberías intentar descansar, a partir de mañana trabajaremos duro para convertirte en una auténtica dama.

—Kenneth dice que ya lo soy —bromeó ella.

—Eso es porque Lansdowne —respondió él haciendo hincapié en el título de su mejor amigo— hace tiempo que dejó de ser un caballero.

Capítulo 2

Rose debió haberse quedado dormida, porque cerró los ojos y cuando los abrió poco después el carruaje entraba en el patio de una posada. Se estiró con un bostezo y se irguió en el asiento cuando se percató de la mirada divertida de su acompañante.

—¿Qué ocurre? —preguntó mirando su vestido nuevo, que aunque estaba un poco arrugado del viaje parecía estar en buen estado.

—Menos mal que no tenías sueño —rió el conde—. Te has dormido en menos de un segundo.

—No he pegado ojo en toda la noche —reconoció Rose—. Estaba demasiado nerviosa como para dormir.

—No tienes por qué estarlo, te prometo que todo saldrá bien.

—Tienes demasiada fe en mí.

—Normalmente no apuesto por nada si no estoy seguro de que voy a ganar, Rose. Por eso he apostado por ti.

Cuando el lacayo abrió la puerta la muchacha aceptó la mano que le tendía para bajar. Agradeció el apoyo, no estaba acostumbrada a bajar de un carruaje y su leve cojera se lo ponía aún más difícil, pero logró llegar al suelo sin terminar cayendo de bruces. Frente a ella había una mujer ataviada con un uniforme de sirvienta que la miraba con curiosidad.

—Rose, ella es Nora —las presentó el conde—. Será tu doncella a partir de ahora.

—Es un placer, milady —dijo Nora con una impecable reverencia.

—Lo mismo digo —respondió Rose imitándola.

—Tú no tienes que hacer reverencias al servicio, Rose —susurró el conde—. Ahora tú eres la dama.

Warwick pidió una habitación para que ella pudiera refrescarse y un comedor privado donde poder almorzar, y Nora la acompañó escaleras arriba. En cuanto entró en el cuarto Rose se dejó caer sobre la cama con un suspiro y lanzó por el aire los apretados zapatos de tacón que el doctor Novak le había obligado a ponerse.

—No siento los pies —suspiró cerrando los ojos—. Esos zapatos me estaban matando.

—El conde ha mandado subir un cubo de agua caliente, milady. En cuanto el posadero nos lo haga llegar podrá meter los pies en remojo para aliviar el dolor.

—Echo de menos las zapatillas que llevaba en *Bedlam* —reconoció—. Eran muy cómodas y blanditas.

—¿Estuvo en *Bedlam*, milady?

—Así es, Nora. Mis padres se deshicieron de mí cuando descubrieron mi problema en la pierna.

—Lo siento mucho, milady.

—Por suerte el mundo cuenta con buenas personas como el conde, que se ha ocupado de mí y va a convertirme en una dama.

—Lord Warwick es todo un caballero, milady. Todo el que trabaja en su casa es tratado con respeto y estamos muy orgullosos de estar a su servicio.

En cuanto estuvo aseada Rose bajó al salón donde la esperaba Warwick, que tomaba una copa de vino junto a la ventana. Debía haberse aseado también porque aún tenía el cabello húmedo. Rose permaneció un momento observando su rostro de perfil maravillada por su innegable belleza. Cuando notó su presencia el conde se volvió hacia ella con una sonrisa y le sirvió una copa de vino.

—Nunca he tomado vino, milord —reconoció.

—Lo sé, pero a partir de ahora deberás tomarlo en las reuniones sociales, así que es mejor que te vayas acostumbrando. Es oportuno, te gustará.

Rose aceptó la copa que el conde le ofrecía y dio un buen trago al aromático licor. Era dulce, y al tragarlo el calor bajó por su garganta hasta su estómago haciéndola toser. El conde sonrió y le quitó la copa de entre los dedos ofreciéndole una servilleta para limpiarse la boca.

—Debes beberlo a pequeños sorbos, de lo contrario te atragantarás —explicó en un susurro.

—Quema —protestó ella.

—Es el alcohol, te acostumbrarás.

Warwick fijó su mirada en el rostro arrojado de la muchacha debido al alcohol y volvió a sentir un vuelco en el estómago. Era la misma sensación que sintió la primera vez que la vio el día que descubrió que su mejor amigo no estaba loco. Rose jugaba con Anne persiguiendo mariposas y fue incapaz de apartar su mirada de la sonrisa de la joven. En ese momento achacó el acelerado ritmo de su corazón a su amor imaginario por la ahora lady Lansdowne y no fue hasta que era demasiado tarde que se dio cuenta de que no era ella la causante de tal agitación, sino la pequeña Rose. Charles se sentía terriblemente culpable por poseer esos sentimientos, ahora era su tutor y debía velar por ella, así que no podía permitirse pensar en Rose como otra cosa que no fuera su hermana pequeña.

Una mujer regordeta entró en el comedor en ese momento portando una fuente de asado de

venado seguida por una joven que llevaba pasteles de arroz, patatas y guisantes con mantequilla. La muchacha sirvió la comida en los platos y se retiró de la mesa.

—Espero que sea de su agrado, milord —dijo la mujer con una reverencia.

Charles hizo un leve movimiento de cabeza y ambas mujeres se marcharon.

—Podrías haberles dado las gracias —protestó Rose—, han sido muy amables con nosotros.

—Los nobles no agradecemos su trabajo al servicio, Rose, les pagamos por ello.

—Aun así nunca está de más el agradecimiento, seguro que hacen su trabajo con más ánimo si se les reconoce.

—Tienes mucho que aprender, pequeña. Vamos, come, no tenemos tiempo que perder.

A Rose la comida le supo a gloria aunque Warwick dijera que no era gran cosa y dejase su plato a la mitad. Después de comer retomaron la marcha, y aunque el día era gris y lluvioso al anochecer Rose vio las luces de *Wilton House* recortándose en el horizonte. La mansión parecía tan grande como *Bedlam*, aunque le era imposible distinguirla bien.

—¿Esa es tu casa? —preguntó Rose.

—Ahora es la tuya también.

—Es preciosa —suspiró la muchacha.

—Apenas se ve —rió el conde.

—Igualmente me encanta.

El conde la ayudó a bajar del carruaje cuando llegaron al patio de entrada y un mayordomo ataviado con un impecable uniforme y guantes blancos les abrió la puerta principal con una reverencia.

—Bienvenido, milord. Lady Henderson...

Rose se quedó boquiabierta al ver el enorme recibidor de la mansión de suelos de mármol. Dos enormes escaleras con barandilla de madera maciza presidían la estancia y frente a la puerta había una cristalera que daba al jardín. Una mujer alta y esbelta de cabello cano se acercó a ellos con una sonrisa tan dulce que Rose no pudo evitar corresponderla.

—Bienvenido, querido —dijo la mujer besando a Warwick en la mejilla.

—Buenas noches, tía —respondió el conde tomando las manos de la dama entre las suyas—. No debiste esperarnos levantada.

—Tonterías, quería conocer cuanto antes a esta preciosidad.

Se acercó a Rose y la hizo dar una vuelta completa para mirarla con atención.

—Tenemos mucho trabajo por delante, querida, aunque estoy segura de que cuando termine contigo serás la belleza de la temporada —dijo.

—¿De veras lo cree? —preguntó la muchacha esperanzada.

—¿Acaso no te has mirado nunca al espejo, querida? —preguntó tía Millicent— Aunque

necesitas algunos cuidados eres una auténtica preciosidad.

Rose sonrió algo azorada y Warwick le acarició la cabeza con ternura.

—Ve a descansar, Rose —ordenó—, mañana será un día muy largo.

—Tienes razón, querido —corroboró tía Millicent—. Vamos, querida, te acompañaré a tu habitación.

Rose observó al conde por encima del hombro mientras tía Millicent la arrastraba hacia las escaleras de la derecha. Warwick le sonrió tranquilizadamente y se marchó por la escalera contraria.

—Los sirvientes te subirán agua caliente para lavarte —explicó la anciana—. Mañana habrá tiempo de sobra para que te des un buen baño.

—Gracias, milady.

—Nada de formalismos conmigo, jovencita. Llámame tía.

—Muy bien, mi... tía.

Rose miró atentamente las paredes empapeladas con motivos florales y los preciosos muebles de madera de su habitación. En su cuarto del hospital solo tenía una cama y un pequeño armario donde guardar sus pocas pertenencias y ahora tenía un sifonier, dos mesitas de noche a juego con la cama, un escritorio precioso dotado de papel de carta y pluma, y un tocador sobre el que descansaban varios botes de perfumes y cremas de aromas frutales. Una pequeña puerta daba paso al excusado, en el que encontró una enorme bañera y un retrete, y a la derecha de la cama una puerta de cristal daba a un enorme balcón en el que distinguió una mesa de forja con un juego de sillas.

Todo eso era más de lo que podía desear. Se sentía abrumada por el lujo, el conde la había rescatado de una vida absurda y sin sentido para ella y no podía estarle más agradecida por ello. Debía devolverle todo lo que estaba haciendo por ella de alguna manera, por ello iba a esforzarse muchísimo para llegar a ser la dama que el conde merecía que fuera.

—¿Te gusta la decoración? —preguntó la anciana.

—Me encanta —suspiró la muchacha.

—Addison y Marion se alegrarán de oír eso. Se han esforzado mucho para convertir esta habitación en un lugar acogedor para ti.

—Es perfecto —respondió ella sentándose en la otomana junto al fuego—. Podría pasarme el día entero sentada aquí dibujando.

—Me temo que eso no será posible por el momento, tienes muchas cosas que aprender en muy poco tiempo.

Nora ya estaba en su habitación y había sacado de su baúl su sencillo camisón de algodón. Tía Millicent lo tomó entre sus dedos y lo miró con un gesto que Rose no pudo descifrar.

—Definitivamente hay que confeccionarte un guardarropa completo —suspiró la dama—.

Este camisón no es digno de una dama.

—Pero es nuevo... —se disculpó Rose— El doctor Novak me lo compró hace unos días.

—Es evidente que ese tal Novak no entiende demasiado sobre mujeres. Este pedazo de tela no puede llamarse camisón. —Lo dejó sobre la cama y se volvió hacia ella con un suspiro—. Espera aquí, no tardaré.

Rose observó a tía Millicent salir de la habitación y se lanzó sobre la mullida cama con una sonrisa. El colchón era blando y las mantas suaves al tacto, a diferencia de su cama de *Bedlam*, de colchón duro y mantas ásperas. Nora entró en ese momento portando una jarra llena de agua caliente que vació en la jofaina, y Rose se lavó un poco antes de volverse para que la doncella deshiciera los cordones del vestido y lo dejase caer al suelo. Tía Millicent le trajo un precioso camisón de algodón y encaje con una bata a juego, y lo dejó sobre la cama para que Rose se lo pusiera.

—Esto es un camisón digno de una dama, querida —explicó la dama—. Tal vez te quede un poco largo, pero para esta noche servirá. Mañana le cogeremos el bajo para que puedas utilizarlo hasta que la modista confeccione tu guardarropa.

—Gracias, tía.

—No tienes que darlas —respondió la mujer quitándole importancia al asunto con un movimiento de su mano—. Ahora eres mi sobrina y pienso malcriarte tanto como a las demás.

Tía Millicent se marchó seguida de Nora y Rose se dejó caer sobre la otomana. El crepitar del fuego en la chimenea era tan relajante que pensó en meterse de inmediato en la cama, pero un lacayo golpeó suavemente en la puerta y le trajo una bandeja con un trozo de pastel de verduras y faisán. Cenó tranquilamente sentada frente al fuego y con un bostezo se metió en la mullida cama de gruesas mantas. Rose inspiró con fuerza el olor a lavanda de las sábanas y acarició las suaves mantas con la mano. Podría dormir durante días acurrucada en ese pequeño trocito de cielo. De no ser porque posiblemente el resto de los habitantes de la casa ya estarían durmiendo habría gritado de felicidad. Nora cerró las cortinas de la cama antes de marcharse a su habitación, Rose se acurrucó en la cama con una sonrisa... y se quedó profundamente dormida.

Capítulo 3

Los rayos del sol despertaron a Rose a la mañana siguiente cuando tía Millicent abrió las cortinas de las ventanas de su habitación de par en par. Se despertó en la cama con un bostezo y se sentó con las piernas cruzadas observado con curiosidad a los sirvientes, que portaban cubos llenos de agua hasta su bañera.

—Buenos días, Rose —dijo tía Millicent al volverse hacia ella—. Levántate, debemos empezar a prepararte.

—¿Voy a darme un baño? —preguntó la joven con curiosidad.

—Harás mucho más que eso, criatura. Vamos, sígueme.

Rose se calzó sus zapatillas y corrió detrás de la mujer, que se deshizo del camión de la joven sacándoselo por la cabeza y le hizo una señal para que se metiera en la tina. El agua estaba demasiado caliente para ella, pero cuando intentó levantarse tía Millicent la empujó de los hombros para dejarla sentada en el fondo.

—¡Quema! —se quejó.

—Aguanta un poco, pronto te acostumbrarás a la temperatura.

Nora la enjabonó y se encargó de frotar su piel con un cepillo de cerdas hasta que toda ella lució de un tono rosado y la aclaró con un balde de agua helada. Repitió la operación un par de veces más, y para cuando Rose salió de la tina su piel estaba erizada y no podía dejar de temblar.

—Tengo mucho frío —protestó.

—Lo sé, pequeña —respondió tía Millicent—, pero me temo que para estar bellas debemos sufrir un poco.

En vez de permitirle vestirse la envolvieron en una bata y la hicieron sentarse en una silla junto a la bañera, que varios sirvientes llenaron de agua limpia con flores de jazmín. Nora echó su cabeza hacia atrás y Rose pensó que iba a partirle el cuello en dos.

—Vamos, levanta la cara y cierra los ojos —ordenó tía Millicent.

—Ya estoy más limpia de lo que he estado en toda mi vida —protestó ella—. ¿Podemos parar ya?

—Aguanta un poco, Rose —contestó la mujer palmeándole la mano—. Ahora eres una dama

y tienes la piel de una sirvienta, debemos remediarlo de inmediato.

Nora cubrió su rostro con una mezcla de limón y clara de huevo y la dejó secar mientras enjabonaba su largo cabello rubio. A continuación retiraron la mezcla anterior y volvieron a untarle la cara, esta vez con una mascarilla hecha con puré de pepino. Enjuagaron su cabellera con el agua de la tina y la embadurnaron con una mezcla de huevo y mayonesa para cubrirla después con una toalla.

—Esto es asqueroso —protestó Rose.

—Suavizará tu cabello, que ahora mismo parece esparto —explicó tía Millicent.

—¿Y tengo que hacer todo esto cada vez que me bañe? —preguntó Rose— ¡Terminaré a la hora de dormir!

—Solo esta vez, Rose —respondió tía Millicent sonriendo—. Después te enseñaré algunos trucos para mantener tu piel y tu cabello bien cuidados sin necesidad de llegar a este extremo.

Cuando le volvieron a lavar el pelo Rose creyó que se había terminado su tortura, pero nada más lejos de la realidad. Tía Millicent la hizo bajar a las cocinas, donde habían colocado una enorme tina llena de barro.

—Entra —ordenó la mujer deshaciéndose de su bata y colocándose un delantal.

—No pienso entrar ahí ahora que estoy reluciente como la cubertería de plata —protestó la joven cruzándose de brazos.

—El barro nos ayudará a retirar las impurezas de tu piel.

—¿Y por qué no hemos hecho esto antes de bañarme?

—Rose, no sé cuántas veces te bañabas en el sanatorio, pero ahora que eres una dama debes acostumbrarte a hacerlo a menudo.

—Pero tía...

La mujer la miró con severidad y Rose se metió obedientemente en la tina de barro.

—Voy a coger frío de tanto lavarme —protestó.

—No permitiremos que eso ocurra. Vamos, siéntate para que el barro cubra toda tu piel.

Rose se sumergió en el barro, se puso de pie y tuvo que permanecer inmóvil hasta que todo el barro de su cuerpo se secó. Tras repetir la operación tres veces más, Rose se sintió como Eva cuando Dios la estaba creando de la costilla de Adán. Tía Millicent la hizo tumbarse en una mesa de madera y entre ella y Nora la frotaron con guantes de cuero.

—¡Me duele! —protestaba ella.

—Ya casi está —respondía tía Millicent cada vez.

Cuando Rose subió a su habitación estaba tan cansada que solo tenía ganas de volver a meterse en la cama y dormir hasta la mañana siguiente. ¿Cómo era posible que estar guapa implicase tanto sacrificio? En vez de dejarla dormir la cubrieron con una crema hecha de aceite de almendras y coco, y la ayudaron a vestirse para desayunar. Su doncella la ayudó a ponerse uno

de los vestidos que el conde le había enviado mientras esperaban que los detectives encontrasen a su madre. Era de muselina celeste, con pequeñas rosas bordadas en el corpiño y el bajo del vestido y un lazo rodeando su cintura. Tía Millicent la miró de arriba abajo con aprobación y la hizo dar una vuelta completa para inspeccionarla detenidamente.

—Hemos hecho un gran trabajo —dijo a Nora.

—¿Puedo ir a desayunar ya? —preguntó Rose.

—Aún debes peinarte —respondió la dama—, Nora se encargará. Nos vemos en el comedor, querida.

—El conde llevará mucho rato esperándome —protestó cuando tía Millicent salió de la habitación.

—No se preocupe por el conde, milady —respondió Nora—. Los caballeros están acostumbrados a esperar a las damas.

—Pero hemos tardado demasiado, no entiendo por qué necesito tantos cuidados.

—¿Ha visto usted a las damas de la alta sociedad? —preguntó la doncella— Todas tienen la piel suave y perfumada y el cabello sedoso y reluciente. Debíamos hacer lo mismo con usted para que los caballeros se fijen en usted.

—Me niego a sufrir este calvario solo para que los caballeros me encuentren aceptable.

—No siempre será así, milady. Ahora que ya hemos conseguido suavizar su piel y su cabello solo tendrá que mantenerlo.

—Mientras no tenga que volver a zambullirme en el barro...

—Eso no puedo asegurárselo.

Nora calentó una barra de hierro en el fuego de la chimenea y fue enredando en ella mechones de su cabello hasta que consiguió tenerlo completamente rizado. Recogió gran parte de su melena en un sencillo moño en su coronilla que adornó con un lazo y dejó algunos tirabuzones colgando alrededor de su cara. Le puso un poco de perfume de jazmín bajo las orejas y en las muñecas y la observó con aprobación. Rose no podía creer que aquella bella criatura que la miraba desde el espejo de cuerpo entero de su habitación fuera ella misma. Hizo varios movimientos esperando que la figura no los repitiera para descubrir el engaño, pero lo único que logró fue hacer reír a su doncella.

—Le aseguro que es usted, milady —dijo Nora.

—No puede ser verdad —exclamó Rose—. Me he mirado infinidad de veces en el espejo y esa de ahí no soy yo.

—¡Por supuesto que lo es! Solo había que rascar un poco la superficie para ver su belleza real, milady.

—Has hecho un trabajo excelente, Nora. Parece magia.

La sirvienta se persignó y salió de la habitación murmurando. Rose temió haberla ofendido

con su comentario y salió a disculparse pero no logró alcanzarla, así que decidió dejarlo para otra ocasión y bajó las escaleras en busca del comedor. En el recibidor, el mayordomo se acercó a ella e hizo una reverencia.

—Buenos días, milady —dijo—. ¿Puedo ayudarla?

—La verdad es que sí, eh...

—Robert, milady.

—¿Puedes llevarme hasta el comedor, Robert? El conde debe estar esperándome para desayunar y aún no conozco la casa.

—Por supuesto, milady. Sígame.

Charles bebió un sorbo de la segunda taza de café que tomaba aquella mañana. Había pensado en esperar a Rose para desayunar pero tía Millicent le había advertido de su tardanza, así que decidió calmar su apetito con el café. Miró por enésima vez el reloj que descansaba sobre la repisa de la chimenea y suspiró. ¿Cuánto más podían tardar en preparar a Rose? Sinceramente creía que con un buen baño y ropa decente era más que suficiente, pero su tía no estaba en absoluto de acuerdo con él.

—Tiene que lucir como una dama, Charles, no como una campesina —había dicho la mujer ante sus protestas.

—Ha estado bien cuidada en el sanatorio durante el último año, tía —respondió él—. No ha estado completamente abandonada.

—Está limpia, es cierto, pero su piel y su pelo dejan mucho que desear. Si quieres que la muchacha logre un buen matrimonio tendrás que confiar en mi criterio.

—¿Y por qué no empezáis después de desayunar? Así la pobre podrá sufrir el calvario con el estómago lleno.

—Las damas deben salir de sus alcobas perfectamente vestidas y peinadas. No pensarás que voy a permitirle desayunar en camisón...

—¿Y qué más da? Estamos en familia.

—Lo sé, pero tú no dejas de ser un hombre y ella una muchacha joven y bonita.

Y allí estaba él, calmando el rugido de su estómago con sorbos de café para no ser desconsiderado con ella. Se sentó de nuevo en su silla y ojeó por segunda vez el periódico, deteniéndose un poco más en las noticias que eran de su interés.

—Siento haberle hecho esperar, milord, pero se han empeñado en hacerme sufrir —le llegó la voz de Rose desde la puerta.

Charles bajó el periódico y levantó la mirada hacia ella. La muchacha que permanecía de pie ante él era apenas una sombra de la joven a la que había rescatado el día anterior. Aunque Rose siempre había estado pulcramente vestida y aseada él jamás habría podido imaginarse la

belleza arrebatadora que se escondía tras años de descuido. Su cabello ahora estaba brillante y sedoso y sus mejillas sonrosadas mostraban una suavidad que no habían mostrado antes. Nunca había visto a una joven tan hermosa, los caballeros matarían por llamar su atención en cuanto pulieran su educación y sus modales.

Se levantó lentamente de la silla y se acercó a ella, que le miraba esperando una reacción al cambio. Charles la tomó de la mano para hacerla dar una vuelta completa y poder admirarla desde todos los ángulos. El vestido que había elegido su tía realzaba su figura y los tirabuzones que enmarcaban su rostro la hacían parecer aún más juvenil. Rose poseía una belleza que había logrado dejarle sin aliento.

—Estás absolutamente arrebatadora, Rose —susurró.

—¿Y eso es bueno o malo? —preguntó ella con los brazos en jarras— Porque si he pasado horas sufriendo un calvario para que el resultado sea malo...

Charles no pudo evitar sonreír. Rose era un soplo de aire fresco para cualquiera que se cruzase en su camino. Su franqueza le gustaba, aunque a partir de ahora tuviese que enseñarla a controlarla era el rasgo de su personalidad que más admiraba de todos.

—Es bueno, por supuesto. Definitivamente serás la debutante más solicitada de esta temporada.

—Me conformo con que estés orgulloso de mí.

—No podría estar más orgulloso de lo que ya estoy, Rose. El simple hecho de mantenerte cuerda dentro del sanatorio es motivo para estarlo.

El estómago de Rose eligió ese momento para empezar a gruñir y la muchacha agachó la cabeza, sujetándose el estómago avergonzada y logrando que el conde riera a carcajadas.

—No te preocupes —la calmó—, es normal tener hambre después del duro trabajo de esta mañana.

—No me han dejado tomar ni un poco de té —se quejó la muchacha.

—Vamos, sírvete el desayuno —ordenó señalando el aparador repleto de comida—. Yo te serviré esa taza de té.

Rose observó detenidamente las innumerables fuentes que inundaban la mesa: huevos, beicon, jamón... En el hospital no se comía mal desde que Novak llegó, pero jamás habían tenido una mesa de desayuno tan repleta como aquella. Como no era capaz de decidir se puso un poco de cada cosa en el plato ante la divertida mirada de Warwick, que tuvo que reprimir una carcajada.

—Soy incapaz de elegir una sola cosa porque muchas de ellas no las he probado nunca —se disculpó ella.

—A partir de ahora eso cambiará.

—Todo tiene una pinta estupenda, seguro que está delicioso.

—A la cocinera le agradará escuchar eso.

Charles sirvió un par de salchichas y unos huevos en su propio plato y se sentó junto a ella para desayunar. Rose comió un poco y empezó a marear la comida en el plato con un tenedor, como si se sintiera avergonzada de haberse servido demasiado.

—Come —ordenó el conde—. Te espera un día muy duro y tienes que tener fuerzas.

—No puedo más, he sido una glotona y ahora esa comida se desperdiciará.

Sabía que mentía, era tan transparente como el cristal, pero él no iba a hacerla sentir peor de lo que ya lo hacía.

—Te aseguro que no se desperdiciará —respondió el conde con una sonrisa.

Warwick se llevó los dedos a los labios y lanzó un silbido agudo. Casi de inmediato dos perros se acercaron trotando hasta él. Eran de estatura media, con un sedoso pelo largo de color negro y una enorme mancha blanca alrededor del cuello que parecía una bufanda. Uno de ellos apoyó la cabeza en el regazo del conde mirándole con devoción y el otro, más travieso, saltó sobre Rose haciéndola chillar muerta de miedo.

—*Ramsés*, quieto —ordenó el conde.

El perro se bajó de las faldas de la muchacha de inmediato y ambos canes se sentaron sobre sus patas traseras con sendas lenguas colgando de sus bocas. Rose permanecía paralizada con la mirada puesta en los perros, Charles podía ver el latido de su corazón desbocado en su cuello y acarició a los animales para que ella se tranquilizara.

—No te morderán, Rose —susurró—. *Ramsés* es un poco travieso porque aún es un cachorro y solo quiere jugar. *Duque* está bien entrenado y no saltará si no se lo pides.

—Nunca he estado junto a un perro tan grande —reconoció ella—. El doctor nos trajo en una ocasión unos cachorros al hospital pero podía acunarlos en la palma de mi mano.

—Cuanto más grandes son más nobles suelen ser, no tengas miedo.

Rose alargó su mano temblorosa hacia *Ramsés*, que se encontraba más cerca de ella. El can alargó el hocico para colocarlo debajo de su palma y cerró los ojos en cuanto la joven empezó a acariciarle entre las orejas, haciéndola sonreír. El otro perro sintió celos de su hermano e intentó apartarlo para reclamar su momento de atención y Rose empezó a reír a carcajadas.

—Son muy celosos —explicó Charles—, los dos quieren ser el centro de atención.

—Nunca había visto perros como estos.

—Son *Collies*, provienen de Escocia.

—Son muy listos, ¿verdad?

—Mucho, y harán lo que les pidas si les premias por ello con un trozo de salchicha.

Charles hizo una señal con el dedo y *Duque* levantó la pata de inmediato, siendo recompensado con un poco de carne. *Ramsés* imitó a su hermano al ver la recompensa y Rose rompió a reír. Cuando tía Millicent entró en la habitación poco después encontró a Rose de rodillas en el suelo entre los dos animales, recibiendo a cambio de sus atenciones algún que otro

lengüetazo.

—¡Por Dios santo, criatura, levanta de ahí! —exclamó tía Millicent entrando en el salón.

—Déjala, tía —intervino el conde—. Es su primera experiencia con mascotas.

—Las damas no andan tiradas en el suelo con sus mascotas, Charles —protestó Millicent—. Hemos pasado horas adecentándola para que tus chuchos la dejen llena de babas.

—Tía Millicent es más amiga de los gatos —susurró el conde— pero en mi opinión son mucho más traicioneros y ariscos que *Duque* y *Ramsés*.

—Si habéis terminado de desayunar me gustaría seguir con mi tarea —dijo la mujer.

—¿Por qué no lo posponemos para mañana? Apuesto a que Rose estará exhausta después de vuestra tarea matutina y me gustaría llevarla de paseo a conocer la propiedad.

—Rose necesita descansar un poco después del trajín de esta mañana —se negó la mujer—. Podréis ir a montar esta tarde después de la hora del té.

—No estoy cansada, tía Millicent —añadió Rose.

—En ese caso debemos empezar con tus lecciones, querida.

—Toda dama debe aprender a montar a caballo —replicó el conde—. Esta lección es tan buena como cualquiera para empezar.

Charles guiñó un ojo a Rose logrando que la muchacha se sonrojase. Desde que casi la atropella un carruaje el año anterior a Rose le aterraban los caballos, por eso él veía imperante que la joven empezara a familiarizarse con ellos cuanto antes.

—Es más importante que aprenda modales y reglas de etiqueta, Charles —dijo su tía—. Puedes dejar tus lecciones para esta tarde.

Rose sonrió al conde a modo de disculpa y siguió a tía Millicent. Charles suspiró y se dirigió a su despacho, donde pasó gran parte de la mañana respondiendo al correo, pero no podía dejar de pensar en Rose. En qué estaría haciendo, en cómo se sentiría ahora que había salido del sanatorio... decidió salir a montar por el campo para dejar de pensar en ella, tal vez el aire fresco le sentara bien.

Capítulo 4

Rose siguió a tía Millicent hasta su habitación, que nada tenía que ver con la suya. Mientras que en la de la joven predominaban los tonos rosados y pastel, la habitación de tía Millicent estaba decorada con un sobrio papel color mostaza y muebles de roble sencillos y sin adornos. La enorme cama con dosel estaba vestida con una colcha del mismo tono que las paredes y lo único que destacaba en el tocador era un bote de perfume y un cepillo de plata.

La joven se había resignado a seguir sufriendo una tortura, había aprendido aquella mañana que para ser una dama era imprescindible sufrir. Tía Millicent sacó de uno de los cajones de su armario un enorme libro que puso sobre sus rodillas cuando se sentó en un sillón junto a la chimenea apagada.

—Sé que puedo parecer autoritaria a veces, Rose, pero necesito que entiendas que lo estoy haciendo por tu bien —dijo.

—Lo entiendo, tía. Quiero ser una dama y trabajaré muy duro para conseguirlo.

—Muy bien, en ese caso comencemos la lección. Ser una dama no es cuestión de dinero, sino de modales. La dama debe ser una madre perfecta y esposa sumisa, ir siempre bien vestida, cuidar de su casa y de sus hijos y atender todas las necesidades de su esposo.

Rose asintió sin perder detalle de lo que la mujer le decía. Habría tomado notas, pero no sabía escribir y su lectura dejaba aún mucho que desear, así que optó por aprenderlo todo de memoria.

—De cara a la galería, por supuesto —continuó la mujer—. Tras las cuatro paredes de tu hogar tú serás quien gobierne, y a los hombres no les hace ningún bien creerse el centro de todo. —La joven miró a la anciana con los ojos como platos—. No me mires así, querida, una vez estuve casada y sé de lo que hablo.

—Creía que era soltera.

—Viuda —la corrigió la mujer.

—¿Y si me caso con un hombre que no sea bueno conmigo?

—Puedes estar tranquila al respecto, querida, mi sobrino jamás lo permitiría. Si el hombre con el que termines casándote te maltrata solo tienes que decírselo a Charles y pondrá fin al

matrimonio de inmediato.

Eso tranquilizó mucho a Rose. Había oído que había hombres que pegaban a sus mujeres si no hacían lo que ellos ordenaban y temía haber salido del sanatorio para terminar en un lugar mucho peor.

—Las mujeres deben moverse con elegancia —continuó tía Millicent poniéndose de pie—. Caminas encorvada, tesoro, y eso estropea su figura y te hace poco atractiva a ojos de los caballeros.

La mujer la enderezó empujándola de la cintura y del trasero y colocó el libro sobre la cabeza de Rose.

—Vamos a corregir tu postura de una manera muy simple —dijo tía Millicent volviendo a su asiento—. Si te encorvas, se caerá. Camina de un lado a otro de la habitación y no lo dejes caer.

—Pero mi cojera me impide andar recta.

—Tu cojera no será impedimento para que lo hagas lo mejor posible.

—¿Durante cuánto tiempo tengo que caminar con el libro en la cabeza?

—El necesario hasta que lo hagas con la suficiente soltura, criatura.

—¿Y qué pasará si se me cae?

—Simplemente volverás a empezar.

Para Rose fue imposible mantener el libro intacto sobre la cabeza debido a su cojera. Lo había intentado una y otra vez a pesar de que tía Millicent había dado por terminada la lección horas antes, porque no quería defraudar a los que ahora eran su familia. A la hora del almuerzo ya dominaba el arte de caminar erguida aunque le frustraba no haber logrado esa pequeña proeza. Cuando llegó al comedor estaba famélica, pero aunque se moría de ganas de sentarse a la mesa se paseó por la sala mostrando sus nuevas aptitudes al conde y a tía Millicent, que la miró con una sonrisa de aprobación.

—¡Bravo, querida! —aplaudió la anciana— Lo estás haciendo muy bien.

—No logro mantener el libro —suspiró la joven.

—Lo importante no es el libro, sino la postura —la tranquilizó tía Millicent.

—¿Mantener el libro? —preguntó Warwick si comprender.

—Sobre la cabeza —respondió Rose, haciéndole reír.

—¿Acaso crees que las damas van por ahí portando libros sobre sus cabezas, Rose? —preguntó el conde con cariño— Los utilizan únicamente para enderezar su postura y tú ya lo has logrado.

Ya mucho más tranquila, Rose se sentó a la mesa y se sirvió en el plato una buena ración de cordero asado y puré de calabaza. Comió como si ese fuera el último alimento que probaría en su vida, para horror de tía Millicent y diversión de Warwick.

—Rose, por amor de Dios, no comas tan deprisa o te atragantarás —advirtió la anciana.

—Déjala disfrutar de la comida ahora que puede, tía —pidió el conde—. En cuanto lleguemos a Londres no podrá probar apenas bocado.

—¿Por qué no iba a poder? —preguntó Rose con curiosidad— No voy a perder el apetito porque tengamos que acudir a eventos sociales.

—Rose, cuando acudas a un almuerzo o cena formal debes comer con moderación, simulando no tener apetito —aclaró tía Millicent.

—¿Tengo que quedarme con hambre? —protestó la joven— Pues entonces prefiero quedarme en casa.

—Es triste, pero cierto —respondió la tía—. Las normas sociales lo dictan así.

—Normas que, en mi opinión, llegan a ser absurdas a veces —intervino Warwick.

—No te lo discuto, querido, pero nadie se fijará en una dama que coma de esta manera —dijo la mujer señalando a Rose.

—¿Hay algo más que no deba hacer en una comida formal, tía? —preguntó Rose apoyando los codos sobre la mesa.

—Eso, por ejemplo —respondió Millicent—. Una dama jamás apoya los codos sobre la mesa y tampoco apoya la espalda en la silla.

—En resumen, tengo que sentarme rígida como una tabla y quedarme con hambre —suspiró Rose.

—Básicamente, querida... básicamente —sonrió la mujer palmeándole la mano con cariño.

—Creo que no me van a gustar nada los eventos sociales —protestó Rose.

—A mí tampoco me gustan, querida —respondió tía Millicent— pero no tenemos más remedio que acudir.

Charles estaba disfrutando de ese almuerzo en familia como nunca antes lo había hecho. La alegría de Rose llenaba la casa de aire puro y fresco y él se lo estaba pasando en grande con ella. Poseía una inocencia genuina y sincera, una inocencia que no había percibido en ninguna otra dama, ni siquiera en sus hermanas.

—Otro día nos ocuparemos del uso correcto de los cubiertos —continuó diciendo tía Millicent—, creo que ya hemos estudiado bastante por un día.

—¿Podré ir a montar a caballo? —preguntó la joven con ilusión.

—Por supuesto, pero después de dormir la siesta —asintió su tía—. Debes descansar un poco.

Rose se retiró y Charles acompañó a su tía para tomar una copa de oporto. Tía Millicent se dejó caer en el sofá con un suspiro y se presionó el puente de la nariz con los dedos.

—No tenemos suficiente tiempo —protestó mirando a su sobrino—, esa pobre criatura tiene mucho que aprender. Tal vez si pospusiéramos su presentación en sociedad al año que viene...

—Rose tiene ya dieciocho años, tía, no podemos permitirnos ese lujo.

—¿Cómo alguien puede ser capaz de deshacerse de una criatura tan maravillosa como si fuera un trasto viejo, Charles? —sollozó la mujer— ¿Cómo es posible que su madre no viera la suerte que tuvo de tenerla?

Su tía no había podido tener hijos. Lo intentó sin descanso durante años pero parecía que Dios tenía otros planes para ella, unos planes que le negaban lo que más quería en el mundo. Por fortuna en vez de hundirse y convertirse en una persona apática y amargada se dedicó a malcriar a sus sobrinos, a los que había querido igual que su propia madre. Charles se sentó a su lado y le palmeó la espalda con cariño. No le gustaba ver a su tía tan apagada y temía haber cometido un tremendo error al haberla puesto a cargo de la educación de Rose.

—Si no puedes con ello, tía... —empezó a decir.

—No digas bobadas —le interrumpió la mujer—. Esa criatura necesita a alguien que la enseñe a ser una dama, sí, pero también necesita que le muestren lo que es el cariño.

—He pensado en mandar llamar a mis hermanas. Sé que en un principio me negué, pero ahora creo que será bueno para ella relacionarse con chicas de su edad.

—Aún es demasiado pronto, Charles. Rose necesita poder concentrarse en sus estudios y tus hermanas solo estarán alborotando a su alrededor.

—Les prometí que podían venir siempre y cuando obtuvieran el permiso de sus prometidos para hacerlo —se lamentó en conde.

—En ese caso les enviaré una misiva prohibiéndolo rotundamente. A mí no me protestarán como hacen contigo.

Tía Millicent se retiró a descansar y él se encargó de revisar su correo para dejar tiempo libre para esa tarde. Decidido a proporcionarle a la muchacha un poco de diversión mandó preparar los caballos para después del té, cuando la llevaría al pueblo y le mostraría el mercadillo. Recordaba que Kenneth le había dicho que a la joven le había encantado el de Londres y estaba seguro de que el de *Hurley* no se quedaría atrás. Su tía tenía mucha razón, a Rose muy pocas personas le habían mostrado lo que era sentirse querida y de ahora en adelante él mismo se ocuparía de hacérselo saber.

A la hora del té Rose bajó al saloncito donde la esperaba tía Millicent. Estaba situado en el ala oeste de la mansión y sus grandes ventanales daban acceso a una enorme terraza desde la que se podía divisar todo el jardín. A ella le habría encantado tomar el té sentada al fresco admirando el paisaje, pero tía Millicent no quiso ni oír hablar del tema. Las criadas sirvieron el té

acompañado de bollitos recién horneados cubiertos de mantequilla y tartaletas de arándanos y crema. El conde apareció en la habitación como si el olor de los dulces hubiese reclamado su presencia y se sirvió un par de cada tipo en un plato antes de sentarse junto a ella.

—¿Has descansado bien, Rose? —preguntó dando un sorbo a su taza de té, solo y sin azúcar.

—La verdad es que sí —reconoció ella—. He dormido profundamente en cuanto he apoyado la cabeza sobre la almohada.

—He pensado que tal vez sería más apropiado dar un paseo en cabriolé hasta el pueblo para ver el mercadillo —sugirió el conde—. Dejaremos las clases de equitación para otro momento.

—Sería maravilloso —sonrió la joven—. Me encantó visitar el mercadillo con Kenneth y Anne.

La muchacha rectificó en cuanto Warwick la miró con una ceja arqueada.

—Quise decir los marqueses de Lansdowne —susurró.

—En ese caso en cuanto termines nos podremos marchar.

Rose terminó su té de un sorbo logrando que tía Millicent elevase los ojos al cielo y corrió hacia su habitación para ponerse el abrigo. Warwick la esperaba frente al cabriolé y la ayudó a subir antes de sentarse a su lado y taparla con una manta de piel de oveja.

—¿Lista? —preguntó.

El camino hacia el pueblo no era demasiado largo, pero debían pasar por el puente sobre el río desde donde se podía ver a una familia de patos nadando tranquilamente. Rose se grabó la imagen en la memoria decidida a dibujarla en cuanto tuviera un momento libre y siguió admirando el paisaje. El pequeño pueblecito no se parecía en nada a la inmensa ciudad de Londres, las casas de ladrillo rojizo y techos de dos aguas se alineaban a ambos lados de las pocas calles que lo formaban. Los carruajes no eran elegantes como el de Warwick sino apropiados para cargar lo que cada habitante producía. Las ropas de los pueblerinos no eran elegantes y delicadas como las suyas, sino fabricadas con materiales resistentes para soportar las duras jornadas de trabajo. Rose se sintió repentinamente la mujer más afortunada del mundo porque había tenido la suerte de encontrarse con personas maravillosas que la cuidaban y la protegían.

Warwick detuvo el cabriolé frente a una posada y le dio a un muchacho un par de monedas para que refrescase a los caballos y los mantuviera cómodamente hasta que ellos regresaran.

—Vamos, es por aquí —dijo ofreciéndole su brazo.

Caminaron por los caminos de tierra hasta llegar a una explanada de hierba donde había varios puestos muy coloridos en los que se vendían toda clase de cosas, desde carne y pescado hasta baratijas.

—No es tan grande como el de Londres, pero sé que te gustará —sonrió el conde.

—Me encanta. Los tenderetes son tan coloridos que me dan ganas de pintarlos.

—En ese caso vayamos a buscar materiales de dibujo, ¿te parece?

Rose recorría todos los tenderetes absolutamente encantada. Cada cosa por la que ella mostraba un poco de interés terminaba siendo enviada a la posada para cargarla en el carruaje y ella empezó a sentirse un poco culpable. Cuando llegaron a un puesto en el que se ofertaban varios cuadernos y lápices de colores Warwick no dudó en comprar un par de cada cosa. Le entregó a ella un cuaderno y una caja de lápices y mandó el resto al carruaje. Después pararon en el puesto de dulces, compraron tartaletas especiadas de manzana y pasas y se sentaron en un banco junto al río. El conde se dedicó a comer dulces tranquilamente mientras ella quedaba absorta en el dibujo. No se dio cuenta de que empezaba a oscurecer hasta que observó el cuaderno con detenimiento y descubrió que había plasmado el tono rojizo del cielo a esa hora tan tardía.

—Dibujas muy bien —susurró el conde mirando por encima de su hombro.

—Gracias.

—Es increíble la destreza que posees para plasmar los más mínimos detalles. Te felicito.

Rose le tendió el dibujo con una sonrisa.

—Para usted, milord —dijo ella.

—Lo haré enmarcar y lo colgaré en mi despacho —respondió el conde haciendo un cilindro con la hoja de papel para que no se arrugara.

—No es una obra de arte —rió ella.

—¿Quién lo dice? Te aseguro que es infinitamente mejor que muchos de los cuadros que cuelgan en las paredes de Buckingham.

Rose se sintió azorada y se colocó el pelo detrás de la oreja con una tímida sonrisa.

—Deberíamos volver, se hace tarde —dijo el conde levantándose.

—Espero que no me espere otra lección a la hora de la cena —suspiró ella—. Creo que ya he tenido bastante por hoy.

—Tía Millicent no será tan cruel, Rose. En cuanto terminemos de cenar podrás subir a descansar.

Capítulo 5

Cuando Rose se despertó a la mañana siguiente el sol acababa de aparecer en el cielo. Se desperezó y saltó de la cama para asomarse al balcón y levantar el rostro hacia el sol que se asomaba entre las nubes. Vio llegar por el camino a lord Warwick, que montaba un caballo castrado de color chocolate. El aire frío de la mañana hacía oscilar los mechones oscuros de su cabello alrededor de su cara y a Rose le pareció un guerrero a punto de entrar en la batalla. Su corazón empezó a latir con fuerza y un suspiro involuntario escapó de sus labios cuando el conde levantó la mirada hacia ella.

—¡Por Dios, Rose, deja de fantasear! —dijo para sí misma palmeándose las mejillas.

—Entra en casa, Rose —ordenó Warwick desde abajo—, vas a coger un resfriado.

Ella se sobresaltó ante sus palabras como si el conde la hubiera pillado en mitad de una travesura pero logró recomponerse lo suficiente como para sonreírle.

—Quería disfrutar de este sol tan maravilloso —explicó ella.

—Lo harás cuando te vistas. Llama a tu doncella, te esperaré para desayunar.

Rose Asintió y corrió al interior de su habitación a vestirse para el desayuno. Salió al pasillo para llamar a Nora, pero una sirvienta le pidió que entrara de nuevo en su alcoba.

—No tiene que salir al pasillo a llamar a su doncella, milady —explicó la mujer—. Tiene una campana junto a su cama para hacerlo.

—Discúlpame, aún estoy aprendiendo.

—El conde nos puso al día de todo, milady —sonrió la sirvienta—, no debe preocuparse.

—¿Cuál es tu nombre?

—Betty, milady.

—¿Puedes decirme dónde está esa misteriosa campana, Betty? Nadie me habló de ella.

Betty se acercó a la cama y tiró de una cuerda dorada que colgaba junto al cabecero.

—En breve subiré Nora para atenderla —explicó.

—Muchas gracias, Betty. Me has sido de gran ayuda.

—No hay de qué, milady.

Rose se sentó sobre la cama y observó a la sirvienta marcharse. Permaneció esperando

pacientemente a que llegase Nora con una jarra de cerámica llena de agua caliente y una toalla colgada del brazo.

—Buenos días, milady —dijo Nora vertiendo el agua en la palangana—. Es usted muy madrugadora.

—En el sanatorio no nos dejaban dormir demasiado y ya me he acostumbrado a levantarme al alba.

—Ahora puede dormir hasta mediodía si así lo quiere.

—¿Y perderme las maravillas que me esperan? Prefiero aprovechar el día al máximo, Nora.

La doncella la ayudó a ponerse un vestido de muselina color púrpura con el corpiño adornado con encaje y mariposas bordadas en la falda. Nora recogió su pelo con un sencillo lazo a juego con el vestido y la instó a ponerse un poco de perfume de rosas.

—Está usted preciosa, milady —dijo Nora admirándola.

—¿Puedo ir a desayunar ya? —preguntó Rose— El conde lleva rato esperándome.

La doncella asintió y Rose se apresuró a salir de su habitación. En cuanto bajó por las escaleras el mayordomo se acercó a ella e hizo una reverencia.

—Buenos días, milady —dijo—. El conde la espera en el comedor.

El hombre la precedió por el corredor hasta las puertas del comedor. Warwick la esperaba de pie, junto a la ventana, tomando café.

—Siento haberle hecho esperar —se disculpó Rose.

—No tienes que disculparte conmigo, Rose. Vamos, sírvete.

Rose observó detenidamente las fuentes de comida pensando en lo que comería esa mañana, porque no quería cometer la tontería del día anterior.

—¿No tienes hambre? —preguntó el conde, que la miraba con curiosidad.

—Mucha.

—¿Y a qué esperas para servirte?

—Tía Millicent dice que debo aprender a comer con moderación, así que estoy intentando elegir entre tanta comida.

—Entiendo —respondió el conde sonriendo.

—El problema es que todo tiene una pinta estupenda y soy incapaz de elegir una sola cosa.

—¿Quieres que elija por ti?

—Por favor...

Warwick se acercó al aparador, sirvió en el plato de Rose unos huevos revueltos y dos lonchas de jamón asado y llevó el plato hasta su lugar en la mesa.

—Si tienes más hambre puedes servirte un poco más —dijo—. Te prometo que será nuestro secreto.

Rose comió todo lo que tenía en el plato para disgusto de *Duque* y *Ramsés*, que esperaban

relamiéndose tras las puertas acristaladas que daban al jardín. Warwick esperó pacientemente a que terminase su desayuno para soltar el periódico y mirarla fijamente.

—Hoy llegará uno de tus profesores, Rose, debes empezar tus clases cuanto antes. —Ella asintió—. El profesor Aldrich será tu tutor y se encargará de enseñarte a leer y escribir bien, además de algunos conocimientos culturales básicos.

—Anne... quiero decir, lady Lansdowne, me dijo que la sociedad no ve demasiado bien que una mujer sea inteligente.

—No es exactamente así, Rose. No ven bien que las mujeres sepan más que los hombres, lo cual en mi opinión no tiene nada de vergonzoso sino más bien al contrario.

—Pues es una pena.

—Sí que lo es. Personalmente prefiero entablar una buena conversación con una dama a tener que pasarme la velada adulándola inútilmente.

—¿Y cuándo llegará el resto de profesores?

—Mañana. El profesor Gibbs te enseñará a tocar el piano y el profesor Rawson se encargará de las clases de baile.

—No creo que sea capaz de aprender a bailar, milord. Mi cojera no me lo permitirá.

—Deja de escudarte en tu cojera, Rose. Pierdes el equilibrio porque aún no te han enseñado a bailar como es debido, únicamente has bailado con Lansdowne en bailes sin importancia y él se ha limitado a consentirte.

—Eso no es exactamente así...

—Ah, ¿no? En vez de mostrarte correctamente los pasos de baile se limitó a dejar que te subieras en sus pies para llevarte. ¿Crees que en un baile formal podrás hacer semejante barbaridad?

—Sé que no...

—Entiendo que ambos os tengáis cariño porque habéis pasado por muchas cosas juntos, pero ese no es motivo para no hacer las cosas correctamente.

Rose dejó el tema porque no quería disgustar más a Warwick, con el tiempo le demostraría que estaba equivocado.

—Me gustaría tener tiempo para ir a ayudar en *Bedlam* como hace lady Lansdowne —dijo en cambio—. ¿Sería posible?

—Por supuesto. Cuando volvamos a la ciudad iremos a hablar con el doctor Novak para que te unas al resto de damas.

—Gracias.

Un estruendo en la puerta hizo que el conde soltara su taza y se pusiera de pie.

—Ese debe ser Aldrich —dijo tendiéndole la mano—. Vamos, te lo presentaré.

Rose siguió al conde hasta el recibidor donde encontraron a un hombre bajito y regordete

con un bigote bastante gracioso que hizo a Rose sonreír. El hombre recogía la ropa esparcida por la sala con la ayuda de Robert y se enderezó de inmediato cuando las puntas de los zapatos del conde quedaron bajo su visión.

—Discúlpeme, milord —dijo haciendo una reverencia—, he tenido un pequeño percance con el equipaje.

El hombrecillo posó su vista en Rose y se acercó a ella ajustando sus gafas en el puente de su nariz para poder observarla con detenimiento.

—Usted debe ser lady Henderson —susurró rodeándola para mirarla desde todos los ángulos.

—Mucho gusto, profesor Aldrich —respondió ella con una leve reverencia.

—Es usted una dama adorable, apuesto a que los caballeros pelearán arduamente esta temporada por recibir sus atenciones.

Dicha afirmación sembró en el pecho de Warwick un sentimiento extraño que no pudo identificar, pero lo descartó en el momento sacudiendo la cabeza.

—Robert le acompañará a sus aposentos para que pueda refrescarse, Aldrich —dijo—. Puede empezar sus lecciones por la tarde.

El hombre asintió y siguió a Robert por las escaleras, dejando a solas a Charles y a Rose.

—Qué hombre tan extraño —susurró la joven.

—No deberías hablar así de tu tutor —la regañó el conde.

—Me he sentido como si fuera ganado ante su escrutinio —protestó ella—. Ha sido de lo más incómodo.

—Me temo que serás observada de esa forma durante bastante tiempo, así que te aconsejo que lo dejes pasar.

—Después de mi experiencia en *Bedlam* esto será pan comido.

Charles volvió la mirada hacia la muchacha pensando en lo mal que lo había pasado en el sanatorio e inconscientemente acarició su cabeza con ternura.

—Lo has pasado muy mal, ¿eh, pequeña? —susurró.

Rose levantó la mirada hacia él y durante un momento Charles se perdió por completo en el brillo de sus ojos castaños. Su mano quedó suspendida sobre la muchacha más tiempo del debido y sin darse cuenta bajó lentamente la cabeza deseando saborear los labios carnosos y rosados de la joven, pero recuperó la cordura justo a tiempo y se enderezó rápidamente apartándose de ella con un carraspeo.

—Deberías ir a buscar a tía Millicent —le ordenó—, te estará esperando para tu siguiente lección.

La muchacha asintió y salió a correr escaleras arriba. A Charles le recorrió un escalofrío cuando fue consciente de lo que había estado a punto de hacer. ¡Por Dios santo! ¿Acaso era un

petimetre recién salido del colegio que no pudiera controlar sus más bajos instintos? ¿Cómo había sido capaz de pensar en Rose de tal manera? ¡Era su tutor, por amor de Dios! Con un suspiro se dirigió hacia su despacho dispuesto a centrar su mente en el trabajo. Seguro que un poco de esfuerzo le haría entrar en razón.

El corazón de Rose latía con fuerza cuando llegó a la puerta de la habitación de tía Millicent debido a la carrera, pero había algo en el comportamiento del conde hacía un momento que no sabía cómo interpretar. Los ojos de Warwick se habían oscurecido, sus pupilas se habían dilatado y sus labios entreabiertos dejaban escapar su respiración acelerada. ¿Estaría enfermo? Cuando Kenneth aún estaba en el sanatorio había tenido los mismos síntomas antes de tener fiebre alta y estuvo en cama varios días por ello.

Tía Millicent abrió la puerta en ese momento y se sorprendió al verla parada frente a ella con la mirada perdida.

—¿Se puede saber qué haces ahí parada, Rose? —protestó— ¿Por qué no has entrado?

—Lo siento, tía, estaba perdida en mis pensamientos.

—¿Y puedo conocerlos?

—Creo que el conde está enfermo.

Tía Millicent la miró con sorpresa, pues había estado con su sobrino hacía un momento y nada parecía indicar que el muchacho sufriera algún tipo de enfermedad.

—¿Por qué piensas que está enfermo, Rose? —preguntó la dama— ¿Ha ocurrido algo?

—Creo que va a sufrir una subida de fiebre, tiene los mismos síntomas que tuvo Lansdowne una vez.

—¿Qué tipo de síntomas?

—Pupilas dilatadas, respiración acelerada... ¡Ah, y creo que ha perdido un poco el equilibrio!

—Mandaré llamar al doctor de inmediato —dijo tía Millicent saliendo de la habitación—. Espera aquí, voy a ver cómo se encuentra.

Tía Millicent se apresuró a llegar al despacho de su sobrino, que estaba sentado tras el escritorio ocupado con unos papeles mientras bebía café. La dama puso de inmediato la mano sobre la frente de su sobrino para comprobar que estaba perfectamente.

—Pues parece que no tienes fiebre —susurró la dama.

—¿Fiebre?

—Rose creía que estabas enfermando, pero al parecer se equivocaba.

—¿Y por qué iba a pensar Rose que estoy enfermo?

—Los síntomas que ha descrito son correctos: pupilas dilatadas, respiración agitada y pérdida de equilibrio.

Charles dejó escapar el café que tenía en la boca sobre los documentos, que limpió inmediatamente. A tía Millicent no le pasó desapercibida la reacción de su sobrino. ¿Tal vez...

—¿Debo llamar al doctor Brown, Charles? —preguntó.

—Por supuesto que no, me encuentro perfectamente.

—Pero no puedo pasar desapercibidos los síntomas, Charles.

—Créeme, tía, me encuentro perfectamente. Rose habrá imaginado dichos síntomas.

—Muy bien, en ese caso te dejo trabajar. Rose y yo vamos a estar dando clase en el comedor, te avisaré a la hora de comer.

Tía Millicent se marchó con una sonrisa de satisfacción en el rostro. Solía ser muy intuitiva en lo que a sus sobrinos se refería y creía que el cariño de Charles por Rose era mucho más complicado de lo que el joven quería hacerle creer. Cuando volvió a su habitación Rose estaba ensimismada mirando por la ventana cómo los mozos hacían correr a los caballos por el terreno de la mansión.

—Puedes estar tranquila, Rose, Charles está perfectamente bien —dijo la dama acercándose a ella.

—Es un alivio.

—Bajemos al comedor, hoy te mostraré cómo utilizar correctamente los cubiertos.

Rose siguió a la mujer por los pasillos ya mucho más tranquila. No podía evitar preocuparse por su tutor, le había ofrecido tanto sin pedir nada a cambio que lo menos que ella podía hacer era preocuparse por su bienestar siempre que fuera posible.

Capítulo 6

A Rose le parecía imposible aprender qué cubierto era adecuado para cada ocasión. Después de más de dos horas era incapaz de diferenciar el tenedor de pescado del de carne, y se sentía completamente inútil en lo referido a las copas.

—Una vez más, Rose —dijo tía Millicent demostrando una paciencia infinita—. Agua, vino tinto, vino blanco y champán.

Rose suspiró derrotada cuando volvió a confundir las copas. No iba a ser capaz de diferenciarlas, estaba segura de ello, y terminaría poniendo en evidencia al conde y a tía Millicent. De repente sintió el pecho del conde pegado a su espalda al rodearla para colocar las copas correctamente y el cálido aliento del caballero acarició su oreja.

—En cuanto a las copas, no tienes que preocuparte demasiado por ahora —dijo alineando el cristal—, el camarero te servirá la bebida y tú solo tendrás que tomarla.

Rose asintió fijando su atención en el mentón de Warwick, que quedaba a escasos centímetros de sus ojos.

—Para los cubiertos hay un truco infalible —susurró el conde—. Empieza siempre de fuera hacia adentro, nunca te confundirás.

Warwick se enderezó con un guiño y se alejó hacia el aparador para servirse una copa de whisky.

—Cuando termines con Rose ven a verme a mi despacho, tía —pidió—. Hay algo de lo que tenemos que hablar.

La dama asintió y continuó con su clase, pero Rose hacía rato que parecía perturbada. Tía Millicent sonrió al comprobar que sus pensamientos respecto a ellos dos eran acertados y llamó la atención de la muchacha palmeándole la mano que tenía apoyada en la mesa.

—¿Te encuentras bien, tesoro? —preguntó— No tienes buen aspecto.

—No lo sé... el corazón me late muy deprisa aunque no he estado corriendo. ¿Estoy enferma?

Tía Millicent rompió a reír ante la atónita mirada de Rose, que no comprendía la reacción de la dama.

—No estás enferma, querida —explicó—, esa es la reacción natural de una mujer ante la cercanía de un hombre atractivo.

Los ojos de Rose se abrieron como platos ante su explicación.

—Cuando a una dama le gusta un caballero su cuerpo reacciona inconscientemente a su cercanía —continuó tía Millicent—. El pulso se le acelera, apenas es capaz de respirar y sus piernas se vuelven de mantequilla.

—Pero no hay ningún caballero cerca por el que yo haya podido reaccionar.

—¿Y qué es mi sobrino? ¿Un caballo?

Rose abrió la boca con sorpresa al caer en la cuenta de su torpeza. ¿Había reaccionado a la cercanía de Warwick? No podía ser... ¡él era su tutor! Tía Millicent se levantó de la mesa observando la reacción de la muchacha, sirvió dos tazas de té y le ofreció una a Rose.

—¿A qué viene esa cara de sorpresa? —preguntó con cariño— Charles es uno de los partidos más codiciados cada temporada.

—Es mi tutor, no puedo albergar sentimientos por él.

—¿Y eso quién lo dice? Charles es un joven soltero que tiene que empezar a pensar en el matrimonio. Pienso que una unión entre vosotros sería muy conveniente.

—Yo no soy un buen partido, tía Millicent. No tengo una dote ni soy hija de un noble importante. Por el contrario, mi padre está en boca de todo el mundo por su mal juicio y mi madre es una sinvergüenza que no duda en vender a su hija por dinero.

—Aunque así sea serás presentada como pariente lejana de Charles, no como hija del barón Seaford, así que no tienes que preocuparte por la reputación de tus padres. En cuanto a tu dote, mi sobrino no necesita recurrir a un matrimonio por dinero pues posee una fortuna más que considerable.

—El conde solo me ve como una niña.

—Tal vez eso era cierto cuando se autoproclamó tu tutor, Rose, pero es evidente el genuino interés que muestra en ti.

—Kenneth muestra más interés en mí que Warwick, y él está felizmente casado con la mujer a la que ama.

—Lord Lansdowne —la corrigió tía Millicent— te ve como a una hermana pequeña a la que consentir, Rose. No es para nada lo mismo.

—No sé, tía...

—¿No confías en mí?

—¡Por supuesto que sí!

—Charles está interesado en ti como mujer aunque aún no se haya dado cuenta de ello. Estoy segura de que al final terminará descubriendo que eres la mujer perfecta para él.

—Pero yo no soy gran cosa.

—Ahora mismo eres como un gran diamante en bruto que hay que pulir, pero cuando lo hagamos no habrá dama más adorable en todo el país. Debes creer un poquito más en ti misma, pequeña.

—¿Usted cree en mí, tía?

—¡Por supuesto que creo en ti! Si no lo hiciera te aseguro que no estaría aquí. —Palmeó su mano con cariño—. Tenemos mucho camino que recorrer y no va a ser nada fácil, pero confío plenamente en ti. Y también lo hacen los marqueses de Lansdowne, incluso Addison y Marion confían en ti.

Tía Millicent tenía toda la razón, tenía mucha gente alrededor que la apoyaba y no podía rendirse y defraudarles. Con un suspiro apuró su taza de té y se puso de pie con los brazos en jarras.

—Muy bien, estudiaré mucho para ser toda una dama —sentenció.

—Esa es la actitud, querida... —aplaudió tía Millicent—. Creo que hemos tenido bastante etiqueta por un día, empezaremos ahora con las clases de costura.

El rostro de Rose se iluminó con una sonrisa de oreja a oreja para alegría de la anciana.

—¿Y esa sonrisa? —preguntó correspondiéndola.

—Es porque esa asignatura la aprobaré con nota, tía. Las damas que ayudan en *Bedlam* nos enseñaron a coser y a bordar con soltura durante sus visitas.

—Muy bien, en ese caso muéstrame tus habilidades —dijo la mujer ofreciéndole un trozo de tela—. Quiero que lo conviertas en un precioso pañuelo.

—¿Puedo hacerlo en el jardín? Hace un día precioso y es una pena estar encerrada en casa sin disfrutar del sol.

—Muy bien, pero abrígate un poco antes de salir.

Rose cogió la cesta de la costura y corrió hacia el jardín. Se sentó en uno de los bancos de forja que había bajo un gran roble y empezó con su tarea. Las horas pasaron en un suspiro y cuando levantó el pañuelo para admirar su obra se dio cuenta de que había bordado las iniciales del conde en él a pesar de que su idea principal era bordar una mariposa de bonitos colores.

—¿Por qué no puedo dejar de pensar en él? —suspiró.

Recogió su labor y fue a buscar a tía Millicent para enseñarle el resultado. La mujer observó detenidamente cada puntada y sonrió asintiendo con aprobación.

—Las puntadas son bastante parejas y delicadas, Rose —dijo—. Te felicito, has hecho un gran trabajo.

—Me gustaría regalárselo al conde para agradecerle todo lo que está haciendo por mí —reconoció.

—Tendrás que esperar a su regreso.

El rostro de Rose perdió toda alegría de repente, hecho que no pasó desapercibido para tía

Millicent, que la miraba con detenimiento.

—¿Se ha marchado? —preguntó la muchacha en un hilo de voz— ¿Sin despedirse?

—Hay algunos asuntos en Londres que necesitan su atención, volverá en un par de días y podrás dárselo entonces.

Tía Millicent sonrió al ver que los hombros de la muchacha caían debido a la decepción y palmeó su mano con cariño.

—Debes acostumbrarte a que cosas como esta ocurran a menudo, querida —aconsejó—. Los caballeros suelen desaparecer de improviso cuando algún asunto importante reclama su atención.

—¿Pero no cree que es de buena educación despedirse de sus seres queridos antes de partir?

—No podía demorar más su partida, Rose, debe estar en Londres mañana a primera hora.

Ella suspiró y se dejó caer junto a la anciana.

—Ve a refrescarte, te espero en el comedor para comer —ordenó tía Millicent.

Rose asintió y subió descorazonada hasta su propio dormitorio. Cerró la puerta suavemente y se apoyó en ella con un suspiro. ¿Por qué se sentía tan triste? El conde volvería en un par de días y podría darle su regalo, pero... ¿por qué no se había despedido de ella? Sacudió la cabeza para apartar esos pensamientos de su mente y se acercó a su escritorio para guardar el pañuelo que acababa de bordar en el cajón. Se sorprendió al ver una pequeña nota de papel sobre su cuaderno de dibujo y cuando la abrió su corazón dio un vuelco al ver que era de parte de Warwick.

Hay asuntos importantes que me reclaman de inmediato en Londres. Siento marcharme sin despedirme, volveré en un par de días. Estudia mucho y obedece a tía Millicent.

Charles.

Rose apretó la nota contra su pecho como si fuera el mayor de los tesoros y se la llevó a la nariz para comprobar que aún perduraba en ella el aroma de la colonia del conde. A fin de cuentas no se había marchado sin despedirse... con una sonrisa de oreja a oreja guardó la pequeña nota bajo la almohada y se aseó para bajar al comedor.

En cuanto llegó a Londres Charles se cambió de ropa para ir al club. También quería hablar con Eleine, pero no la había avisado de su llegada y sería demasiado descortés por su parte presentarse en su casa sin avisar. Eleine era la viuda de un querido amigo de Warwick, y cuando este les dejó Charles se había convertido en el apoyo de Eleine. Incluso hubo un tiempo en el que ella se había convertido en su amante, pero aunque todo el mundo pensaba que aún lo era ambos

habían decidido años atrás no comprometer la amistad que les unía por saciar su apetito sexual.

Charles encontró a Lansdowne y a Gosford disfrutando de una copa de vino mientras jugaban una partida de cartas y se acercó a ellos dejándose caer en una silla junto a su mesa.

—¿Warwick? —preguntó extrañando su amigo— ¿Qué haces aquí? Te hacía en el campo con Rose.

—Y así era, pero he venido a arreglar unos asuntos que no podía posponer.

—¿Seguro que era por eso y no por Eleine? —bromeó su amigo, que aunque sabía la verdadera historia entre ellos no perdía la ocasión para mofarse de él.

—Sabes de sobra que no —respondió Warwick sirviéndose una copa.

—¿Cómo van las cosas con Rose? —preguntó Gosford.

—Según se mire —fue la parca respuesta del conde.

—¿Eso qué significa? —preguntó Kenneth.

—Sus estudios parecen ir bien —reconoció—, el problema es otro.

—¿Acaso está dándote problemas? —preguntó Kenneth— Si es así...

—Rose no puede ser más adorable aunque vuelva a nacer, ese es el maldito problema.

Sus amigos se miraron entre sí sin decir nada y el conde suspiró.

—¿Hay algo que yo deba saber? —preguntó Lansdowne.

Charles se quedó mirando fijamente a su amigo de la infancia, que le miraba a su vez con intensidad. Para Kenneth Rose era como una hermana pequeña y no quería ni imaginar las consecuencias que traería confesarle que se sentía atraído por ella, así que negó con la cabeza.

—Creo que me viene un poco grande el papel de tutor —explicó.

—Te dije que indagaras sobre la familia de Rose porque pensaba hacerme cargo de ella yo mismo —protestó el marqués—. Deberías haberte limitado a hacer lo que te pedí.

—No pienso darme por vencido, Kenneth, es solo que debo pensar una forma diferente de abordar la situación.

—Si Rose va a ser un problema para ti puedo hacerme cargo de su tutela de inmediato —sugirió su amigo.

—¿Crees en serio que haría algo así? Rose es una niña aún y lo único que ha conocido en su vida es el abandono, no pienso hacer algo semejante.

—Tienes razón —suspiró Lansdowne—. Incluso yo la abandoné.

—Eso no es cierto —protestó su cuñado.

—Lo hice, Darío —insistió el marqués—. La dejé atrás por buscar mi propia felicidad.

—La dejaste atrás para poder sacarla de ese maldito infierno —bufó Warwick—. Te he dicho mil veces que dejes de culparte por ello.

—¿Estás seguro de que eso es lo único que pasa? —preguntó su mejor amigo con una ceja arqueada— ¿No estás ocultándome nada?

—¿Qué demonios iba yo a ocultarte? —protestó Warwick.

—A fin de cuentas Rose no deja de ser una mujer.

Charles tragó saliva al darse cuenta de que su amigo le conocía mejor de lo que él pensaba pero rió para quitarle hierro al asunto.

—Entiendo que seas sobreprotector con Rose porque has pasado mucho tiempo con ella en el sanatorio, Kenneth —dijo—, pero lo que estás dando a entender es insultante.

—¿Insultante por qué? —protestó su amigo— ¿Estás insinuando que ella no es lo suficientemente buena para ti?

—No es eso lo que he querido decir y lo sabes.

—¿Entonces por qué es insultante?

—Porque soy su tutor y debo velar por su bienestar, no complicarle la vida.

—No entiendo por qué le complicarías la vida casándote con ella —dijo Gosford.

—¿Dónde se ha visto que un tutor se case con su pupila, Darío? —contestó Charles— Sería la comidilla de la alta sociedad.

—Espero que estés siendo completamente sincero contigo mismo, Charles. Te aseguro que no hay nada como compartir tu vida con la mujer a la que amas.

—No estoy enamorado de Rose, Kenneth, te lo aseguro.

Tras un momento de duda, Lansdowne asintió y dio un trago a su copa de vino. Charles suspiró y se repantigó sobre la silla hasta que ambos caballeros terminaron la partida para unirse a la siguiente.

—¿Cómo está Anne? —preguntó.

—Irritable... muy irritable —respondió su amigo—. El embarazo avanza y ella cree que por ello he dejado de verla atractiva. ¿Podéis creer semejante estupidez?

—Ahora entiendo tu mal humor —rió su cuñado—. Todo es culpa de Anne.

—No estoy de mal humor... simplemente estoy frustrado.

—A Jillian le ocurrió lo mismo durante su embarazo —explicó Gosford—. Realmente me daba miedo tocarla por si dañaba al bebé pero ella pensó que era porque no me atraía lo más mínimo.

—¿Cómo pueden pensar eso? —suspiró su cuñado— ¿Acaso hay algo más bello que ver a tu propia mujer embarazada de tu hijo?

—Por eso yo sigo evitando casarme —rió Charles con una mueca—. Así no tengo que preocuparme de cosas como esa.

—Algún día tendrás que casarte para tener un heredero —dijo Darío.

—Primero tengo que casar a mis hermanas y a Rose, después podré preocuparme por mí mismo.

Pensar en casar a Rose con otro hombre ensombreció su semblante, cosa que no pasó

desapercibida para su mejor amigo, que sonrió con suficiencia. Sabía que Charles estaba ocultándole algo, pero si presionaba demasiado terminaría empeorando la situación. Kenneth era consciente de que Rose era una muchacha preciosa y adorable que lograría enamorar a cualquier caballero que se cruzara en su camino, y le preocupaba que su amigo no fuera capaz de darse cuenta de sus verdaderos sentimientos por la muchacha si su intuición era acertada. Dio un largo trago a su copa de whisky y miró a su amigo de reojo.

—Creo que traeré a Rose a casa un par de días —dijo esperando ver su reacción—. Anne la echa de menos y será bueno para ella olvidarse del embarazo por un tiempo.

—Acabo de sacarla del sanatorio y tiene mucho que aprender —se negó Charles sin mirarle—. Cuando volvamos a Londres te lo haré saber, programa la visita para entonces.

Su amigo asintió y ambos continuaron con la partida, pero Charles no podía apartar sus pensamientos de las palabras de su amigo. Aunque parecía que estaría de acuerdo con un matrimonio entre él y Rose sabía que en cuanto le confesara que se sentía atraído por la muchacha el marqués le retaría a duelo por haber osado a pensar siquiera en ella. Con un suspiro apuró su copa de vino y se marchó, dejando a sus amigos mirándose preocupados.

Capítulo 7

El carruaje de Warwick se detuvo al fin frente a la casa de la varonesa viuda de Cromwell. Charles apenas había podido pegar ojo la noche anterior pensando en Rose y en las consecuencias de su interés por ella, y aunque la verdad era que no le apetecía ver a nadie se había obligado a invitar a Eleine a ir a la ópera para poder olvidarse de la muchacha. Su amiga descendió las escaleras con la gracia y la elegancia que la caracterizaban y sonrió cuando llegó a su lado.

—Es bueno verte de nuevo, Charles —dijo—. Creí que ocuparte de tu nueva pupila iba a impedirte tener tiempo para mí.

—Siempre buscaré tiempo para verte, Eleine —respondió el conde depositando un leve beso en el dorso de su mano—. Estás preciosa, como siempre.

—Me alegra que podamos acudir a la ópera, tenía muchas ganas de ver esta obra.

Charles la ayudó a subir al carruaje y se sentó frente a ella, no sin antes cerrar las cortinas para concederles intimidad. En cuanto el interior del carruaje quedó oculto a la vista de todos la varonesa se sentó junto a él y apoyó la cabeza en su hombro logrando que él sonriera.

—Veo que me has echado de menos —rió el conde.

—Muchísimo —suspiró ella—. Eres el único con quien puedo mantener una conversación de verdad sin miedo a ser criticada por ello.

Él sonrió y apretó su mano con suavidad.

—Deberías empezar a plantearte volver a casarte, Ely. Es hora de que vuelvas a rehacer tu vida.

—¿Y qué me dices de ti? —contraatacó ella—. Al menos yo ya sé lo que es el matrimonio.

—Solo me casaría contigo y me has rechazado ya tres veces —bromeó él conde—. No creo que encuentre a una mujer que me entienda como tú.

Eleine empezó a contarle las novedades que habían ocurrido recientemente en Londres, pero Charles apenas le prestaba atención perdido en sus pensamientos. Inconscientemente comparaba en su cabeza a las dos mujeres, Eleine, de quien se había creído enamorado una vez, tan elegante y sofisticada y Rose, por el contrario, absolutamente inocente y pura. Siempre había encontrado a las debutantes demasiado insípidas y aburridas para su gusto, de ahí que hubiera pospuesto

casarse hasta el momento. ¿Por qué entonces encontraba a su pupila absolutamente irresistible? La mañana anterior no había sido capaz de resistirse a su sonrisa y había estado a punto de cometer un gravísimo error, y aunque había sido capaz de contenerse a tiempo no estaba seguro de poder hacerlo en el futuro.

—¿Me estás escuchando, Charles? —preguntó la varonesa de repente sacándole de su ensimismamiento.

Él sonrió como respuesta y acarició su mejilla con la punta de los dedos.

—Lo siento, querida, hay algunos asuntos que me tienen un poco distraído.

—Está siendo difícil lidiar con tu nueva pupila, ¿verdad? Ya te lo advertí. Deberías haber dejado a Lansdowne hacerse cargo de ella y...

—Rose no es el problema —respondió él abruptamente—, no tiene nada que ver con ella.

La varonesa miró a su amigo con una sonrisa.

—¿Rose? —preguntó.

—Es su nombre, sí.

—Me sorprende escucharte llamarla por su nombre de pila.

—También lo hago con mis hermanas.

—Pero lady Henderson y tú no estáis emparentados.

Miró a Eleine de reojo para descubrir cualquier rastro de desaprobación en su rostro, pero solo vio diversión.

—Ahora también somos parientes —explicó—. Al fin y al cabo soy su tutor.

—No es lo mismo en absoluto, Charles, no os unen lazos de sangre.

—¿Son celos lo que adivino en tu voz, Eleine? —preguntó directamente.

—No seas ridículo... ¿Por qué iba yo a estar celosa de tu pupila? —respondió ella quitándole importancia al asunto sacudiendo la mano en el aire— Simplemente me sorprende tal grado de familiaridad con el que la tratas en tan corto periodo de tiempo.

—Realmente no ha sido poco tiempo, Rose y yo nos conocemos desde hace más de un año. Solía ir a visitarla a menudo mientras arreglaba el asunto de su tutela y llegué a conocerla muy bien.

—¿Y por qué decidiste hacerte cargo de ella? Creí que iba a ser Lansdowne el que se ocupara de Rose.

—Simplemente ocurrió de esta manera.

La insistencia de su amiga ante el tema de Rose empezaba a molestar a Warwick, cuya intención al visitarla no era otra que olvidarse por completo de su pupila, pero por fortuna la conversación quedó interrumpida al llegar al teatro. Charles acompañó a Eleine hasta su palco y esperó pacientemente a que la obra llegara al primer descanso, porque la verdad es que la ópera era una de las pocas actividades sociales que no soportaba en absoluto. En cuanto se encendieron

las luces en el primer descanso el conde salió del palco y paseó por la sala de descanso con Eleine colgada de su brazo.

—¿Te diviertes? —susurró mientras buscaba inconscientemente con la mirada a alguien conocido.

—Bastante —repondió ella con una sonrisa—. ¿Y tú?

Él asintió y sonrió al ver a dos de sus hermanas a pocos metros de ellos. Al fin podría deshacerse de Eleine por unos minutos y calmarse.

—Si me disculpas voy a saludar a mis hermanas —pidió deshaciéndose de su agarre—. ¿Estarás bien sola?

—Por supuesto, he visto a una amiga e iré a hablar con ella antes de volver al palco, quédate tranquilo.

En cuanto Marion vio a su hermano acercándose a ellas una amplia sonrisa se dibujó en su rostro, pero en vez de saludarle correctamente se limitó a mirar a su alrededor buscando a Rose, cosa que hizo reír al conde.

—¿Se puede saber qué buscas, Marion? —protestó Caterina, la mayor de las tres hermanas y la única que estaba casada.

—¿Dónde está Rose? —preguntó Marion al conde.

—Rose está en casa —respondió Charles—. Aún es demasiado pronto para exponerla a la sociedad, ¿no crees?

—¿Y qué haces tú aquí entonces? —protestó Marion— ¡Deberías haberte quedado con ella!

—¡Marion! —se escandalizó Caterina.

—Rose se sentirá sola con tía Millicent, Catty. Ya ha pasado demasiado tiempo sola en su vida como para que nuestro estúpido hermano sea tan desconsiderado.

—Tengo unos asuntos que resolver en Londres, por eso he dejado a Rose con tía Millicent —explicó el conde.

—¿Los has terminado?

—Aún no.

—¿Y qué haces aquí entonces?

—¿Acaso no puedo buscar un momento para divertirme?

—¿Tú, divertirte en la ópera? —preguntó su hermana escéptica— ¿Desde cuándo han cambiado tanto tus gustos, Charlie? Siempre te quedas dormido cuando vienes con nosotras.

—Gracias a Dios tu prometido no ha podido acompañarte —protestó Caterina—. Si viera la falta de educación y decoro que estás mostrando en este momento anularía el compromiso de inmediato y serías una solterona de por vida.

—Philip me conoce lo suficientemente bien como para escandalizarse por algo como esto.

—¿Dónde está Addison? —preguntó el conde al no ver a su otra hermana.

—Se sentía indispuesta y se ha quedado en casa —explicó Caterina—. Mamá ya ha llamado al doctor.

—Pasaré a verla mañana antes de volver al campo.

—¿Cómo le está yendo a Rose? —preguntó la hermana mayor.

—Aún es pronto para decirlo, pero al menos se está adaptando bien a su nueva vida.

—Estoy deseando conocerla.

—Es un encanto —intervino Marion—, seguro que la querrás en cuanto la conozcas igual que nosotras.

—Por mi salud mental espero que no la quieras tanto como ellas —bromeó Charles.

—¿Cuándo podremos ir a verla? —preguntó la pequeña a su hermano— Philip ya me ha dado permiso para hacerlo.

—Aún es pronto, Marion —la regañó su hermana—. Déjala al menos que se acostumbre a su nueva rutina de estudios, debe ser muy complicado para ella aprender en unos meses lo que a nosotras nos ha llevado aprender años.

—Lo sé, pero...

—Si quieres enviarle algún mensaje se lo haré llegar —concedió su hermano—. Estoy seguro de que le encantará recibir noticias tuyas.

—¿Podemos enviarle un regalo también? —preguntó su hermana esperanzada.

—Podéis enviarle todo lo que queráis siempre que me dejéis un hueco en el carruaje para mí —bromeó Charles.

—Se lo diré a Addison cuando llegue a casa y prepararemos un montón de regalos para ella —asintió Marion.

—Vamos, volved dentro, la ópera está a punto de empezar de nuevo. Saluda a tu esposo de mi parte, no he tenido la oportunidad de verle.

—Debe haber ido a la sala de fumadores —explicó su hermana alargando el cuello para encontrar a su marido—. Le diré que se pase por tu palco en el próximo descanso.

Charles asintió y volvió a su propio palco, donde Eleine le esperaba pacientemente observando el patio de butacas a través de sus prismáticos.

—Siento la espera —se disculpó—. Marion acaba de hacerme un interrogatorio sobre Rose.

—¿La conoce? —El conde asintió.

—Ella y Addison me acompañaron a recogerla cuando salió del sanatorio y la han acogido bajo su ala. Me están volviendo loco intentando venir a *Wilton House* para pasar tiempo con ella.

—¿Y por qué no se lo permites?

—Porque Rose tiene muchas cosas que aprender antes de que empiece la temporada y estoy seguro de que ellas estorbarían más que ayudar. Piensan en Rose como en una nueva muñeca con la que jugar.

—¿No crees que estás siendo un poco exagerado?

—En absoluto, no conoces a mis hermanas.

—Tal vez lo que pretenden es que Rose no se sienta sola, ¿no crees? A fin de cuentas ahora mismo vive con una anciana y un hombre soltero, no tiene con quién hablar de cosas de jovencitas.

Charles pensó nuevamente en el deseo de sus hermanas de visitar a Rose. Tal vez estaba siendo demasiado duro con ellas y debía permitirles que la visitaran al menos. Al día siguiente hablaría con su madre para organizar una visita el siguiente fin de semana, al menos así sus hermanas quedarían satisfechas y Rose tendría un respiro, pues estaba seguro de que la joven estaba estudiando arduamente con el fin de no decepcionarles.

El resto de la velada se le hizo eterna y suspiró cuando Eleine y él se encontraron al fin dentro del carruaje de vuelta a la casa de la dama.

—¿Cansado? —preguntó la varonesa.

—Un poco —reconoció él.

Hicieron el resto del camino en silencio. Charles no podía dejar de pensar en el día anterior, cuando había rodeado a Rose para colocar ordenadamente las copas sobre la mesa. Había sentido el errático latido del corazón de la muchacha cuando su rostro quedó a escasos centímetros del de ella, y había tenido que morderse el labio para no terminar deshaciéndose de la distancia que los separaba para besarla. El olor de su perfume había inundado sus sentidos mareándole, logrando que el estómago le diera un vuelco y que el único deseo que inundara su mente fuera tomarla en brazos y llevársela a su habitación para hacerle el amor. Tenía que alejarse de ella de cualquier forma, debía encontrar una manera de que la atracción que sentía por ella desapareciera.

—Estoy pensando en casarme —dijo de repente.

—¿Con Rose? —preguntó Eleine.

—¡Por supuesto que no! ¿Se puede saber por qué dices eso?

—Porque te gusta esa muchacha.

—No dices más que tonterías —protestó él.

—¿Y por qué te molesta tanto que lo diga si son tonterías?

—Porque es ofensivo que pienses eso de mí.

—Elegirás a una debutante, ¿me equivoco?

—¿Y qué tiene eso de especial?

—Que ella también lo es.

Era cierto, pero no quería ni imaginarse la reacción de su mejor amigo si llegase siquiera a plantearse esa posibilidad. ¿Cómo iba a ser capaz de casarse con Rose a costa de su amistad con Kenneth después de lo que habían tenido que pasar para reencontrarse?

—¿Vas a admitirlo de una vez, Charles? —preguntó Eleine sacándole de su

ensimismamiento— Deseas a esa muchacha, no intentes negarlo.

—Lo que yo desee no es relevante.

—¿Por qué no? —protestó ella cruzándose de brazos— ¿En serio quieres permanecer atrapado en un matrimonio sin amor en vez de estar con una mujer a la que al menos deseas?

—¿Se puede saber por qué demonios insistes tanto en ello? —protestó él volviéndose hacia ella.

—Porque somos amigos y te conozco lo suficiente como para saber que esa muchacha no es solo tu pupila para ti.

—Lansdowne me retaría a duelo si se me ocurriese acercarme a ella.

—¿Y quién es Lansdowne para decidir con quién debe estar esa muchacha?

—Rose es como una hermana para él. Cuando estuvieron en *Bedlam* esa muchacha fue un gran apoyo para él y desde luego él lo fue también para ella.

—Pero tú eres su tutor, no él.

—Porque me inmiscuí en sus asuntos por mi cuenta —respondió el conde con una triste sonrisa—. Él solo me pidió que encontrase a los parientes de la muchacha para hacerse cargo de ella pero yo me adelanté.

—Si la quiere tanto como dices creo que estaría feliz de que se casara contigo. A fin de cuentas es tu mejor amigo y te conoce lo suficiente como para saber que la tratarás bien.

—Precisamente porque me conoce no creo que sea su principal candidato para cuidar de ella.

—Si hay algo que odio de ti es lo cabezota que eres —protestó Eleine—. Muy bien, haz lo que quieras. Cásala con el primer petimetre que se acerque a ella esta temporada y vive amargado durante el resto de tu vida.

—¿No crees que estás siendo demasiado dura conmigo?

—Estoy siendo sincera, Charles. Estoy cansada de ver cómo antepones los deseos de los demás a los tuyos propios, siempre has sido así. Esa muchacha ha puesto tu mundo patas arriba, no hay más que verte para darte cuenta de ello. ¿Qué más da lo que piensen los demás? Piensa por una vez en ti mismo y quédate con ella, Charles.

El carruaje llegó a casa de Eleine y Charles la ayudó a bajar de él, pero no la acompañó hasta la puerta como solía hacer. Su amiga se quedó terriblemente preocupada por él. Cuando su esposo murió Charles había sido un gran apoyo para ella y le dolía en el alma ver cómo echaba su vida a perder por su ridículo sentido de la responsabilidad. Esperaba de todo corazón que finalmente se diera cuenta de que sus sentimientos eran lo que más importaba y decidiese casarse con Rose, porque de lo contrario su amigo sería infeliz toda su vida.

Capítulo 8

Rose se paseaba por el jardín de *Wilton House* memorizando el poema que el profesor Aldrich le preguntaría al día siguiente mientras disfrutaba del aire fresco de la tarde. Había descubierto que le encantaba caminar por el jardín en absoluta libertad y no desaprovechaba la oportunidad para hacerlo cuando tía Millicent se lo permitía, como ese día, que la vio decaída tras la partida del conde. La muchacha se arrebujó en su chal de lana y continuó recitando el poema sin darse cuenta de que un caballo se acercaba a ella al trote.

—Buenos días, milady —dijo el jinete deteniendo al animal junto a ella.

Rose se sobresaltó y dio un paso atrás llevándose la mano al corazón.

—Disculpe si la he asustado, milady —se disculpó el caballero—, creí que me había visto llegar.

—¿Quién es usted y qué hace en la propiedad de otra persona? —espetó ella.

—Es usted quien invade la propiedad ajena, milady —la corrigió él—. Desde aquel árbol de allí estas tierras me pertenecen.

Rose volvió la cabeza para mirar el árbol, que se encontraba a unos veinte pasos del lugar donde ella estaba, no sin antes echarle un rápido vistazo al caballero, que era todo lo contrario a Warwick. Su cabello era castaño con algunos mechones de un tono más claro, sus ojos eran de un tono entre verde y avellana y al contrario que Warwick, que llevaba su rostro completamente rasurado el caballero cubría su mentón con una barba muy bien cuidada que le daba un aspecto intelectual y atractivo.

—Lo siento mucho, milord —volvió a disculparse Rose—. No me he dado cuenta de haberme alejado tanto de casa.

—No se preocupe, siempre es un placer que una dama bonita invada mis jardines —respondió el caballero sonriendo—. Pero disculpe mi descortesía, aún no me he presentado. —El joven hizo una exquisita reverencia—. Soy Gideon Lamb, marqués de Anglesey a su servicio.

—Soy Rose Henderson, excelencia —respondió ella a la presentación.

—Nunca he oído hablar de usted. ¿Es pariente de Warwick?

—Así es.

—Ya veo... ¿Y pasará mucho tiempo de visita, milady?

—Volveré a Londres para la temporada.

—En ese caso, ¿me haría usted el honor de pasear conmigo de vez en cuando durante su estancia en *Wilton House*?

—Lo siento, milord, pero no suelo pasear con desconocidos.

—Ah, pero ya no lo somos, acabamos de presentarnos —respondió el caballero con una sonrisa.

—Aun así no pasearé con usted hasta que no tenga el consentimiento de mi tutor, milord.

—Es una lástima, debo quedarme en el campo unas semanas para terminar mi próxima tesis y sería bueno disfrutar de la compañía de una dama mientras tomo aire fresco.

—¿Es usted profesor, milord?

—Soy un apasionado de la antigua civilización egipcia y suelo dar conferencias en la universidad.

Rose se moría de ganas de hacerle preguntas al respecto, pero Kenneth le había dicho que no hablara con desconocidos, así que se contuvo.

—Si me disculpa, debo irme —dijo en cambio—. No quiero preocupar a tía Millicent con mi tardanza.

—Permítame que la lleve a casa en mi caballo, debe sentirse cansada después del largo paseo a pie.

—No es necesario, milord... en realidad disfruto caminando.

—En ese caso la acompañaré.

—Gracias por el ofrecimiento, pero no me siento cómoda con ello.

Lord Anglesey asintió y Rose se dio la vuelta para echar a correr hasta la casa sin dejar de mirar sobre su hombro para comprobar que el caballero la seguía a una distancia prudencial. Cuando el mayordomo cerró la puerta a sus espaldas la joven se dejó caer en el suelo con la mano en el corazón.

—¿Se encuentra bien, lady Henderson? —preguntó el sirviente arrodillándose junto a ella.

—Estoy bien, Robert. Es solo que se me ha acelerado el corazón debido a la carrera.

—Está usted pálida, milady. ¿Quiere que mande llamar al doctor?

—No es necesario, de veras. ¿Dónde está tía Millicent?

—En su sala de estar.

—Gracias.

Rose se levantó y se dirigió hacia la sala de estar donde tía Millicent solía pasar el tiempo libre. En cuanto la dama la vio llegar dejó su labor sobre la mesa y le sirvió un vaso de limonada.

—No tienes buen aspecto, querida —observó— ¿Ha ocurrido algo durante tu paseo?

—Me he cruzado con un caballero —explicó la muchacha—. Dice que he invadido su

propiedad, pero creo que estaba tomándome el pelo.

—¿De quién se trata?

—Del marqués de Anglesey. ¿Le conoce, tía?

—Sí, le conozco. Charles y él eran amigos de niños, pero ahora se han convertido en rivales.

—¿Rivales? ¿Por qué?

—Solo ellos dos conocen el motivo, pero desde que terminaron los estudios no pierden oportunidad para competir entre ellos. Solo se dirigen la palabra para lanzarse comentarios mordaces o para retarse entre sí.

—Entonces hice bien en alejarme de él, ¿verdad, tía?

—En realidad Anglesey es un buen hombre y uno de los mejores partidos para las muchachas. Su carácter risueño y su aire intelectual logra enamorar a la mayoría de las damas en edad casadera, pero al igual que Charles aún no se ha planteado pensar en el matrimonio

—Si a Warwick no le agrada no pienso tenerle en cuenta como posible pretendiente —respondió la joven cruzándose de brazos—. Solo consideraré a aquellos caballeros a los que él dé su absoluta aprobación.

Tía Millicent sonrió. Estaba segura de que ningún caballero sería conveniente para Warwick pues sus sentimientos por la muchacha interferirían en su opinión al respecto, y estaba deseando ver cómo ambos jóvenes solventarían la situación.

—El caballero con el que te cases debe agradarte a ti, no a mi sobrino —respondió la dama—. Serás tú quien tenga que pasar el resto de su vida con él, así que deberías elegir a alguien que te resulte agradable.

—Aun así sé que Warwick elegirá para mí a un buen partido, así que confiaré en su criterio al respecto.

—Si eso es lo que quieres, lo respetaré. Por ahora ayúdame con la costura, querida. Aún me quedan algunos pañuelos que bordar.

—¿Para qué es todo esto?

—Es tu ajuar, por supuesto. Bordé el ajuar de mis tres sobrinas en su momento y ahora le toca al tuyo.

—Gracias, tía Millicent.

—No tienes que darlas. Para mí es un placer hacer esto por ti.

—Estáis haciendo tanto por mí que no sé cómo podré agradecerlo.

—Conviértete en una dama a la que todo el mundo admire, Rose. Ese será el mejor pago que puedas darnos.

A la mañana siguiente tía Millicent recibió una misiva de lady Anglesey, la madre del marqués, que las invitaba a ella y a Rose a tomar el té al día siguiente por tarde. Tía Millicent se

dirigió con paso decidido hacia la sala de música, donde Rose aprendía a tocar el piano con el profesor Gibbs, y le mostró la nota esperando ver su reacción.

—¿Tengo que ir, tía? —preguntó con un suspiro.

—Deberías, la marquesa viuda no es alguien a quien te gustaría tener como enemiga.

—No me agrada el marqués.

—No le conoces, así que no hagas juicios anticipados.

—Pero tía...

—Acostúmbrate a tener que lidiar con personas que no te agradan, Rose, porque tendrás que hacerlo a menudo como dama de la alta sociedad. Es una falta de respeto rehusar una invitación de la marquesa a no ser que te encuentres indispuesta, y ese no es el caso.

—Puedo fingir que lo estoy —bromeó la joven.

Tía Millicent elevó los ojos al cielo con una sonrisa y se volvió para dejar a la muchacha seguir con su lección.

—Le diré a Nora que prepare un vestido para la visita de mañana —explicó—. Continúe con la lección, profesor Gibbs.

Rose vio alejarse a la dama con un suspiro de resignación. No quería ver al marqués antes de hablar sobre él con su tutor, pero tía Millicent no quería oír hablar del tema. Esperaba que el conde volviera a casa antes del té para poder hablar con él sobre el asunto...

Charles llegó a casa de los Lansdowne a primera hora de la tarde. En cuanto Anne le vio una sonrisa iluminó su cara y se acercó a él con los brazos abiertos para saludarle. Habían trabado una bonita amistad a pesar de que la joven había rechazado su oferta de matrimonio tiempo atrás y desde que su amigo le confesara su preocupación por el estado de ánimo de su esposa no había podido evitar preocuparse también por ella.

—Me alego mucho de verte, Charles —dijo la dama conduciéndole a la sala—. Hacía mucho tiempo que no nos hacías una visita.

—He estado algo ocupado con Rose. ¿Cómo te sientes, Anne? ¿Va todo bien?

—Estoy gorda y a mi marido le aterra acercarse a mí por miedo a dañar a nuestro bebé. ¿Cómo crees que puedo estar?

—Pronto darás a luz y todo volverá a la normalidad —la animó él palmeándole la mano.

—¡Hay tantas cosas que me gustaría hacer y que no puedo! Quisiera ir a visitar a Rose, seguro que se siente muy sola en el campo.

—Tía Millicent le hace compañía.

—Necesita compañía de su edad, Charles. Aún es una niña y tiene que disfrutar su juventud antes de atarse a un matrimonio.

—Ahora debe centrarse en sus estudios —replicó él—. Tiene mucho que aprender en muy

poco tiempo.

—Sigo sin entender la prisa que tienes por presentarla en sociedad este mismo año, deberías esperar al año que viene para que se prepare correctamente.

—Sé realista, Anne. Si esperamos un año perderá una oportunidad de encontrar un marido adecuado.

—¿Acaso crees que no conseguiré marido en su primera temporada?

—Tengo miedo de que eso ocurra, sí.

—Los caballeros pelearán por sus atenciones en cuanto la presentemos en sociedad, Charles. ¿Es que no eres consciente de su belleza?

Charles miró a Anne un momento dudando sobre si contarle la verdad. Con ella era muy fácil hablar y estaba seguro de que no le retaría a duelo como su esposo, así que decidió confiar en ella una vez más.

—Soy muy consciente de la belleza de Rose, Anne —confesó—, tanto que me estoy arrepintiéndome de haber ocupado el lugar de tu marido en lo referente a su tutela.

Su amiga le miró sorprendida y se dejó caer en el sofá con un suspiro.

—¿Te has enamorado de ella? —preguntó.

—Me siento atraído por ella hasta el punto de casi cometer una locura.

—¿De qué locura se trata?

—Estuve a punto de besarla —confesó.

—¿Y qué tiene de malo que la beses? A fin de cuentas tú también tienes que casarte, podrías considerar pensar en ella como futura esposa.

—Soy su tutor, no puedo hacer semejante estupidez.

—¿Se puede saber por qué sería una estupidez? No estáis emparentados de ninguna manera.

—No tengo la intención de morir a manos de tu marido, Anne.

—¿Quién dice que Kenneth te mataría? Al contrario, creo que se sentiría muy satisfecho si fueras tú quien se casara con Rose.

—Para Kenneth esa chiquilla es como una hermana a la que se desvive por proteger y conoce mis antecedentes como libertino.

—Personalmente estaría mucho más tranquila contigo que con cualquier otro, y te aseguro que si se diera el caso sabría manejar a mi esposo para que no interfiriera en tus asuntos.

—¿Dónde se ha visto que un tutor termine casándose con su pupila, Anne? Mi deber es protegerla, no complicarle la vida.

—¿Y por qué piensas que le complicarías la vida?

—¿Acaso no sabes cómo es la sociedad? Los rumores no tardarían en aparecer.

—¿Y te importan mucho esos rumores?

—A mí no, pero quiero que ella viva una vida tranquila a partir de ahora. Bastante ha

sufrido ya como para que yo añada un nuevo sufrimiento a su vida.

—Debería ser ella quien decidiese si estar contigo merece o no la pena, ¿no crees?

Charles empezaba a sentirse verdaderamente incómodo así que decidió cambiar de tema.

—¿Qué quieres que te regale cuando nazca el bebé? —preguntó.

—Se te da muy bien cambiar de tema —rió ella— pero ya que hablamos de ello hay algo que quiero que hagas por mí.

—¿De qué se trata?

—¿Serías el padrino del bebé? Ese sería el mejor regalo que pudieras hacerme.

—El regalo no sería para ti, sino para mí mismo. Será un honor serlo, Anne, gracias por pensar en mí.

—Bobadas. ¿Quién mejor que tú para ocuparse del futuro marqués?

—Estás muy segura de que será niño, ¿verdad? —rió el conde.

—Tiene que ser un niño, ya habrá tiempo de darle alguna que otra hermanita.

—Pero la matrona sigue diciendo que será niña...

—La matrona no lleva al bebé en su vientre como yo. Será un niño tan apuesto como su padre, ya lo verás.

—Estoy deseando que nazca solo para ver el resultado.

Tras despedirse de Anne, Charles abandonó la casa de los Lansdowne pensando en las palabras de su amiga. ¿Qué más daba lo que él sintiera si Rose no le veía más que como a su salvador? Posiblemente la muchacha no pensara en él como hombre y quería que ella descubriera lo que es el amor. Por otro lado, ¿por qué no iba él a ser capaz de enamorarla? Desde que Kenneth se casó había pasado a ser el mejor partido de la ciudad y las madres de damas casaderas no desaprovechaban la oportunidad de intentar que se fijase en sus hijas... tenía tantas cosas en la cabeza que era incapaz de pensar racionalmente. En cuanto llegó a su casa se cambió de ropa y montó en su caballo para ponerse rumbo a *Wilton House*.

Capítulo 9

Para Rose, esa mañana las horas pasaban demasiado lentas en el reloj de pared del salón principal. Nora había elegido el vestido que se pondría para su visita a la casa de lord Anglesey la tarde anterior, de raso naranja con volantes en la falda y adornos de encaje. No tenía muchas ganas de pasar tiempo con el caballero, aunque había sido muy amable con ella la tarde anterior esperaba que su interés por ella fuera pasajero y pudiera deshacerse de él en cuanto Warwick regresara del campo.

Tía Millicent no tuvo reparos en tenerla ocupada toda la mañana. Ese día le enseñó algunos conceptos básicos de jardinería con el fin de que pudiera encargarse ella misma de arreglar el jardín en las tardes de verano.

—No entiendo por qué debo aprender tanto sobre flores —protestó ella cavando un pequeño agujero en uno de los parterres para trasplantar un pequeño rosal—. Tendré un jardinero que se ocupe de ello, ¿no es así?

—Las damas ocupan su tiempo en actividades como esta, Rose. Si bien es cierto que alguien se encargará de mantener el jardín bien cuidado tú serás la dueña de la casa y deberías ser tú quien elija las flores. Además, es una muy buena actividad para realizar en tu tiempo libre.

—Prefiero leer —suspiró Rose—. Ahora que el profesor Aldrich me está enseñando a hacerlo bien no puedo esperar para adentrarme en la biblioteca.

—Debes saber llevar una casa a la perfección, Rose. Para ello tienes que conocer todos sus entresijos, entre ellos la jardinería.

—Mis uñas se llenarán de tierra —se quejó—. No quiero visitar a lady Anglesey desaseada.

Tía Millicent se sentó en el banco de forja que había junto a la joven con una sonrisa.

—¿Acaso has cambiado de opinión respecto al marqués, Rose? —preguntó.

—En absoluto, es solo que no quiero avergonzarte, tía Millicent.

—¿A mí o a Charles?

Ahí estaba otra vez el dichoso Warwick... con solo oír su nombre su corazón dejaba de latir y sentía hormigueos en la nuca y el estómago. ¿Por qué le ocurría aquello?

—A ambos —respondió.

—¿Crees que serías feliz casándote con él?

Al escuchar la pregunta Rose abrió un agujero demasiado grande en la tierra, para diversión de tía Millicent, que la observaba con atención.

—¿Con quién? —se atrevió a preguntar la muchacha.

—Con Anglesey, por supuesto.

—No le conozco lo suficiente como para saberlo, tía, pero parece ser un hombre amable.

—Me alegra oír esa respuesta, querida. No quiero que te guíes por lo que los caballeros puedan mostrar en la superficie. Algunos te harán creer que son el epítome de la perfección aunque sus corazones estén completamente podridos.

—No sé a qué se refiere, tía.

—Me refiero a que algunos caballeros golpean a sus esposas. Unos lo hacen por placer, otros por celos enfermizos y otros simplemente porque creen que esa es la única forma de conseguir que ellas sean sumisas y obedientes. ¿Crees que se presentarán ante una posible candidata a esposa mostrando su verdadero rostro?

—Supongo que no —respondió Rose.

—Así es, lo esconderán hasta que ya no puedan escapar de ellos, por eso debes tener mucho cuidado y no confiar en nadie sin más.

—No voy a considerar a ningún caballero sin conocerle antes, tía. ¿Y ahora podemos dejar la tarea del jardín? —preguntó esperanzada.

Tía Millicent asintió y se cogió del brazo de la joven para entrar en la mansión. En el poco tiempo que llevaba conociendo a Rose le había tomado mucho cariño. Era una muchacha tan pura e inocente que no podía evitar querer protegerla y sabía que su felicidad no estaría con Anglesey por muy buen partido que este fuera.

Rose pasó el resto de la tarde estudiando con el profesor Aldrich, y en cuanto en el reloj dieron las tres fue a su habitación para arreglarse. Nora le hizo un precioso recogido adornado con un lazo del mismo tono anaranjado que el vestido y cubrió sus hombros con un chal porque había refrescado. La muchacha puso unas gotas de perfume detrás de sus orejas y se puso los pendientes de perlas a juego con la gargantilla que Anne le había regalado en su último cumpleaños. Tía Millicent asintió con aprobación antes de precederla hasta el carruaje de lord Anglesey, que les esperaba en la puerta de la casa para llevarlas a la mansión vecina.

Rose observó detenidamente los detalles del interior del carruaje. Mientras que el de lord Warwick era de un suave color crema el de Anglesey estaba forrado de terciopelo carmesí con grandes almohadones a ambos lados de los asientos. Rose abrió las cortinas para observar el paisaje por la ventana aunque el viaje apenas duraría un cuarto de hora. Cuando llegaron a la mansión de lord Anglesey el caballero las esperaba en la escalinata de entrada y se acercó a la

puerta para ayudar a ambas damas a bajar.

—Bienvenidas a mi hogar, miladys —dijo con una reverencia.

—Gracias por la invitación, lord Anglesey —respondió tía Millicent.

—Gracias a usted por aceptarla, lady Balogh —Fijó su mirada en Rose—. Lady Henderson, está usted preciosa.

Rose se limitó a responder al cumplido con una reverencia aunque las palabras del caballero le hubieran agradado. La mansión Anglesey no era tan ostentosa como *Wilton House*, pero a Rose igualmente le encantó. Prevalcían los tonos suaves y cálidos, con suelos de mármol y lámparas de cristal. Las paredes estaban adornadas con pinturas de bellos paisajes y sobre cada mesa descansaba un jarrón lleno de flores frescas.

La madre del marqués las esperaba en el salón principal. Por lo que le había contado tía Millicent se trataba de una dama algo excéntrica pero igualmente encantadora, y se levantó del sofá acercándose a ellas con una sonrisa cuando el mayordomo las anunció.

—Qué bueno verla después de tanto tiempo, lady Balogh —dijo sujetando las manos de tía Millicent entre las suyas.

—Desde que murió mi esposo he estado algo apartada de la sociedad —reconoció la dama—, pero ahora que tengo a Rose debo volver a ella.

—Rose... —susurró la marquesa dándose la vuelta hacia ella— Una dama encantadora, según tengo entendido.

—Es un placer conocerla, milady —respondió la joven con una reverencia.

—Y por lo que veo también con exquisitos modales.

Rose no pudo reprimir una sonrisa de satisfacción ante el comentario. El duro trabajo que había estado haciendo con tía Millicent había empezado a dar sus frutos y se sentía tan orgullosa de sí misma que podría gritar de felicidad.

Anglesey se sentó junto a Rose y aceptó la taza de té que una sirvienta le ofreció. La muchacha le observó dar un sorbo y sin poder evitarlo su mirada se centró en el movimiento de su nuez al tragar. Definitivamente Anglesey era tan varonil como Warwick, no tenía nada que envidiarle a su tutor. Sus músculos se adivinaban a través de la tela de su chaqueta cada vez que se movía hacia delante para tomar un dulce o dejar la taza sobre la mesa y su sonrisa era capaz de desarmar a cualquier mujer, pero no a ella.

—Tengo entendido que Rose es prima lejana de Warwick —dijo la marquesa dando un mordisco a una tartaleta de arándanos y crema.

—Es hija de un primo de mi cuñado —explicó tía Millicent—. Él y su esposa murieron a causa de unas fiebres y Rose vino a vivir con nosotros.

—¿Pero por qué se ha hecho cargo Warwick de su tutela? Debería haber sido su madre quien lo hiciera.

—Mi pobre hermana ya tiene bastante con sus dos hijas —sonrió lady Balogh—. Warwick intentaba ayudar a su familia y yo estoy encantada de cuidar de ella en su lugar.

A Rose le sorprendió el bufido mal disimulado que escapó de los labios del marqués, pero lo ignoró dando un sorbo de té.

—Supongo que será para ti un consuelo tener a la joven a tu lado después de todo lo que has sufrido —dijo la marquesa.

—En efecto, para mí Rose es la hija que no he podido tener.

Su afirmación hizo que se formara un nudo en la garganta de la muchacha, que apretó la mano de la dama con cariño. Desde que había llegado a *Wilton House* tía Millicent también había sido como una madre para ella a pesar de ser estricta en lo referente a su educación y Rose también había terminado queriéndola mucho.

—Si me lo permite, lady Balogh, me gustaría llevar a Rose a dar un paseo por el jardín —dijo Anglesey levantándose.

Tía Millicent asintió y el caballero le ofreció el brazo a Rose para escoltarla hasta él, precedidos de las damas, que trasladaron la velada a la terraza del jardín para mantener a los dos jóvenes a la vista. Al igual que en el jardín de *Wilton House*, hileras de setos protegían parterres de hermosas flores de colores. Los árboles estaban estratégicamente colocados para dar sombra a varios bancos de forja colocados a ambos lados del camino de piedra que atravesaba el jardín hasta una pérgola cuadrada rodeada por una fuente llena de peces de colores.

—Es precioso —susurró Rose.

—¿Le gusta? Lo diseñó mi padre como regalo de bodas para mi madre.

—¿Estaban enamorados?

—No creo que llegasen a estarlo nunca, pero estoy seguro de que se tenían mucho cariño. No recuerdo ningún momento en el que discutieran o se llevaran mal.

—Es una suerte —suspiró la muchacha—, pero la verdad es que yo preferiría un matrimonio por amor.

—Eso es muy poco frecuente, lady Henderson. Los matrimonios suelen acordarse de antemano por algún interés en común, aunque hay veces en las que el amor llega con el tiempo.

—¿Eso es lo que piensa, milord?

—No es lo que yo pienso, sino la realidad.

—Una realidad deprimente, a decir verdad.

—Tiene usted mucha razón —respondió el marqués con una sonrisa—. Personalmente espero casarme con una mujer que al menos me resulte atractiva, de esa forma será mucho más fácil enamorarme de ella.

—¿Piensa que solo sería capaz de enamorarse si la dama en cuestión es atractiva? —rió Rose.

—Sería más fácil hacerlo, sí.

—¿Y si la dama no fuera agraciada?

—Supongo que sería su personalidad lo que determinase mi amor por ella.

A Rose le satisfizo la contestación del marqués, lo que la hizo sonreír.

—A decir verdad, la dama que me interesa no tiene que preocuparse de su belleza — continuó el marqués mirándola fijamente— porque es absolutamente arrebatadora.

Rose sabía que se estaba refiriendo a ella, cosa que le agradó. Sonrió mirando al suelo pensando en la manera de responder y recordó los consejos que Hester y Adelaine le habían dado antes de salir del hospital: sé coqueta, pero no descarada, averigua lo que quieras de un caballero sonriendo tímidamente y sobretodo nunca jamás le permitas tomarse libertades contigo si antes no se ha firmado un compromiso.

—¿Está interesado en una dama, milord? —preguntó.

—Desde el momento en que la vi.

—¿Y posee una buena dote?

—No lo sé, pero la verdad es que no me importa demasiado. Soy uno de los pocos caballeros de Londres que no necesita la dote de su esposa.

—Entonces se casará usted por amor.

—Espero que al menos ella sienta aprecio hacia mí con el tiempo. Acabo de conocerla y quiero descubrir poco a poco todos sus secretos.

La mirada del marqués se tornó de un verde más oscuro, más profundo, y su cabeza se inclinó poco a poco hacia Rose. la muchacha recordó otro momento similar con Warwick hacía unos días, pero a diferencia de aquella vez su corazón no se alteró en absoluto y dio un paso atrás para volverse a acariciar los pétalos de una flor.

—Me temo que la he abrumado —susurró el marqués—, lo lamento.

—No lo ha hecho —respondió ella—. Es solo que estas flores me parecen perfectas para dibujarlas.

—¿Le gusta a usted dibujar, milady?

—Mucho, es uno de mis pasatiempos preferidos.

—Puede volver cuando guste si quiere pintar las flores, estaré encantado de hacerle compañía.

—En *Wilton House* tenemos flores tan bellas como estas para pintar, milord.

El marqués sonrió y la acompañó por el camino de vuelta hacia donde se encontraban las damas.

—No me da usted tregua, lady Henderson —se quejó—. ¿Acaso no le agrado?

—Como le dije ayer, no le conozco lo suficiente.

—Al menos deme la oportunidad para conocernos, creo que podríamos llegar a llevarnos

muy bien.

—Buenas tardes, lord Anglesey. Rose...

La muchacha se volvió para ver a su tutor sentado junto a tía Millicent en la terraza y una sonrisa iluminó su cara mientras se recogía las faldas para correr hacia él. De buena gana se habría lanzado a sus brazos, pero se limitó a detenerse y hacer una reverencia ante el suspiro de su tutor.

—¿Qué voy a hacer contigo? —se quejó el conde mirándola con cariño— Creo que te olvidaste tus modales en casa.

—Lo siento, milord —se disculpó ella.

—Veo que has vuelto de la ciudad —dijo Anglesey cuando llegó junto a ellos.

—Solucioné mis asuntos antes de lo esperado —respondió el conde sin apartar la mirada de él.

—¿Ha venido a tomar el té?

—He venido a llevarme a Rose a casa —fue la tajante respuesta del conde.

La muchacha miraba a uno y otro caballero sin entender. ¿Qué había ocurrido entre ellos para que se odiaran tan profundamente? Porque era innegable la animadversión que se profesaban... se sentó al lado de Warwick con una sonrisa para aliviar la tensión entre ambos y dio un sorbo a su taza de té.

—¿Va todo bien en Londres, milord? —dijo, atrayendo la atención de su tutor, que sonrió.

—Traigo noticias de Addison y Marion, que te han enviado regalos, y también de Anne.

—¿Ha nacido ya el bebé?

—Aún es pronto —rió Warwick—. Cuando llegue el momento Lansdowne nos enviará un mensaje y te llevaré a visitarles.

—Estoy deseando tener al pequeño entre mis brazos —suspiró Rose.

—Para eso tendrás que esperar.

Rose se puso el abrigo y Anglesey la acompañó hasta la salida detrás de Warwick, a quien tía Millicent había acaparado por completo para apartarlo de la joven pareja.

—¿Por qué se llevan mal usted y mi tutor? —preguntó.

—¿De dónde saca usted esa idea?

—Es evidente con solo verles hablar.

—Pequeñas disputas de nuestra juventud. Si quiere saber qué ocurrió debería preguntarle a él, lady Henderson.

—Lo haré. Gracias por una tarde tan agradable, milord. Lo he pasado realmente bien.

Warwick se acercó a ella en ese momento para ayudarla a subir al carruaje y Rose se despidió del marqués asomando la mano por la ventanilla.

—¿Desde cuándo conoces al marqués? —preguntó el conde abruptamente.

—Desde ayer —respondió ella—, me colé en su propiedad mientras iba ensimismada y fue tan amable de acompañarme de vuelta a casa.

—No quiero que te involucres con él.

—¿Y eso por qué, Charles? —preguntó tía Millicent sorprendida— Es un buen partido para Rose y parece estar verdaderamente interesado en ella.

—Porque no me gusta, por eso.

—¿No te gusta el marqués? —preguntó la anciana.

—No me gustan sus repentinas atenciones hacia Rose.

—¿No crees que estás exagerando, querido?

“No, no exagero” hubiera querido decir, porque el maldito Anglesey se había atrevido a intentar besarla. Cuando vio que ese desgraciado acercaba su boca a la de Rose sintió el deseo de darle una paliza por haberse atrevido a pensarlo siquiera, pero por suerte la joven se apartó de inmediato marcando las distancias. Había sentido celos por primera vez en su vida, y era un sentimiento demasiado desagradable como para no tenerlo en cuenta. Tenía que serenarse y centrarse en la educación de Rose antes de ocuparse de ello, pero tarde o temprano tendría que lidiar con el sentimiento que estaba creciendo poco a poco en su interior y que lo atormentaba cada vez que estaba con ella.

Capítulo 10

Charles observaba a Rose a través de los cristales de la ventana de su despacho. La muchacha paseaba por el jardín seguida de Duque y Ramsés, que se habían vuelto más leales a ella que a cualquier otra persona de la casa, incluyéndole a él. Ella reía cada vez que los perros corrían por el césped peleando por cazar el palo de madera que ella les lanzaba y se veía verdaderamente feliz. Warwick sentía una opresión en el pecho cada vez que pensaba en ella y en su futuro al lado de otro caballero que no fuera él. Hacía ya dos semanas que había vuelto a *Wilton House* después de su visita a Londres y aunque la joven dedicaba gran parte de su tiempo al estudio había momentos, como aquel, en los que disfrutaba de la tranquilidad del campo sintiéndose verdaderamente libre.

Rose se sentó bajo la sombra de un árbol y los perros inmediatamente se dejaron caer frente a ella. La dama sacó de la cesta que llevaba en la mano un bloc de dibujo y un lápiz y comenzó a dibujar. Duque y Ramsés dormían apaciblemente a la sombra y ella parecía estar dibujándoles perdida en sus pensamientos. Aquella era la imagen más bonita que el conde había visto en su vida, pero se vio enturbiada con la presencia de Anglesey, que se acercaba a ellos por el sendero. Con una maldición, Charles dejó la taza de café sobre su escritorio abruptamente y bajó las escaleras dispuesto a interponerse entre los dos.

Rose no se percató de la presencia del marqués de Anglesey hasta que escuchó un carraspeo. Levantó la vista y tuvo que cerrar un ojo para poder ver su rostro a través de los rayos de sol de la mañana. En las dos semanas que habían pasado desde su primer encuentro el caballero se había tomado la libertad varias veces de salirle al encuentro cuando se aventuraba a bajar al jardín a dibujar, y la verdad es que ya empezaba a resultarle un fastidio pero tía Millicent había insistido en que fuera cortés con él, así que suspiró dispuesta a obedecerla.

—Buenos días, lord Anglesey—saludó Rose levantándose—. Veo que ha madrugado mucho hoy.

—Eso es porque tendré que ausentarme unos días y quería despedirme de usted como es debido.

“Gracias a Dios” pensó la muchacha, pero en vez de decir sus pensamientos en voz alta sonrió.

—¿Se marcha a Londres? —preguntó.

—En realidad tengo algunos asuntos que resolver en Escocia, poseo algunas propiedades cerca de Glasgow y debo vigilarlas de vez en cuando.

—Escocia debe ser un país maravilloso.

—Lo es, aunque demasiado frío para mi gusto. ¿Qué está dibujando? —preguntó acercándose a ella para ver el cuaderno.

—Hoy estoy dibujando a mis perros, milord, son tan bonitos que me gustaría plasmarlos en papel.

—Veo que le gustan mucho los animales.

—Así es, aunque reconozco que al principio me asusté al conocerles ahora no creo que pudiera vivir sin Duque y Ramsés.

Un silbido cruzó el aire y ambos perros se sentaron de inmediato sobre sus patas traseras mirando hacia el camino con las orejas levantadas. Warwick se acercaba a ellos con las manos a la espalda y la mirada fija en Anglesey, que se había apoyado despreocupadamente en el tronco del árbol.

—Es de mala educación presentarse en casa de alguien sin haberse anunciado, Anglesey —protestó acariciando a ambos perros tras las orejas.

—Somos vecinos y estamos en el campo, Warwick. Podemos dejar de lado esa formalidad.

—Debo pedirte que te marches, estás distrayendo a Rose de su clase de dibujo.

—Creí que la dama solo se estaba divirtiendo, Warwick.

—Pues te equivocas. Rose está bastante ocupada con sus estudios, así que en el futuro evita hacer lo que te dé la gana, Anglesey.

—Mí intención no es entorpecerla, sino cortejarla.

—La temporada aún no ha empezado, así que ahórrate los esfuerzos.

—Rose es tan bella y encantadora que estoy seguro de que en cuanto la presentes en sociedad me saldrán muchos competidores. Tengo que ganar puntos antes de que eso ocurra.

—Aunque fueras el último hombre sobre la faz de la tierra no te concedería su mano, así que pierdes el tiempo.

—Creo que debería ser ella quien decida con quién casarse, ¿no te parece?

—Y lo hará... siempre que no seas tú el elegido. —Se volvió hacia la muchacha—. Sube a cambiarte, Rose. Vamos a salir.

Dicho esto el conde se dio la vuelta y empezó a caminar por el sendero. Rose se volvió hacia el marqués bastante satisfecha por la reacción de su tutor, pero cada vez se sentía más intrigada por esa terrible enemistad. ¿Qué había pasado entre ellos para que Warwick no le

soportara?

—Que tenga buen viaje, milord —le deseó.

—Vendré a verla cuando vuelva —respondió el marqués.

—Mi tutor no le concederá mi mano, no tiene que molestarse.

—Ah, pero es que no pienso amedrentarme por lo que diga su tutor.

—En realidad yo tampoco estoy interesada en usted, lord Anglesey. Lo siento.

—¿Se deja llevar por lo que dice Warwick? Me decepciona usted, lady Henderson.

—Es mi opinión personal, milord, no me dejo llevar por cualquiera.

—Todavía no me conoce usted lo suficiente como para juzgarme, milady. Está siendo usted un poco injusta, ¿no cree?

—Muy bien, conozcámonos pues, pero le aseguro que no voy a cambiar de opinión al respecto.

—Nos veremos a mi regreso entonces, lady Henderson.

—¡Rose! —la llamó Warwick desde el camino.

—Váyase —susurró el marqués—, no quiero que le regañen por mi culpa.

Rose asintió, recogió sus pertenencias y echó a correr tras su tutor, aunque no estaba para nada contenta con su comportamiento.

—¿Por qué te desagrada tanto el marqués? —preguntó al llegar a su lado.

—No es algo por lo que debas preocuparte.

—Por supuesto que lo hago, tía Millicent dice que es uno de los mejores partidos del país.

Warwick se detuvo tan abruptamente que Rose chocó de bruces contra su espalda. El conde se volvió hacia ella y le lanzó una mirada despectiva.

—¿Tía Millicent dijo eso? —preguntó el conde con voz suave.

—Sí, quiere que le tenga en cuenta como futuro marido.

—No puede estar hablando en serio —susurró.

—A mí no me agrada especialmente, pero me ha pedido la oportunidad de conocerle y estoy pensando en hacerlo.

—Anglesey no es para ti.

—¿Por qué no?

—¡Porque lo digo yo, maldita sea!

—¡Necesito un motivo para rechazarle! No puedo simplemente decirle que no le acepto porque no te agrada.

—Es motivo suficiente para hacerlo.

Warwick inspiró con fuerza antes de seguir la conversación. Rose tenía razón, no podía rechazarle sin motivo pero tampoco quería confesarle que su rencor se debía a que había sido el culpable de la muerte de su primer amor.

Christina Appleby era todo lo que un caballero pudiera desear: belleza deslumbrante, modales exquisitos y personalidad arrolladora. Todos los caballeros de Londres querían ser los beneficiarios de sus atenciones, pero Charles era el único con el que Chris podía ser ella misma. Ella vivía en la casa colindante a la suya y pasaban tardes enteras hablando a través de los setos que separaban los jardines, y Charles terminó perdidamente enamorado de ella. Ese verano sus padres invitaron a los de Chris a pasar un fin de semana en *Wilton House*... y todo se torció.

Christina quedó embrujada por el encanto de Anglesey, el muy desgraciado la aduló con palabras azucaradas y pequeños regalos hasta que logró meterla en su cama. Chris pensó que el marqués le pediría matrimonio al día siguiente, pero en vez de eso se marchó a sus propiedades de Escocia sin echar la vista atrás. Christina no pudo soportar haber traído la deshonra a su familia y terminó quitándose la vida ahogándose en el lago de su casa de campo, dejando a Charles hundido en la desesperación y la pena durante mucho tiempo.

No iba a permitir que el desgraciado de Anglesey hiciera lo mismo con Rose. Ahora no era un petimetre imberbe al que pudiera tomar a la ligera. Se volvió hacia la muchacha, que caminaba a su lado jugueteando con los perros aunque de vez en cuando le miraba de reojo.

—Aún no has conocido a suficientes caballeros como para tomar una decisión, Rose —dijo al fin.

—No estoy diciendo que me agrade el marqués, solo quiero saber por qué no te agrada a ti.

Warwick se adelantó para ponerse frente a Rose y sujetarla por los hombros. La muchacha le miró de inmediato con ojos brillantes y el conde tuvo que tragar saliva para no besarla.

—¿No puedes simplemente confiar en mí, Rose? —susurró— ¿No puedes hacer lo que te pido solo esta vez?

La joven asintió con una sonrisa y Warwick se tomó la libertad de atraerla hacia su cuerpo para abrazarla. Rose permaneció inmóvil, seguramente sorprendida por el abrazo, pero él enterró la nariz en su pelo y cerró los ojos para saborear ese momento todo lo que pudiera.

—¿Milord? —susurró la muchacha.

El conde la apartó de sí y la miró con una sonrisa.

—¿Qué te parece si volvemos ya a Londres? —sugirió.

—¿De veras podemos? —preguntó la muchacha con alegría.

—Por supuesto. Podrás seguir con tus clases en la ciudad sin problemas.

—¿Y podré ver a tus hermanas y a Anne?

—Creo que te vendrá bien encontrarte de nuevo con ellas.

—¡Gracias, milord! —exclamó recogiendo las faldas— Voy a preparar mi equipaje.

Charles observó divertido a Rose mientras corría seguida por los perros hasta la mansión, olvidando la cesta con sus pinturas a los pies del conde. Sacó el cuaderno en el que solía dibujar y ojeó los diferentes dibujos que había pintado a lo largo de su estancia en la casa y una hoja de

papel escapó del cuaderno llamando su atención. Apenas era un boceto a carboncillo, pero el parecido con él era tan grande que tuvo que contener la respiración. Estaba sentado frente a su escritorio y tenía la mirada perdida mientras apoyaba la cabeza sobre su mano. Pasó los dedos suavemente sobre su retrato y un nudo le atenazó la garganta. Volvió a dirigir la mirada hacia el camino, pero Rose ya había desaparecido. Volvió a poner la hoja de papel en su sitio y recogió la cesta para entrar a la casa y hacer los preparativos necesarios para volver a Londres.

Cuando entró de nuevo en la casa vio divertido cómo tía Millicent intentaba controlar el torbellino en el que se había convertido Rose ante la noticia.

—¡Por el amor de Dios, Rose! —gritaba la dama— ¿Puedes parar un momento?

—¡Cuanto antes tengamos todo listo, antes nos iremos a Londres!

—¿Crees que podemos preparar el equipaje en una sola tarde? Vamos, ve a cambiarte para la cena.

—¡Pero tía Millicent!

—¿Tanta prisa tienes por volver a la ciudad que has dejado esto atrás? —preguntó Warwick mostrándole el cuaderno.

La muchacha se volvió hacia él con los ojos como platos y se lo arrancó de la mano pegándola a su cuerpo.

—¿La has mirado? —preguntó.

—¿No puedo hacerlo?

La muchacha miró hacia otro lado nerviosa y él sonrió.

—No, no la he mirado —mintió—. No suelo cotillear las cosas de los demás.

—Se lo enseñaré cuando esté terminado, lo prometo —se disculpó la muchacha corriendo hacia las escaleras—. ¡Nos veremos a la hora de la cena!

Charles observó a Rose con una sonrisa hasta que desapareció por las escaleras, ante la atenta mirada de tía Millicent, que se acercó a él lentamente.

—¿A qué viene este cambio repentino, Charlie? —preguntó— Dijiste que no volveríamos a Londres hasta que no empezara la temporada.

—Rose ha avanzado bastante en sus clases, no hay motivo para mantenerla apartada de mis hermanas —explicó—. He estado pensando mucho en ello y creo que lo mejor para ella es tener amigas de su edad a su alrededor antes del primer baile para que no se sienta demasiado insegura.

—Siempre tendrá a lady Lansdowne a su lado —respondió la dama—. Dudo que ella le permita sentirse insegura.

—Anne es mucho mayor que ella y no podrá asistir a los bailes hasta que no dé a luz, y conociéndola preferirá quedarse con su pequeño antes que acompañar a Kenneth a los bailes.

—Tu casa de soltero no es adecuada para una niña. Lo sabes, ¿verdad?

—Cuando mi amigo salió del sanatorio ordené hacer unas reformas en mi hogar, tía.

Teniéndote a ti con nosotros no habrá ningún problema.

—¿Me estás pidiendo que deje mi casa, Charles? —preguntó tía Millicent con una sonrisa.

—Solo hasta que logremos casar a Rose —explicó el conde.

—Muy bien, me encargaré de los preparativos de nuestra marcha.

Charles asintió y se dirigió hacia su propia habitación sin poder apartar de su mente el retrato que Rose estaba dibujando de él. Por algún motivo, pensar en ello calentaba su corazón.

Capítulo 11

Rose apenas podía contener la excitación que la invadía en su vuelta a Londres aquella mañana. Estaba deseando ver a las hermanas del conde, pero sobre todo necesitaba desesperadamente ver a Kenneth. Echaba a su amigo terriblemente de menos y desde la última visita que le hiciera el marqués en el sanatorio no había vuelto a verle.

Para ella, Kenneth era un padre, un hermano y un amigo, todo a la vez. Había sido la única persona que se preocupara por ella durante los dos años que pasaron juntos en *Bedlam*. La había cuidado y mimado, había recibido por ella la mayor parte de los golpes que el maldito doctor Appleton acostumbraba a propinarle y la había consolado con un abrazo las noches en las que ella no podía soportarlo más.

Recordó con nostalgias las veces que se habían escabullido en la noche hasta un rincón escondido de la vista de todos en el que había un enorme ventanal desde el que se podía ver claramente la luna y en donde el marqués solía contarle aventuras de su época en el colegio y sobre los maravillosos bailes a los que había acudido durante su juventud. También le habló innumerables veces de su esposa fallecida a la que amaba con locura. Rose estaba segura de que allí donde ella estuviera se sentiría muy satisfecha de la mujer con la que su amigo se había vuelto a casar. Anna era posiblemente lo mejor que le había pasado a Kenneth en toda su vida.

Rose se acomodó en el asiento por enésima vez desde que el carruaje salió de *Wilton House*, logrando que tía Millicent dejase escapar un gemido.

—¿Puedes estarte quieta de una vez, Rose? —la regañó la anciana— Vas a terminar arrugándote el vestido.

—¿Y qué más da? —rió Warwick mirando a la joven divertido— Llegaremos a Londres al anochecer y Rose se irá de inmediato a la cama.

—Tenemos que pararnos en varias posadas en el camino —contestó la dama—. ¿Quieres que piensen que la tenemos descuidada?

—Todo el mundo sabrá que estamos de viaje, tía —añadió él—. Nadie opinará sobre el atuendo de Rose.

—Ve y siéntate junto a Charles, Rose —ordenó la mujer a la joven—. A ver si opina lo

mismo cuando lleves una hora retorciéndose a su lado.

Rose obedeció y se sentó a la izquierda del conde, que la miró con diversión cuando se pegó completamente a la puerta del carruaje.

—¿Se puede saber qué haces? —preguntó— Si la puerta se abre te caerás y tendremos un disgusto.

Warwick la sujetó de la muñeca y tiró de ella hasta pegarla a su cuerpo. Una descarga eléctrica la recorrió ante el contacto de los largos dedos del caballero sobre la piel desnuda de su muñeca y dio un respigo. El conde la miró con preocupación y se deshizo del guante de su mano izquierda para pegar el dorso de la misma en la frente de la muchacha y comprobar si tenía fiebre.

—¿Seguro que te encuentras bien? —susurró con la mirada fija en su cara— Estás actuando de un modo extraño.

—Estoy bien, milord, es solo que me muero de ganas por llegar a Londres.

Al parecer la explicación satisfizo al conde, que sonrió y volvió su atención al periódico que llevaba leyendo hacía rato. Estaba actuando de manera extraña, era cierto, pero ni siquiera ella sabía el motivo de su comportamiento. ¿Por qué de repente se sentía tímida frente a su tutor? ¿Por qué cada vez que su piel la rozaba ella sentía que lava líquida corría por su vientre? Incluso ahora era incapaz de evitar mirar fijamente su boca, de labios llenos perfectamente perfilados. El conde levantó en ese momento la mirada del periódico y le dedicó una sonrisa que logró que su corazón dejase de latir por un momento. ¿Qué era todo aquello?

—Mañana iremos a casa de Kenneth —explicó el caballero—. Ya he mandado una misiva anunciando nuestra llegada.

—Estoy deseando ver a Anne —suspiró la joven olvidándose de sus confusos sentimientos—. ¿Habrá nacido ya el bebé?

—No lo creo —respondió tía Millicent, que no había apartado la mirada de los dos jóvenes aunque aparentase estar concentrada en su bordado—. Aún es pronto para que esa criatura llegue al mundo.

—¿Cuánto es el tiempo estimado, tía? —preguntó la joven.

Charles sintió una mezcla de diversión e incomodidad ante la pregunta de su pupila y volvió la mirada hacia la ventana para alejarse todo lo posible de una conversación femenina en la que no tenía ninguna intención de entrometerse.

—Lo normal son nueve meses de embarazo, Rose —explicó tía Millicent con total naturalidad—. El bebé tiene que estar todo ese tiempo en el vientre de su madre para que le proteja mientras se forma correctamente.

—No lo entiendo... —suspiró la muchacha.

—Piensa en ello como en hornear un delicioso pastel. Hay que mezclar los ingredientes cuidadosamente y con cariño para que el resultado final sea delicioso, ¿no es así? —La joven

asintió—. Un bebé es igual, Rose. Tiene que permanecer cuidado y amado en el vientre de su madre para que no tenga ningún problema al nacer.

—Es evidente que a mí no me cocinaron con demasiado cariño —protestó la muchacha levantando su pierna dañada.

El conde no pudo reprimir la carcajada que le burbujeaba en la garganta ni un segundo más. Se volvió hacia Rose y acarició su mejilla con ternura.

—Aun así te has convertido en una criatura bella y de buen corazón, Rose —reconoció el caballero—. Te aseguro que de ahora en adelante no tendrás que lamentar la clase de personas que te trajeron al mundo.

—Estoy más que satisfecha con las personas que me quieren ahora —susurró ella agachando la cabeza—. Todo el sufrimiento ha merecido la pena solo por la clase de vida que estoy llevando ahora.

Tía Millicent limpió una lágrima que le corría por la mejilla antes de arrodillarse frente a la joven para abrazarla. Charles tuvo que tragarse el nudo que le atenazaba la garganta y apretó los dientes con fuerza. Aunque intentaba olvidarse por todos los medios de la clase de personas a las que Rose tenía por familia le habría gustado buscar venganza contra aquellos que le habían hecho algún daño. En ese momento el carruaje llegó a la posada y tía Millicent se apresuró a llevar a Rose a refrescarse a una habitación y él se dirigió al comedor privado que habían preparado para ellos para beberse una copa de vino y olvidar aquellos recuerdos amargos.

Poco después Rose entró en la habitación. A Charles le sorprendió que tía Millicent no la acompañase, pero se limitó a acercarse a la mesa y a retirar la silla de la joven para que se sentara.

—Tía Millicent se siente algo indispuesta —explicó la muchacha—. Va a tomar una pequeña siesta mientras nosotros almorzamos.

—¿Deberíamos detener nuestro viaje? —preguntó el conde.

—Tía Millicent me ha dicho que no es necesario. Cree que un poco de descanso podrá continuar el viaje sin problemas.

Charles asintió y se sentó al lado de la muchacha. Inmediatamente después el posadero llegó acompañado de un par de muchachos que colocaron los platos de comida en la mesa.

—Mi tía se siente indispuesta y no va a almorzar —explicó Warwick—. ¿Podría prepararme algo de comer para el camino? Algo de queso, fruta y carne fría debería estar bien.

—Por supuesto, milord —respondió el posadero con una inclinación de cabeza—. Lo dispondré todo de inmediato.

—Gracias.

Rose miró al conde con los ojos como platos ante sus palabras de gratitud y el conde elevó los ojos al cielo.

—Siempre protestas porque no le agradezco al servicio su trabajo, ¿y cuando lo hago me miras así? —protestó él.

—¿Lo has hecho por mí? —preguntó ella.

—Quería complacer a mi pupila. ¿Acaso no puedo hacerlo?

Ella sonrió y comenzó a degustar el puré de patatas con la punta del tenedor. El conde dio buena cuenta de su comida y observó a la muchacha mientras terminaba la suya. ¿Por qué Rose no comía como solía hacerlo en casa? Estaba limitándose a tomar pequeños bocados que seguramente no saciarían ni a un muerto.

—Come bien, Rose —protestó.

—¿Y qué crees que estoy haciendo?

—¿Por qué no estás comiendo como acostumbras? Si sigues así vamos a salir de la posada al anochecer.

—¿No se supone que debo comer con moderación? —gimió ella.

—Eso es en las cenas sociales, Rose, ahora solo estamos tú y yo.

—Debería acostumbrarme a comer con moderación. No quiero decepcionar a mi esposo cuando se dé cuenta de que como como un pavo.

¿Por qué pensar en que otro hombre tuviera derecho a opinar respecto a Rose le enfurecía tanto? El conde dio un sorbo a su copa de vino y suspiró dejando el vidrio sobre la mesa con más fuerza de la que deseaba, sobresaltándola.

—No tienes que preocuparte por eso de momento, así que come todo lo que quieras —ordenó.

Cuando la muchacha terminó de comer, el conde la acompañó hasta la habitación donde descansaba tía Millicent tras lo cual saldó la cuenta con el posadero y recogía las viandas que había ordenado preparar para tía Millicent.

Llegaron a Londres al anochecer. El conde acompañó a Rose a su habitación, que a diferencia de la de *Wilton House* había sido decorada en tonos vainilla y verde. El conde permaneció en la puerta observando la reacción de la muchacha, que simplemente se dejó caer en la cama con un suspiro.

—Espero que te guste la habitación —dijo el caballero—. Me temo que mis gustos no son tan afeminados como los de mis hermanas.

—Es perfecta —respondió la muchacha con un bostezo—.

—Haré que te suban algo para cenar, así podrás descansar lo antes posible.

—No estoy cansada. —El conde sonrió—. De verdad que no.

—Si quieres que vayamos a ver a Kenneth y Anne mañana tienes que descansar. Buenas noches, Rose.

—Buenas noches, milord.

Rose hizo una reverencia dibujando una sonrisa en los labios de Warwick, que cerró la puerta a sus espaldas y se apoyó en ella con un suspiro.

—¿Ocurre algo, querido? —preguntó tía Millicent, que se acercaba por el pasillo, sobresaltándole.

—Solo estoy cansado del viaje —mintió.

—Venía a darle las buenas noches a Rose. ¿Está durmiendo ya?

—No, voy a ordenar que le suban algo de cenar a la habitación para que pueda irse a la cama temprano. ¿Quieres comer en tu habitación también, tía?

—Te lo agradezco, estoy agotada después del largo viaje.

—¿Te encuentras mejor? ¿Quieres que mande a llamar al doctor Brown mañana?

—Estoy bien, Charlie, solo he sufrido una pequeña indigestión. Me habrá sentado mal el desayuno, eso es todo.

—En ese caso voy a ordenar que suban la cena a tu cuarto también. Mañana a primera hora llevaré a Rose a ver a los marqueses de Lansdowne, puedes levantarte más tarde si quieres.

—Te tomaré la palabra, echo de menos dormir hasta mediodía.

Charles se dio la vuelta y se dirigió hacia las escaleras ante la atenta mirada de su tía. Ella se encontraba perfectamente, únicamente había puesto una excusa para dejar a los jóvenes a solas porque ahora sabía con toda certeza que su sobrino se sentía irremediabilmente atraído por Rose, y sospechaba que la joven estaba empezando a sentirse de la misma manera. Con un suspiro, dibujó una sonrisa en sus labios y entró en la habitación de la joven.

Ya era noche cerrada cuando Charles escuchó un estruendo venir de la planta de abajo. Se levantó de un salto de la cama y desenfundó su espada antes de bajar a toda prisa para atrapar al ladrón. Cuando llegó al recibidor afinó el oído para localizar el sonido, que provenía de las cocinas. Se acercó hasta la estancia silenciosamente blandiendo su espada, pero la dejó caer con un suspiro de alivio al ver que se trataba de Rose, que buscaba algo en la despensa en la oscuridad. Se acercó hasta quedar a escasos centímetros de ella sin hacer ruido para sorprenderla en plena fechoría.

—¿Se puede saber qué haces, Rose? —preguntó.

La muchacha dio un salto ante el sonido de su voz y pisó el bajo de su camisón en la prisa por escapar de su alcance, tropezando e impactando contra el cuerpo del conde, que trastabilló y terminó cayendo al suelo con la muchacha acomodada sobre su cuerpo. Charles dejó de respirar en cuanto fue plenamente consciente del contacto de la muchacha, que apoyó las manos sobre su pecho para incorporarse. Warwick sujetó ambas manos de la muchacha para impedirle que siguiera retorciéndose sobre su cuerpo, y cuando Rose levantó la vista descubrió que su boca estaba a escasos centímetros de la de su tutor.

Charles respiraba entrecortadamente tratando de controlar la excitación fruto del roce del cuerpo de Rose contra su entrepierna, y la verdad es que no ayudaba nada que los labios de la muchacha se le antojaran jugosos y húmedos. Lamió inconscientemente su propio labio inferior con la esperanza de ser capaz de contenerse, pero cuando Rose subió la rodilla para incorporarse impactó de lleno sobre sus partes nobles, haciéndole olvidar por completo su deseo y aullar de dolor.

—¡Lo siento! —se disculpó la joven— ¿Te he hecho daño?

Warwick cubrió su miembro con las manos cuando la muchacha intentó averiguar la magnitud del daño que le había ocasionado, pero fue incapaz de levantarse.

—Voy a llamar a tía Millicent —dijo la joven levantándose.

Charles logró sujetarla de la muñeca justo antes de que Rose se levantara por completo y permaneció en esa posición hasta que el terrible dolor disminuyó.

—No te muevas —susurró—. No avises a nadie.

—Pero milord...

—He dicho que te quedes quieta. ¿Qué demonios hacías metida en la despensa a esta hora de la noche?

—He descubierto un gatito en mi balcón y quería ponerle algo de comer —confesó la joven.

—¿Y no podías esperar a mañana?

—¡No paraba de maullar!

El conde se incorporó y llenó un tazón de leche. Subió con la muchacha hasta su habitación, y ambos permanecieron en cuclillas observando a través de los cristales como el pequeño gatito daba buena cuenta de su festín. Charles fijó su mirada en Rose, que sonreía brillantemente observando con cariño al animal, y no pudo refrenar el deseo de besarla. Sujetó su mejilla con la mano y acercó sus labios a los de Rose, que le miraba sin entender nada. En cuanto sus bocas entraron en contacto un torbellino de sensaciones inundó su cuerpo, pero rompió el beso antes de perder la cordura y se levantó para alejarse de ella.

—Vete a la cama, Rose —ordenó con voz ronca—, mañana estarás muy cansada.

Se dio la vuelta sin esperar una respuesta y cerró la puerta, dejándose caer al suelo con un gemido. ¿Qué diablos acababa de hacer?

Capítulo 12

Cuando amaneció a la mañana siguiente Rose seguía sin poder pegar ojo. Desde que Warwick la besara la madrugada anterior su mente era un torbellino de emociones que era incapaz de entender. ¿Por qué lo había hecho? Todavía le hormigueaban los labios ante el recuerdo del suave roce de la boca del conde. Sus ojos se habían oscurecido conforme se acercaba a ella y el corazón de la joven se había desbocado cuando su mano la sujetó de la mejilla. ¿Sería ese el sentimiento del que solían hablar las damas que visitaban *Bedlam*?

Se levantó de la cama incapaz de conciliar el sueño y se sentó junto a la chimenea con su cuaderno de dibujo. Suspiró al ver el retrato que estaba dibujando del conde como regalo de cumpleaños. Comenzó a hacer pequeños trazos para perfeccionar la forma de las cejas, el contorno de los ojos, la forma de las orejas. Inconscientemente pasó la yema del dedo por su mejilla hasta acariciar sus labios, recordando su sabor, su suavidad, su ternura. Una ola de calor subió por su estómago como cada vez que lo recordaba y soltó el lapicero sobre la mesa con un golpe seco levantándose de inmediato.

—¡Despierta, Rose! —se dijo palmeándose las mejillas— ¿En qué estás pensando?

Nora entró en la habitación en ese momento seguida de varios sirvientes que portaban cubos de agua caliente y se sorprendió al verla de pie junto a la ventana.

—¿Lady Henderson? —preguntó— ¿Qué hace levantada?

—No podía dormir. ¿Está preparado ya mi baño?

—En un momento. ¿Quiere elegir el vestido para la visita a los marqueses de Lansdowne por usted misma?

Había olvidado por completo que volvería a ver a Kenneth y a Anne aquella mañana. Con una sonrisa corrió hasta el armario abierto y escogió un vestido de muselina color crema adornado con lazos y encaje. Se metió en la bañera llena de agua perfumada con pétalos de Rosas con un suspiro y se dejó mimar por su doncella, que lavó cuidadosamente su cabello.

Cuando bajó al salón, el conde y tía Millicent ya se encontraban desayunando. Warwick bajó el periódico y la miró con tal intensidad que la joven sujetó sus faldas con fuerza entre sus dedos con el corazón desbocado.

—Buenos días, querida. ¿Has dormido bien? —preguntó tía Millicent.

—No demasiado —suspiró ella tomando asiento al otro lado de la mesa.

—¿Tan ansiosa estás de ver a tus amigos? —rió la dama.

—Llevo mucho tiempo sin ver a Kenneth y no puedo esperar a encontrarme con él, tía.

—¿Acaso te has enamorado de él?

—¿Cómo puede pensar semejante cosa, tía? Para mí él es el hermano que nunca tuve, es mi familia.

—¿Y yo no lo soy? —preguntó el conde dejando el periódico sobre la mesa con suavidad.

Su mirada volvía a ser tan profunda e intensa como la noche anterior. Rose dio un sorbo a su taza de té antes de responder.

—No he querido decir eso, milord —se disculpó ella—. Por favor, no me malinterprete.

—Supongo que aprecias más a Kenneth que a mí.

—Les aprecio a los dos por igual —mintió la muchacha.

“Espero que no” pensó el conde.

—Solo estoy bromeando, Rose —reconoció Charles con una dulce sonrisa.

—Vamos, come si quieres marcharte lo antes posible —interrumpió tía Millicent, que notó que algo extraño pasaba entre los dos.

—¿Usted no viene, tía? —preguntó.

—No me encuentro demasiado bien esta mañana, querida. Me temo que sufro un ataque de migraña.

—¿Debo llamar al doctor, tía? —preguntó Warwick.

—En absoluto —negó su tía con un aspaviento—, tengo mi medicina, solo tengo que tomarla y acostarme un rato a oscuras.

El conde ayudó a Rose a subir al carruaje tiempo después. El simple contacto de la mano enguantada del caballero sobre la suya la hizo recordar el tacto de esa misma mano sobre la piel de su mejilla y se sonrojó. El cubículo del carruaje se le antojó demasiado estrecho, demasiado pequeño para compartirlo con él, e intentó centrar su atención en la ventanilla.

Warwick la observaba atentamente, intentando descifrar sus pensamientos después del beso de la noche anterior. Apenas había sido un leve roce de labios, pero para ella era algo desconocido y temía haberla asustado con su metedura de pata.

—Respecto a lo de anoche, Rose... —empezó a decir.

—El gatito había desaparecido esta mañana, milord —le interrumpió ella—. El desagradecido me abandonó una vez tuvo su estómago lleno.

Charles aguantó las ganas de reír ante el ridículo tema de conversación que había elegido la joven para evitar hablar sobre el beso.

—Volverá cada vez que tenga hambre ahora que sabe que le alimentarás —respondió él con

una sonrisa.

—¿Puedo quedarme con él? —preguntó esperanzada— Tal vez esta noche logre meterle en casa.

—No tengo ninguna objeción a que te quedes con el animal, pero se ha criado en libertad y aunque logres meterle en casa se escapará en cuanto tenga ocasión. Deberías acercarte a él poco a poco, logrando que confíe en ti, y tal vez él mismo decida quedarse contigo.

Rose volvió a centrar su atención en la ventana y el conde decidió dejar el asunto por el momento. No había sido capaz de dormir en toda la noche pensando en los labios de Rose, en el tacto de su piel cremosa y en lo mucho que le gustaría hacerle el amor. Era innegable, se sentía irremediamente atraído por ella y no sabía cómo iba a escapar de esa terrible situación. Pero no había sido capaz de controlar su deseo de besarla la noche anterior. Al verla bajo la luz de la luna, con esa brillante sonrisa que era capaz de desarmar a cualquier caballero que tuviera el placer de recibirla, no pudo evitar saborear un leve resquicio de la miel de esos labios carnosos. Había tenido que hacer un esfuerzo titánico para apartarse de ella, y aun así su mente había sido incapaz de apartarse de la joven en toda la noche.

El carruaje llegó a la casa de los marqueses de Lansdowne en ese momento terminando con sus cavilaciones. Kenneth estaba de pie en la puerta y cuando la vio bajar del vehículo le abrió los brazos con una enorme sonrisa. Rose corrió hacia ellos y se vio dando vueltas en el aire hasta que el marqués la dejó en el suelo abrazándola con cariño.

—Tu falta de modales no ayuda en absoluto a su educación, Lansdowne —protestó Warwick acercándose a ellos.

—Te he echado mucho de menos, pequeña —susurró el marqués haciendo caso omiso a las palabras de su amigo.

La muchacha asintió y hasta que su amigo no borró sus lágrimas de sus mejillas con la yema del dedo no se dio cuenta de que estaba llorando.

—¿Tanto te alegras de verme? —preguntó Kenneth con una carcajada.

—¡No has venido a visitarme ni una sola vez en todo este tiempo! —protestó la joven cruzándose de brazos— Creí que te habías olvidado de mí.

—¿Cómo voy a olvidarme de la dama más bonita de la temporada? —exclamó su amigo con un gesto exagerado—. ¿Te está tratando bien este sinvergüenza?

—Me ofendes —protestó Warwick— ¿Acaso crees que no sé tratar correctamente a una dama?

—No sabría decirte —bromeó el marqués ofreciéndole el brazo a Rose—. Vamos adentro, Anne te tiene una sorpresa.

—¿Ha nacido ya el bebé? —preguntó la muchacha con la ilusión reflejada en el rostro.

Kenneth asintió y Rose se recogió las faldas para correr escaleras arriba seguida del

mayordomo del marqués, que había sido advertido de la vivacidad de la muchacha.

—¡Ten cuidado o te vas a caer! —protestó su tutor elevando los ojos al cielo— Vas a terminar con el duro trabajo que ha estado haciendo Rose en estas semanas de un solo plumazo — se quejó a su amigo.

—¡Vamos, Warwick! —dijo Lansdowne palmeándole la espalda— Sabes tan bien como yo que desea ver al bebé desde que se enteró del embarazo de Anne. Además, hoy no tienes derecho a reprenderme, es un día para felicitar me. Ha sido un niño.

—Así que tu esposa tenía razón —rió el conde—. Vas a tener que compensarla muy bien por ello.

—Le regalaría el país entero si me lo pidiera, así de contento y satisfecho me siento.

Los dos caballeros se dirigieron al despacho del marqués, que sirvió dos copas de whisky para celebrar el nacimiento de su primogénito.

—¿Cómo está Anne? —preguntó Warwick.

—El doctor Brown la ha examinado y se encuentra perfectamente, solo tiene que descansar unos días y comer adecuadamente.

—Me alegro mucho.

—¿Cómo van las cosas con Rose?

El conde se atragantó ante la pregunta de su amigo, que le miró con una ceja arqueada.

—¿Te ha causado algún problema? —insistió el marqués.

—Por supuesto que no, Rose no puede ser más adorable aunque quiera.

—Ha llamado la atención de algún caballero entonces.

—Del último hombre al que le concedería la mano de Rose: Anglesey.

—Anglesey es un buen partido.

—¿Has olvidado lo que le hizo a Chris?

Su amigo agachó la cabeza recordando los duros momentos que había vivido Warwick en aquel tiempo.

—No, no lo he olvidado, Charles, pero entonces todos éramos jóvenes y estúpidos —añadió el marqués—. Por otra parte, Anglesey no sabía que Chris estaba embarazada cuando se marchó a Escocia, no puedes culparle por su muerte.

—Si él no la hubiera mancillado...

—¿Le has preguntado alguna vez si tenía intención de casarse con ella?

—¿A qué te refieres?

—Anglesey iba a pedir su mano en cuanto arreglase los asuntos que lo llevaron a Glasgow.

—¿Y tú cómo lo sabes?

—Cuando Chris falleció te fuiste a *Wilton House* sin mirar atrás, pero yo acudí a su funeral y pude ver de primera mano que estaba tan devastado como tú.

—Eso no le exime de culpa.

—Tienes razón, pero tampoco es tan malo como lo pintas.

—Temo que haga lo mismo con Rose, ella es mucho más inocente que Chris.

—Adviértela de los peligros de los caballeros, entonces.

—Por el momento parece no estar interesada en él, dice que le desagrada porque yo no le aguanto —reconoció el conde con una sonrisa.

—¿Entonces cuál es el problema?

—En breve comenzará la temporada, Kenneth. ¿Y si Anglesey termina por gustarle? Tía Millicent me presionará para que acepte su proposición de inmediato porque sabe lo buen partido que es.

—Eres tú quien decide con quién se casa Rose, no tía Millicent.

—¿Acaso no la conoces? Le he dicho que no quiero que Rose se relacione con él, pero cree que lo hago por celos —bufó el conde—. Está empeñada en pensar que hay algo entre Rose y yo.

—¿Y no lo hay?

—¡Por supuesto que no! —exclamó Warwick— ¿Por quién demonios me tomas?

—Rose es una mujer preciosa, por dentro y por fuera.

—No es más que una niña.

—Tiene ya dieciocho años, hace tiempo que dejó de serlo.

—Aunque así sea, soy su tutor.

—También eres un hombre.

—¿Qué me quieres decir con eso?

—¿Seguro que no la has deseado ni siquiera una vez?

—¿Te has propuesto insultarme o de verdad piensas que yo sería capaz de hacer algo así?

—Solo quiero que no me mientas al respecto, Charles.

—No te estoy mintiendo. Mi única relación con Rose es la que hay entre un tutor y su pupila —insistió—. Para mí no es más que una niña a la que debo cuidar.

—Espero que estés siendo sincero, no creo que pueda perdonarte que me mientas al respecto.

—No soy tan estúpido como para poner en riesgo una amistad de tantos años por un estúpido deseo pasajero.

—Entonces, ¿admites que la has deseado? —mirando a su amigo con diversión.

—¡Por supuesto que no!

—Acabas de confesarlo.

—Jamás he hecho tal cosa.

—Acabas de decir que no pondrás nuestra amistad en riesgo por culpa del deseo...

—Si vas a seguir diciendo estupideces con la intención de molestarte será mejor que vaya

a ver a tu mujer —protestó el conde levantándose—. Es evidente que sigues estando como una cabra y Anne haría bien en volver a encerrarte.

—A ella le gusta que esté loco... Hay momentos en los que disfruta especialmente de mi locura.

Lansdowne observó a su amigo mientras salía de la habitación. ¿Por qué se había puesto tan nervioso? ¿Acaso había dado en la diana sin saberlo? Con una sonrisa apuró su copa de whisky y se dirigió a la habitación donde descansaba su esposa con la intención de averiguar los sentimientos de esos dos.

Capítulo 13

Rose acariciaba suavemente la manita del recién nacido mientras lo acunaba entre sus brazos sentada en la hamaca de la habitación de su amiga. El pequeño heredero era una preciosidad, con los mofletes redondos y rosados y la piel sedosa. Anne observaba a Rose desde su posición en la cama con una sonrisa. Ahora que la veía de nuevo se había percatado del enorme cambio que había dado en el tiempo que llevaba viviendo con el conde, y era evidente que estaba más que preparada para hacer su aparición en la próxima temporada. Al entrar en la habitación no la habría reconocido de no ser por su sonrisa, tan guapa estaba después de unos cuantos tratamientos de belleza.

—Eres absolutamente adorable, mi rey —canturreó Rose al bebé—. ¿Le habéis puesto ya nombre?

—Se llamará Eric —respondió su amiga—. Eric Dankworth, cuarto marqués de Lansdowne.

—Es un nombre precioso. Seguro que cuando crezca será tan buen partido como su padre.

—No creas que Kenneth es tan buen partido —bromeó Anne—. Eso es lo que me hizo creer para lograr que me casara con él.

—Estás encantada con él, no lo niegues —rió Rose—. Es cierto que ronca a veces, pero siempre puedes enviarle a otra habitación.

—Pero cuéntame, ¿cómo lo has pasado en *Wilton House*?

—Aunque he tenido que estudiar mucho me lo he pasado en grande —reconoció la muchacha—. He podido dibujar paisajes preciosos y he aprendido muchas cosas de tía Millicent.

—¿Has aprendido a bailar?

—Aún no —suspiró la muchacha—. El profesor Rawson es un ángel por tenerme tanta paciencia, pero soy incapaz de hacer correctamente las vueltas del vals aunque lo he intentado infinidad de veces.

—¿Por qué no le pides a Warwick que te ayude? Es un gran bailarín y estoy segura de que te será de gran ayuda.

—Ahora no puedo pedirle eso —respondió la muchacha sonrojándose.

—¿Y por qué no? ¿Está demasiado ocupado?

—No es eso.

Anne se percató de la vergüenza de la muchacha y la miró con una ceja arqueada y una sonrisa.

—¿Por qué te sonrojas, Rose? —preguntó— ¿Ha pasado algo que yo deba saber?

—Anoche el conde me besó —reconoció la muchacha con un suspiro.

—¿Te besó? —preguntó suavemente la marquesa— ¿Qué tipo de beso?

—Ya sabes... ese tipo de beso —explicó Rose cada vez más acalorada.

—Hay muchos tipos de besos... Puede ser en la frente, en la mejilla, o en la mano.

—¿Lo estás haciendo a propósito para avergonzarme? —se quejó la joven— El único tipo de beso que no has mencionado.

—¿Warwick te besó en los labios? —preguntó su amiga dejando las bromas a un lado.

—Exacto.

—¿Y qué sentiste?

—Mi corazón se desbocó, sentí mucho calor en el estómago... —Rose se dio cuenta en ese momento de que su amiga no se había enfadado por el hecho de que su tutor la besara— ¿No estás enfadada?

—¿Bromeas? ¿Quién mejor que Charles para casarse contigo? No solo es un gran partido, sino también una buena persona.

—En cualquier caso creo que solo fue un error porque estaba medio dormido.

—¿Por qué piensas eso?

—Porque esta mañana se comportaba como de costumbre y no ha vuelto a mencionar el tema.

—Tal vez lo haya hecho para no abrumarte demasiado.

—Yo creo que ni siquiera lo recuerda.

—¿Cómo no va a recordar algo así? ¿Acaso había bebido?

—Creo que no, descubrí un gatito en el balcón y le observábamos mientras tomaba un poco de leche.

—¿Y te besó sin más?

—Sí, yo estaba concentrada en el animal y de repente me volteó la cabeza y me besó.

—¿Te gustó?

—¡Anne!

—Eso quiere decir que te gustó —aplaudió su amiga—. No intentes negarlo.

En ese momento Warwick golpeó suavemente la puerta de la habitación con los nudillos antes de entrar. El corazón de Rose se saltó un latido antes de desbocarse.

—Vengo a ver a mi ahijado —susurró el conde.

Anne le hizo señas para que entrara y el caballero se sentó en el brazo del sillón donde se

encontraba Rose, que enrojeció al momento ante la cercanía del hombre. Warwick acarició suavemente la mejilla del recién nacido mirándole con adoración, ante la atenta mirada de sus amigos, que sonreían con satisfacción.

—¿Quieres cogerle? —preguntó Rose.

—Tengo miedo de hacerle daño —negó el conde—. Sigue sosteniéndole tú, lo haces muy bien.

Anne se acercó a su esposo para hablarle al oído.

—¿No crees que hacen buena pareja? —preguntó, a lo que el marqués asintió— Creo que deberíamos darles un empujoncito, ¿no crees?

—Antes tendríamos que averiguar si sienten algo el uno por el otro, mi amor.

—Es evidente que es así —respondió su esposa—. ¿No puedes verlo con solo mirarles? Además, Rose me ha contado que anoche Charlie la besó.

Lansdowne miró a su esposa con sorpresa porque su amigo no le había comentado nada de eso durante su charla.

—La besó sin más, Kenneth —continuó la marquesa—. ¿No te dice eso nada?

—Que posees demasiada inteligencia para ese pequeño cuerpo tuyo —bromeó su marido besándola en la punta de la nariz.

El marqués continuó observando a sus amigos, ajenos a la conversación. Realmente Charles era el hombre adecuado para Rose, de eso no le cabía la menor duda, pero ¿por qué no le había comentado nada su amigo sobre el beso de la noche anterior? Averiguaría el motivo y le haría entender que su destino estaba unido al de su pupila... aunque él se negara a verlo.

Horas más tarde, Rose practicaba por enésima vez el vals junto al profesor Rawson. Tía Millicent les observaba desde la distancia sentada en una silla, suspirando cada vez que Rose terminaba pisando a su acompañante debido a su pérdida de equilibrio. La pobre muchacha estaba a punto de echarse a llorar de la frustración y ella era incapaz de ayudarla.

—Tranquilízate, Rose —la calmó dándole unas palmaditas en la mano—. Aún hay tiempo de mejorar.

—Llevo semanas practicando, tía Millicent. Es evidente que seré incapaz de bailar.

—No diga eso, milady —respondió el profesor—. Con un poco más de práctica...

—¡Un poco más de práctica no eliminará mi problema! —gritó Rose frustrada.

El conde se dirigió al salón de baile al oír los gritos de la muchacha, que parecía bastante disgustada.

—¿Qué está pasando aquí? —preguntó.

—¡Me rindo! —exclamó la joven dando vueltas por el salón— ¡Es imposible que yo pueda bailar el vals! He conseguido defenderme con la cuadrilla, pero ¡el vals es demasiado

complicado!

—Ven aquí —respondió el conde abriendo los brazos.

—¿Para qué? —preguntó la joven recelosa.

—¿Para qué va a ser? Para bailar el vals.

Rose se acercó lentamente al hombre e inspiró con fuerza cuando Charles tiró de ella para acercarla a su cuerpo. Corrigió su postura y levantó la cara de la muchacha sujetándola de la barbilla hasta que su mirada se centró en sus ojos.

—Concéntrate en mí, no en el baile —ordenó el caballero—. Yo te guiaré.

La música comenzó a sonar y Rose fue transportada a través de la pista de baile, dando vueltas sin tropezarse ni caer, sin ver otra cosa que no fuera la mirada intensa del conde fija en la suya. Rose pudo ver claramente la pequeña cicatriz que le cruzaba la ceja, los dos lunares que tenía debajo del ojo derecho e incluso la vena que latía en su cuello. Todo lo demás desapareció, incluidos tía Millicent y el profesor Rawson, tan concentrada estaba en el caballero que la hacía volar alrededor de la pista de baile. Sentía el calor de la mano de Warwick sobre su espalda a través de la tela de su vestido y deseó que la canción no terminara nunca.

Warwick se estaba arrepintiendo de haberse ofrecido a enseñar a Rose a bailar el vals. Era evidente que la muchacha había prestado atención a sus clases, pero la cercanía entre los dos le estaba empezando a alterar. Era incapaz de apartar la mirada de sus labios sonrojados, de su níveo cuello, de la curva de sus turgentes pechos sobre el escote del vestido de baile. Sus dedos hormigueaban por el deseo de acariciar esa piel cremosa, sus labios se morían por aprisionar los de la muchacha y su vientre se contraía para evitar cometer una locura y arrastrarla hasta su cama para hacerle el amor. Era innegable que se sentía atraído por ella. Rose había dejado de ser una niña y se había convertido en una mujer, una mujer irresistiblemente hermosa y adorable a la que él se moría por poseer.

Por fin sonó el último acorde de la melodía y se detuvo en mitad de la pista de baile con la respiración entrecortada. Rose hizo amago de apartarse de él, pero Warwick la sujetó con fuerza de la cintura y la pegó a su cuerpo, logrando que la joven inspirase con fuerza.

—¿Milord? —atinó a decir Rose.

El conde observó el movimiento de esos labios carnosos y acercó lentamente la cabeza hacia la de la muchacha, pero el carraspeo de tía Millicent logró que se apartase de ella y se volviera hacia la ventana para disimular su estado de excitación.

—Es evidente que puedes bailar bien el vals —dijo con voz ronca—. Es cuestión de elegir al bailarín adecuado.

—¿Y cómo sabré si un caballero es el adecuado? —gimió ella.

—Pregúntale a Anne o a alguna de mis hermanas, ellas te lo dirán.

—¿Por qué no volvéis a intentarlo? —sugirió tía Millicent, que no había perdido detalle a

la química entre los dos jóvenes— Sería beneficioso para ella que fueras tú quien bailara con ella.

—Ahora mismo estoy muy ocupado —dijo el conde con un carraspeo—. Debo salir de inmediato.

Charles se dirigió de inmediato a casa de Eleine. Necesitaba salir de allí antes de cometer una locura, y esperaba que su amiga aportase algo de lucidez a su locura. Si se sorprendió de la visita tan inesperada, su amiga no dijo nada, sino que se limitó a ordenar que les sirvieran el té y se dejó caer en la otomana mirándole con una ceja arqueada.

—¿Hay algo que te preocupe, Charlie? —preguntó.

—Creo que me estoy volviendo loco, Ely. Si sigo en casa terminaré cometiendo el error más grave de mi vida.

—No será para tanto —respondió su amiga quitándole importancia con un aspaviento.

—La he besado, Ely.

—¿A quién? ¿A Rose?

—¿A quién si no? ¡Dios! Me remuerde la conciencia solo de acordarme de ello.

—¿Y te gustó? —preguntó la varonesa con una sonrisa traviesa.

—Así no ayudas, Ely —protestó el conde.

—Lo siento, lo siento... Es que no entiendo qué tiene de terrible que hayas besado a una mujer.

—No es una mujer cualquiera, es mi pupila.

—¿Y eso qué tiene que ver? No sois parientes de sangre.

—Pero la sociedad pensará que sí.

—Pues no la presentes como tal.

—¿Y entonces cómo explico el haberme hecho cargo de ella?

—Hay mil soluciones a ese problema, solo tienes que encontrar la más adecuada.

—Ese no es el único problema, Ely. Lansdowne la quiere como si fuera una hermana pequeña, ¿crees que estaría muy feliz si descubriese mi interés por ella?

—Eso es una tontería y lo sabes.

—No es ninguna tontería, él sabe perfectamente la clase de libertino que soy.

—También sabe que eres una buena persona. Creo que antes de sacar juicios erróneos sobre la opinión de tu amigo al respecto deberías preguntarle, Charles. Puede que estés dejando pasar la oportunidad de ser feliz por una suposición.

Warwick se fue de casa de su amiga con una sensación agrídulce en la boca del estómago. ¿Por qué Eleine daba por hecho que su felicidad estaba junto a Rose? Era cierto que se sentía atraído por ella, pero sus sentimientos no iban más allá. Con un suspiro, se dirigió al club. Tal vez una partida de cartas lograra disipar el deseo ilógico que sentía por la muchacha.

Capítulo 14

Al fin llegó el primer baile de la temporada, y con él, la tan esperada presentación de Rose en sociedad. La joven estaba demasiado nerviosa y era incapaz de pensar en otra cosa que no fuera concentrarse en actuar correctamente.

—No estés nerviosa, querida —dijo tía Millicent palmeándole la mano—. Esta noche es el baile de Almack's, así que no tienes que preocuparte por la cena.

—No es la cena lo que me preocupa, sino el vals.

—El primer vals lo bailarás con Charles, y estoy segura de que Lansdowne te pedirá el siguiente.

—¿Tendré que bailar dos? —se quejó la muchacha desolada.

—Sí, serán dos, y recuerda: no puedes bailar más de dos veces con ningún caballero o será considerado un escándalo.

—Lo recordaré, tía.

Tía Millicent escogió para la ocasión un vestido blanco de gasa adornado con lilas bordadas en la falda y lazos cruzados en el escote. Decoró su cabello con lazos del mismo tono violeta que los adornos del vestido y depositó sobre la cómoda el estuche de las perlas de Rose.

—Nora te pondrá las perlas y puedes bajar al recibidor —explicó—. Seguro que Charles ya te está esperando.

—¿No vas a venir, tía?

—Le he pedido a la condesa Gosford que se haga cargo de ti en mi lugar, no me encuentro demasiado bien.

—¿Anne tampoco acudirá?

—Anne acaba de tener al bebé y debe descansar un poco más, Rose. Lady Gosford te cuidará a la perfección.

La joven asintió y observó su reflejo en el espejo pensando en cuál sería la reacción de Warwick al verla tan arreglada. Aunque se había vestido de manera formal en algunas ocasiones nunca la había visto realmente arreglada para un baile, y esperaba que se sintiera satisfecho con el resultado. Nora decoró su peinado con las horquillas de perlas que Anne le había enviado esa

misma mañana y le puso las joyas antes de rociar un poco de perfume de rosas bajo sus orejas y en sus muñecas. Rose dio una vuelta delante del espejo de cuerpo entero y sonrió.

—Parezco una dama, ¿verdad, Nora? —preguntó.

—Es usted una dama, milady, la dama más bonita de la sociedad.

Charles esperaba pacientemente a que tía Millicent terminase de arreglar a Rose. Sus hermanas hacía un buen rato que habían llegado, pero decidieron esperar a su amiga en el carruaje para darle una sorpresa. Se volvió hacia la escalera con el repiqueteo de los tacones de la muchacha sobre el mármol y quedó absolutamente hipnotizado por la magnífica visión que le recibió. Jamás habría esperado que Rose se convirtiese en la preciosa mujer que se acercaba a él con una sonrisa en los labios. Extendió la mano para ayudarla a bajar los tres últimos escalones y descubrió que su pulso temblaba. El calor de la mano de Rose traspasó la tela de sus guantes de encaje y le impulsó a hacerla dar una vuelta completa para admirarla desde todos los ángulos.

—Estás preciosa —susurró con voz ronca.

—Gracias, milord —respondió ella con una reverencia—. Usted también está muy guapo.

Warwick le ofreció el brazo y la acompañó hasta la puerta del carruaje, que se abrió abruptamente cuando las hermanas del conde saltaron de él para abrazar a su amiga.

—¡Sorpresa! —rió Addison abrazándola.

—¡Pero mírate, Rose! —exclamó Marion rodeándola— Todos los caballeros querrán bailar contigo esta noche.

La sola mención de otro hombre acercándose al cuerpo de Rose le produjo a Warwick un regusto amargo en la boca del estómago, pero se limitó a carraspear para llamar la atención de las muchachas, que parloteaban sin cesar.

—Tenemos que irnos ya —anunció.

Las mujeres subieron en el carruaje y le decepcionó un poco tener que conformarse con sentarse junto a Marion. La calle estaba abarrotada de lujosos carruajes que descargaban a sus nobles delante del club más prestigioso de la ciudad. En cuanto estuvieron frente al enorme portón de madera, Rose se detuvo en seco y empezó a temblar.

—¿Rose? —preguntó el conde extrañado.

—No puedo hacerlo —susurró la muchacha—. No puedo hacerlo.

—Por supuesto que puedes hacerlo —replicó él—. Llevas mucho tiempo preparándote para esto.

Charles cogió la mano temblorosa de su pupila y la pasó por su brazo para infundirle valor. El salón de baile estaba atestado de nobles que silenciaron su diatriba al verles llegar, y el conde apretó con cariño la mano de su pupila.

—La condesa de Cowper tiene que darte el visto bueno —susurró Warwick—. Vamos a

presentarle nuestros respetos.

—¿Por qué tiene esa señora que aceptarme? —preguntó la muchacha.

—Es la gerente del club, no puedes bailar el vals sin su consentimiento.

—Pero lo bailaré contigo, ¿verdad?

—Por supuesto, así que quédate tranquila. Le pediré a Gosford que te pida el segundo vals para evitarte un mal rato y nos marcharemos inmediatamente después.

Marion y Addison hacía ya rato que se habían perdido entre la multitud en busca de sus respectivos prometidos y Charles acompañó a Rose hasta donde se encontraba lady Cowper acompañada por algunas matronas más. La dama sonrió en cuanto le vio, señal de que ya tenía en mente alguna debutante a la que endilgarle como prometida.

—Me alegro de verle, lord Warwick —dijo la dama con una reverencia—. Veo que viene usted muy bien acompañado.

—Permítame presentarle a mi pupila, la señorita Rose Henderson.

Rose respondió a la presentación con una exquisita reverencia para satisfacción del conde, que sonrió con orgullo.

—Es una jovencita muy guapa —observó la matrona—. ¿Es familiar tuyo?

—Familiar lejana —aclaró él—, es hija de un primo lejano de mi padre.

—¿Y te has hecho cargo personalmente de ella?

—Mi madre tiene demasiadas preocupaciones con las inminentes bodas de mis hermanas —fue su parca respuesta.

—¡Pero mira a quién tenemos aquí!

Rose se volvió al escuchar la melodiosa voz de lady Cornick, a quien conocía de sus innumerables visitas a *Bedlam*. La dama la abrazó con cariño y enlazó su brazo con el de la muchacha mirando a Warwick con una sonrisa.

—Permíteme robarte a mi querida Rose por un momento, Warwick —pidió—. Hace mucho tiempo que no nos vemos y quiero que me cuente cómo le ha ido.

Warwick asintió con la tranquilidad de que la poderosa hermana del duque de Lancaster protegería bien a su pupila. No le pasó desapercibida la especial atención de lady Cowper, que miraba atentamente a Rose alejarse por el salón de baile y sonrió satisfecha cuando la muchacha fue detenida por el duque de Lancaster, hermano de lady Cornick y principal benefactor de *Bedlam*.

—Veo que tu pupila es una jovencita encantadora y con muy buenas conexiones —comentó la matrona—. Estoy segura de que conseguirá un buen matrimonio.

—Para mí lo más importante es su felicidad, lady Cowper. No me importa si se casa con un duque o un barón siempre que ella sea feliz.

—Sigues siendo un idealista, Warwick —rió la dama—, pero efectivamente, volverás a

salirte con la tuya como hiciste con tus hermanas.

—Como es su primer baile me encargaré personalmente de su primer vals, así que le pido que no se lo conceda a ningún caballero. Rose todavía no lo domina bien del todo y no quiero que pase un mal momento en su primera aparición en sociedad.

—Por supuesto, Warwick, ve tranquilo.

—Tal vez pueda concederme el segundo vals, entonces —dijo una voz desde detrás.

Charles se volvió para observar a Anglesey, que se acercaba a ellos con una de sus odiosas sonrisas.

—Como he dicho, Rose aún no lo domina muy bien —explicó el conde.

—¿Intentas decir que no soy capaz de guiar correctamente a una dama, Warwick? —preguntó el marqués.

—Intento que entiendas que hoy no es el día más indicado para que bailes con ella.

—Al contrario, ¿quién mejor que yo para guiarla en un baile tan complicado?

—Muy bien, Anglesey —intervino la dama—. Te concedo el permiso para solicitarle el segundo vals.

La dama se marchó dejando a los dos hombres a solas, que se medían entre sí con la mirada.

—¿Se puede saber a qué estás jugando? —preguntó Warwick malhumorado.

—Pido permiso para bailar con una dama. ¿Acaso es pecado?

—Sabes de sobra que a ella no le agradas, ¿por qué sigues insistiendo?

—Porque es la única que ha logrado llamar mi atención y creo que es momento de casarme.

—Aunque fueras el último hombre sobre la faz de la tierra no consentiría este matrimonio —advirtió el conde con los dientes apretados.

—Eso debería ser decisión de ella, ¿no crees?

—Y como ya he dicho, Rose no quiere tener nada que ver contigo. Ahora, si me disculpas, debo ir a buscar a mis hermanas.

El conde hizo una inclinación de cabeza y se escabulló entre la gente, evitando así cualquier réplica por parte del marqués, o de lo contrario terminaría retándole a duelo. Localizó a Darío y Jillian, que hablaban alegremente con sus hermanas.

—Al fin os encuentro —suspiró el conde—. ¿Se puede saber por qué habéis desaparecido así?

—Estábamos buscando a nuestros prometidos —explicó Addison.

—¿Y dónde están?

—Alfred ha ido a traernos unas bebidas y mi George se ha retrasado un poco —respondió su hermana.

—¿Dónde está Rose? —preguntó Marion al no verla.

—Lady Cornick se la ha llevado para presentarle a algunas personas —explicó Warwick.

—¿Acaso la conoce? —preguntó Marion.

—Lady Cornick solía ayudar en el sanatorio —contestó Jillian—. De hecho ella fue la encargada de hacer que echasen al despreciable doctor Appleton cuando golpeó a Lansdowne.

—¿Estará a salvo con ella? —preguntó Addison, y Gosford rió a carcajadas.

—Parece que Rose tiene a dos grandes defensoras de su parte —comentó Darío.

—No sabes el calvario que me hicieron pasar el día que llevé a Rose a *Wilton House* —se quejó Warwick.

—Podéis estar tranquilas —aclaró Jillian—. Si alguien ajeno a la familia puede mantenerla segura, esa es lady Cornick.

Warwick no apartaba la mirada de Anglesey, que hablaba animadamente con un grupo de caballeros a unos pasos de ellos.

—¿A quién miras con tanto desdén? —preguntó Darío.

—Iba a pedirte que te encargases del segundo vals de Rose porque aún no se le da demasiado bien bailar pero Anglesey se me ha adelantado y le ha pedido permiso a lady Cowper.

—Anglesey también es un gran bailarín —comentó Marion pensativa.

—A Rose no le agrada —explicó su hermano— y la verdad es que a mí tampoco.

—¿Y por qué no bailas tú con ella los dos vales? —sugirió Addison.

—¿Te has vuelto loca? —protestó su hermano— ¿Quieres que Rose sea la comidilla de toda la ciudad?

—¿Por qué? Está permitido bailar dos veces seguidas con el mismo caballero.

—Tu hermano tiene razón, Marion —intercedió Jillian—. Charles es su tutor, y si baila dos vales con Rose desatará las habladurías sobre las verdaderas intenciones de su tutela.

—Eso es lo último que necesita Rose en este momento —explicó Darío—. Si la gente empieza a interesarse en ella averiguará su procedencia y quedará totalmente arruinada.

—¿Y qué podemos hacer? —suspiró Marion.

—Se me ocurrirá alguna solución —respondió su hermano—. Lo evitaré aunque sea lo último que haga.

Rose paseaba por los confines de la pista de baile del brazo de lady Cornick, que escuchaba con atención las vivencias de la joven durante las últimas dos semanas.

—Por lo que puedo ver has hecho un increíble trabajo, querida —dijo la dama—. Te has convertido en una dama encantadora y educada.

—Gracias, milady.

—Y dime... ¿algún joven ha atraído tu atención?

—¡Claro que no! —exclamó ella sonrojándose ante la divertida mirada de su acompañante

— Aún no he conocido a nadie fuera de la familia y los amigos del conde.

—Me siento ofendido, lady Henderson —llegó la voz de lord Anglesey desde su espalda—. ¿Acaso no soy yo un caballero?

Rose elevó los ojos al cielo y se volvió hacia el marqués con una sonrisa fingida e hizo una exquisita reverencia.

—¿Conoces a Anglesey, Rose? —preguntó lady Cornick con curiosidad.

—Nuestro encuentro fue tan fugaz que apenas puede considerarse como tal, milady —explicó la joven.

—En ese caso, permítame presentarme de nuevo. Gideon Lamb, marqués de Anglesey, a su servicio —respondió el caballero con una reverencia.

El muy desvergonzado cogió el carnet de baile de Rose y lo ojeó con una sonrisa de satisfacción.

—Veo que aún no ha estrenado su tarjeta de baile —comentó escribiendo algo en ella—. Como su tutor se ha adueñado de su primer vals, permítame que yo sea dueño del segundo.

El rostro de Rose se ensombreció presa del pánico. ¡No podía bailar con Anglesey! ¿Qué ocurriría si perdía el equilibrio?

—Me temo que aún no soy muy buena bailando, milord —respondió—. Temo que termine con los pies doloridos por mi culpa.

—Correré ese pequeño riesgo —respondió él con un guiño—. La iré a buscar cuando llegue nuestro baile.

Rose suspiró con un quejido cuando el marqués se perdió entre la gente y lady Cornick la instó a sentarse en un sillón junto a ella.

—¿No te apetece bailar con Anglesey? —preguntó la dama.

—No especialmente, no es de mi agrado. Además, no sé bailar muy bien el vals, Warwick es el único caballero con quien lo he bailado capaz de hacer que conserve el equilibrio y temo terminar haciendo el ridículo.

—Siempre puedes decir que estás cansada y cambiar el baile por un paseo por el salón.

—Debo ir a consultarlo con mi tutor, no quiero hacer nada que pueda desagradarle.

Las dos damas llegaron a donde su tutor se encontraba acompañado de sus amigos. Rose abrazó a Jillian con cariño y miró a su tutor con desolación.

—¿Qué ha pasado? —preguntó él examinándola atentamente— ¿Te has hecho daño en alguna parte?

—Anglesey ha puesto su nombre en mi segundo vals —gimió ella—. ¿Qué voy a hacer ahora?

—Lo sé, Rose, le ha pedido permiso a lady Cowper delante de mí —explicó su tutor.

—¿Y por qué no te has negado a bailar con él? —preguntó Marion.

—¡No sabía que podía hacerlo!

—Me temo que no tendrás más remedio que hacerlo —suspiró Jillian—. Es de mala educación marcharse del baile tan pronto.

—Lady Cornick ha sugerido que cambie el baile por un paseo alrededor de la pista de baile —dijo ella.

—Esa es una gran idea —dijo Jillian—, al menos así no tendrás el temor de tropezar.

—La idea no me gusta en absoluto —protestó Charles.

—¿Y qué pretendes que haga? —preguntó su amiga— No es que tenga demasiadas opciones en las que elegir.

—Puedo llevármela a casa diciendo que se siente indispuesta.

—Si haces eso todo el mundo pensará que Rose es una muchacha débil y delicada, Charles —advirtió Darío.

—¡Está bien, maldita sea! Da ese paseo con él.

“Pero os estaré vigilando desde cerca” pensó el conde. Solo la idea de que Rose pudiera terminar a solas con Anglesey en cualquier rincón oscuro le hacía hervir la sangre. Ese maldito desgraciado era capaz de encontrar la oportunidad para quedarse a solas con una mujer en cualquier situación, incluida esta, y Charles no quería ni pensar en las consecuencias de ello si eran atrapados. Con un suspiro, vació de un solo trago su copa de champán.

Capítulo 15

Addison y Marion se llevaron a Rose para presentarla a su círculo de amistades y casi sin darse cuenta la muchacha encontró repleto su carnet de baile. Los amigos de las jóvenes la acogieron muy bien y pronto Rose se sintió parte de ellos. Aunque algunos de los caballeros eran muy apuestos ninguno podía compararse a Warwick, que la vigilaba desde la distancia con una copa de vino en la mano.

—¿Se divierte, lady Henderson? —preguntó el varón Lattimer, un joven de mirada tierna y cálida sonrisa.

—Mucho, milord —respondió ella— reconozco que acudí al baile con cierto temor, pero ahora me alegro de haber venido.

—He visto que Anglesey se ha adueñado de su segundo vals. ¿Acaso está pensando en aceptar sus atenciones?

—En absoluto, el marqués pidió a lady Cowper que le permitiera bailar conmigo y creí que no podía negarme a hacerlo.

—Ya veo... Entonces, ¿puedo pedirle una cuadrilla?

—Por supuesto —respondió la joven extendiéndole su carnet de baile con una sonrisa.

El joven escribió su nombre en él y se lo devolvió. Rose se sentía realmente a gusto hablando con él y empezó a considerarle como pretendiente. ¿Sería lord Lattimer del agrado de su tutor?

—¿Acudirá usted al baile de los Davenport mañana, lady Henderson? —preguntó el joven guiándola hasta la pista de baile.

—Creo que sí, ¿por qué lo pregunta?

—Permítame tomarme el atrevimiento de pedirle de antemano su primer vals, milady. No quiero volver a perder esa oportunidad.

—Me temo que aún no lo domino muy bien y temo que le pisaré, milord —se disculpó ella.

El caballero se acercó a su oído y su aliento rozó su cuello desnudo.

—Reconozco que yo tampoco soy buen bailarín, será nuestro pequeño secreto —susurró.

Rose se sintió de repente más tranquila y asintió con una sonrisa.

—Entonces será suyo mi primer vals de mañana, lord Lattimer.

Rose se concentró en recordar los pasos que el profesor Rawson le había enseñado y logró realizar la cuadrilla sin ningún altercado. Cuando la música finalizó lord Lattimer la condujo de nuevo hasta el grupo de amigos y no se separó de su lado. Rose ni siquiera se dio cuenta de que su tutor se acercaba al grupo con paso decidido hasta que le tuvo pegado a su espalda.

Charles sabía que el varón Lattimer, sobrino del duque de Lancaster, era uno de los mejores partidos de la temporada, pero cuando le vio rondar alrededor de Rose después de su baile un horrible sentimiento de posesión se apoderó de él. Por fortuna era hora del primer vals, así que tuvo la excusa perfecta para interrumpirles.

—Es la hora del vals, Rose —dijo cuando se encontraba detrás de ella.

La muchacha se volvió con el temor reflejado en el rostro ante el momento que llevaba temiendo toda la velada, pero su tutor la tranquilizó con una sonrisa y tendió su mano para acompañarla hasta la pista de baile. En cuanto tuvo a la joven entre sus brazos todo a su alrededor desapareció. Podía sentir el calor de la espalda de Rose a través de la tela de su guante, el temblor de su mano sobre la suya y la respiración jadeante acariciar la tela de su camisa de gala.

—Tranquila —susurró—, no vas a tropezar.

—¿Cómo puedes saberlo? —gimió ella— Estoy muy nerviosa y no recuerdo los pasos.

De buena gana Charles habría borrado ese nerviosismo a besos, pero se limitó a mirarla con intensidad.

—Mírame —ordenó—, centra tu atención en mí, yo te guiaré.

La joven obedeció levantando la barbilla y los primeros acordes de música empezaron a sonar. El conde comenzó a dar vueltas alrededor de la pista de baile sin apartar su mirada de los ojos de Rose, que sentía su corazón latir con fuerza. El calor subió por su estómago como cada vez que el conde la miraba y deseó volver a sentir el calor de aquellos labios sobre los suyos. La mano de Warwick descansaba sobre la fina gasa que cubría la parte alta de su espalda y el calor traspasaba la tela, calentando la piel de Rose... y también su corazón. ¿Por qué se sentía de aquella manera? ¿Por qué la cercanía de su tutor la perturbaba hasta el punto de perder de vista todo lo demás?

La mirada de Warwick bajó de repente hasta sus labios y Rose se mordió el inferior instintivamente, segura de los pensamientos que llenaban la mente de su tutor. Deseaba besarla tanto como ella deseaba que lo hiciera, estaba segura de ello. Sus ojos se oscurecieron ante el pequeño mordisco y la pegó ligeramente a su cuerpo hasta que el escote del vestido de Rose rozó la chaqueta del conde.

—Veo que has conocido al varón Lattimer —dijo Charles con voz ronca, dispuesto a romper la intimidad del momento.

—Así es, es un joven agradable.

—Parecías bastante a gusto en su presencia.

—No le conozco lo suficiente, pero me he sentido cómoda hablando con él. Me ha pedido el primer vals de mañana.

—¿Y se lo has concedido?

—Así es, tal vez pueda convencerle para pasear por el jardín en lugar de bailar, he oído que lady Davenport posee el jardín más bonito de Londres.

—¿Le estás considerando como pretendiente?

—Lo estoy pensando, Marion y Addison dicen que es un gran partido a tener en consideración y parece interesado en mí.

Una oleada de celos inundó el pecho del conde, pero logró contenerse. ¿Por qué le ofendía tanto que Rose estuviera interesada en un joven como Lattimer? Tenía muy buena reputación y al ser sobrino de Lancaster también poseía las mejores conexiones. Era un gran partido y parecía realmente interesado en Rose, sin embargo... los últimos acordes del vals llegaron a su fin, sorprendiéndoles. Permanecieron un momento mirándose intensamente sin moverse de la pista de baile, atrayendo la atención de los asistentes.

—¿En qué demonios está pensando Warwick? —preguntó Darío mirando a su amigo sin comprender— Está llamando la atención.

—Anne tenía razón —suspiró Jillian.

—¿Razón en qué?

—¿Acaso no es evidente? Está enamorado de ella.

Jillian se acercó a la pareja, que seguía mirándose fijamente, para hacerles volver a la realidad y evitar un escándalo.

—Creo que es hora de llevar a Rose a tomar un refrigerio —dijo mirando significativamente a Charles, que rompió de inmediato el íntimo momento entre los dos.

—Iré a reunirme con Darío —respondió él con voz ronca alejándose de ellas.

Jillian asintió y sacó a Rose de inmediato de la sala de baile para cortar los murmullos que empezaban a crearse alrededor. Los refrigerios no eran nada del otro mundo, pero Rose apenas había probado bocado en la cena y de repente se sintió famélica. Se sirvió algunos bocadillos en un plato y acompañó a Jillian hasta una mesa cercana.

—¿Puedo hacerte una pregunta, Rose? —preguntó la dama.

—Por supuesto.

—¿Estás enamorada de Charles?

—Nunca he estado enamorada de nadie.

—¿Tampoco de Kenneth?

—¡Por supuesto que no! Kenneth es como un hermano para mí, eso es todo. Una vez creí

estar enamorada de un enfermero del sanatorio, pero no fue así.

—¿Qué pasó?

—Él se casó con una enfermera unos meses antes de salir. Temía decírmelo por mi reacción, pero no pude sentirme más feliz por ellos.

—Me alegro de que no te rompieran el corazón.

—¿Qué se siente cuando estás enamorado?

—Cuando estás enamorada no puedes dejar de pensar en esa persona, tu corazón se acelera cada vez que se acerca y te derrites cuando te besa. Cuando te enamoras de un caballero pasa a ser el centro de tu mundo.

—Entonces estoy enamorada de Warwick —gimió Rose dejando caer la cabeza sobre la mesa.

—Levanta —ordenó Jillian incorporándola—, compórtate como una dama.

—¿Qué voy a hacer ahora, Jill?

—Casarte con él, por supuesto.

—Charles no tiene ningún interés en mí —gimió la joven.

—¿Por qué estás tan segura de eso? ¿Acaso no eres consciente de la manera en la que te mira?

—Aunque tuvieras razón él es mi tutor, nunca se atrevería a hacer ningún avance conmigo.

—Tienes razón, su estúpido sentido de la responsabilidad le impediría hacer nada. Además, cree que mi cuñado se opondría a una relación entre vosotros.

—¿Por qué se opondría Kenneth? —suspiró ella.

—Exactamente, si te casaras con su mejor amigo Kenneth dormiría completamente tranquilo todas las noches sin preocuparse por tu bienestar.

Jillian acarició la mano de la joven con ternura al verla suspirar derrotada. Tenía que ayudarla de alguna manera o de lo contrario Warwick terminaría casándola con el primer caballero que se lo propusiera y lograría que todos los implicados fueran desgraciados por el resto de sus vidas.

—Hablaré mañana con Anne —dijo—. Le diré que le pida a su esposo que hable con Warwick al respecto.

—¿Crees que servirá de algo?

—Si Warwick no reconoce sus sentimientos después de haber hablado con Lansdowne siempre nos queda una solución: le seducirás.

Jillian rió ante la mirada de horror que le lanzó la muchacha, pero cortó la conversación para devolverla al salón de baile para su próxima pieza. Había hablado totalmente en serio: si para que ambos fueran felices tenían que recurrir a la seducción, ella misma se encargaría de que todo saliera a la perfección.

Charles degustaba su copa de vino aunque en realidad estaba deseando poder llevarse a Rose a casa para que ningún otro caballero se acercase a ella. ¿A quién quería engañar? Se había enamorado irremediamente de la muchacha durante el tiempo que llevaban viviendo juntos. No... en realidad lo había hecho mucho antes, pero se había negado a aceptar dichos sentimientos. Observó a la muchacha, que bailaba con Darío en mitad de la pista, e inconscientemente una sonrisa asomó a sus labios al verla reír a carcajadas ante algo que el conde le había dicho.

—Está radiante, ¿verdad? —dijo Jillian a su espalda.

—Así es —respondió él sin dejar de mirar a su pupila—, el cambio en ella ha sido asombroso.

—¿Tienes ya a algún caballero en mente para ella?

La pregunta de su amiga le hizo apretar los dientes con fuerza.

—Será ella quien elija, yo no voy a interponerme en su felicidad.

—¿La dejarás elegir incluso si la persona que elije eres tú?

Charles se volvió abruptamente hacia Jillian, que sonreía con suficiencia.

—Eso es una estupidez y lo sabes —protestó.

—¿Por qué lo es? ¿Porque eres su tutor?

—Exactamente por eso. Además, yo no estoy interesado en casarme, ni con ella ni con nadie.

—¿Y por qué eres incapaz de apartar tus ojos de ella?

—Vigilo que no se meta en problemas —mintió con voz ronca.

—Admítelo de una vez, Charles... estás enamorado de ella.

—Tienes una imaginación desbordante, mi querida lady Gosford. No tengo más interés en ella que el normal en un tutor.

—¿Y entonces por qué la besaste?

Charles tragó saliva con dificultad al verse cazado por su amiga, que esperaba su respuesta mirándole divertida.

—Eso no fue más que un error —dijo el conde—. Un error imperdonable que no se volverá a repetir.

—Ni siquiera te atreviste a besar a Anne cuando te interesaste en ella —le recordó Jillian—, sin embargo a Rose no has tardado mucho en besarla.

—¿Qué demonios quieres de mí, Jill? —exclamó él harto de su interrogatorio.

—Que admitas lo que todos vemos menos tú.

—¿Qué importa si la amo o no? No podría casarme con ella aunque quisiera, Kenneth no me lo permitiría.

—¿Se lo has preguntado a él?

—No es necesario, le conozco perfectamente y para él Rose es tan importante como su propia esposa. Jamás se la confiaría a un libertino como yo.

—Sin embargo te la confió cuando salió de *Bedlam*.

—Eso es distinto y lo sabes de sobra.

—Tal vez su intención inicial fue que te casaras con ella. ¿Has pensado eso?

Charles se olvidó por completo de la discusión que estaba manteniendo con Jillian cuando vio a Anglesey acercarse a Rose para reclamar su vals. Apretó su agarre alrededor del pie de la copa de vino y tuvo que dejarla sobre la mesa por miedo de quebrar el cristal, pero se mantuvo impassible junto a su amiga.

—Te duele verla con él, Charles —adivinó Jillian—. No niegues más tus sentimientos.

—Como ya he dicho, por muy enamorado que esté de ella no voy a hacer nada, así que deja ya el tema, por favor.

—¿Y vas a condenarte a una vida de infelicidad por tu estúpida fidelidad hacia mi cuñado?

Charles miró a su amiga con un suspiro y se dio la vuelta para salir al balcón. De repente necesitaba con urgencia respirar un poco de aire fresco, el aire del salón de baile se le había tornado de repente demasiado viciado.

Rose paseaba del brazo de Anglesey alrededor de la pista de baile del club. Hacía rato que había perdido de vista a su tutor, pero por fortuna Jillian y lady Cornick estaban apostadas en una zona bastante visible y podría recurrir a ellas si algo se torcía.

—¿Se siente mejor, lady Henderson? —preguntó Anglesey, a lo que ella asintió.

—No estoy acostumbrada a concentraciones de gente y me estaba agobiando un poco.

—Me temo que aquí no hay jardín al que escapar, pero podemos ir a la sala de refrigerios que seguro que está menos abarrotada.

—Ahora estoy bien, milord. Quería aprovechar la oportunidad para pedirle que cese sus atenciones hacia mi persona. Lo siento, pero no estoy interesada en usted.

—Me rompe el corazón, milady —respondió el marqués haciendo un gesto exagerado.

—De verdad que lo siento, pero quería ser clara con usted desde el primer momento.

—¿Su rechazo tiene que ver con la animadversión que su tutor me profesa?

—En absoluto, mi rechazo se debe únicamente a mis propios sentimientos. No me siento cómoda tratando con usted si sigue insistiendo en su cortejo.

—Es una lástima, entonces, realmente estaba interesado en usted.

—Estoy segura de que encontrará a otra dama que acepte de buena gana sus atenciones.

—Pero desde luego no será tan adorable como usted —bromeó él con un guiño.

El marqués acompañó a Rose hasta donde se encontraban los condes de Gosford y se despidió de ella con una reverencia.

—Aunque me haya rechazado, ha sido un auténtico placer conocerla, lady Henderson — dijo.

—Espero que mi rechazo no afecte mi relación con usted cuando nos encontremos en alguna fiesta, milord.

—En absoluto, será un auténtico placer convertirme en su amigo a partir de ahora.

Rose observó a Anglesey alejarse por el salón con una sonrisa. Jillian enlazó su brazo con el de la muchacha para llamar su atención.

—¿Qué ha sido eso? —preguntó la condesa.

—Un rechazo —respondió la muchacha—. He rechazado sus atenciones antes de que se conviertan en un problema.

—Bien hecho, querida. Bien hecho.

Capítulo 16

Rose se despertó bastante tarde a la mañana siguiente a pesar de ser muy madrugadora. Nora llenó la bañera de humeante agua caliente perfumada con jazmín y la joven se metió en ella con un suspiro de satisfacción.

—¿Está cansada, milady? —preguntó la muchacha enjabonándole el pelo con una sonrisa.

—No sabía que la temporada social pudiera ser tan agotadora —gimió ella—. Tengo los pies tan doloridos que temo no poder calzarme esta noche.

—Iré a buscar el unguento cuando termine de bañarse, lady Henderson. Estoy segura que para esta noche se sentirá de maravilla.

Rose se recostó en el borde de la bañera y cerró los ojos para disfrutar del efecto calmante del agua caliente sobre sus músculos doloridos. Su imaginación voló rápidamente hacia la noche anterior, hacia el único baile que había tenido con su tutor. Su corazón se aceleró ante el recuerdo de su cálida mano sobre su espalda, y volvió a sentir la presión del pecho del conde sobre sus senos cuando la apretó con fuerza contra su cuerpo. ¿Por qué habría hecho algo tan escandaloso? Si Jillian no hubiera intervenido serían ahora mismo la comidilla de toda la sociedad...

Nora la sacó de sus pensamientos para ayudarla a salir de la bañera. Le puso un sencillo vestido de muselina de color verde manzana adornado con lazos violeta y la muchacha bajó a desayunar. El conde y tía Millicent hacía rato que lo habían hecho, así que comió y se dirigió a la sala de estar de la dama para contarle cómo le fue el baile de la noche anterior, pues cuando llegaron ella ya estaba durmiendo.

—Buenos días, tía Millicent —saludó sentándose a su lado.

—Buenos días, querida. ¿Qué tal te fue el baile de ayer?

—Me divertí mucho aunque ahora mismo estoy agotada.

—El ritmo que lleva la gente en la temporada es agotador, pero ¿te divertiste?

—Mucho —respondió la joven con una sonrisa—. He conocido a muchas personas y me lo he pasado en grande. Incluso tengo ya solicitado el vals de esta noche.

—¿Eso es estupendo! ¿Puedo saber quién es el caballero en cuestión?

—El varón Lattimer. ¿Le conoce, tía?

—Es sobrino del duque de Lancaster, un muchacho bastante agradable y educado. Nunca se ha visto en vuelto en un escándalo y es conocido por ser bastante hogareño. Es un gran partido, Rose.

La mujer observó detenidamente la expresión de la muchacha, que se había ensombrecido ante la idea de tener que elegir a algún caballero que no fuera Warwick.

—¿Ocurre algo, querida? —preguntó suavemente la dama.

—No es nada, tía —se apresuró a contestar Rose.

—Puedes hablar conmigo de cualquier cosa, pequeña —la animó la dama palmeándole la mano.

Rose abrió la boca para hablar pero la cerró de golpe al ver llegar al conde, que se dejó caer en un sofá y se sirvió él mismo una taza de té. El corazón de la joven se desbocó al observar su perfil dibujado por la luz del sol, el brillo de su pelo recién lavado y la forma en la que su lengua recogió una gota de líquido que había quedado en su labio inferior.

—¿Me estás escuchando, Rose? —preguntó tía Millicent sacándola del trance en el que la había sumido el conde.

—Lo siento, ¿qué decías?

—Que esta noche deberías ponerte el vestido de tul color violeta. Los bailes de los Davenport son conocidos por su ostentación.

—¿Cómo te encuentras? —preguntó Warwick apoyando los codos en sus rodillas, acercándose así a la joven.

—Cansada —sonrió ella.

—Pronto te acostumbrarás a este ritmo de vida —contestó él—. Procura dormir hasta tarde de ahora en adelante.

El mayordomo irrumpió en la sala en ese momento portando un enorme jarrón de rosas blancas que dejó sobre la mesa antes de entregarle a Rose una nota.

—Parece que tienes un admirador —comentó tía Millicent con una sonrisa.

Rose leyó atentamente la nota y sonrió cuando vio que se trataba de Lord Anglesey.

“Para mi querida amiga lady Henderson. Reciba estas rosas como muestra de nuestra recién adquirida amistad”

Warwick apretó los dientes con fuerza cuando el mayordomo apareció con otro jarrón de flores, esta vez tulipanes.

—Parece que nuestra querida niña fue bastante popular anoche —aplaudió tía Millicent—. ¿Puedo saber de quienes son las flores?

—Los tulipanes son de lord Lattimer —respondió la joven leyendo la nota—. Las rosas son

de Anglesey.

—Ambos son buenos partidos —explicó la dama.

—Ya he rechazado al marqués, tía. Las flores son una muestra de nuestra nueva amistad.

—No quiero que te acerques a él, Rose —ordenó Charles.

—¿A qué viene esa estupidez, Charles? —intervino tía Millicent— Todos necesitamos buenas conexiones y no puedes negar que el marqués lo es.

—Ella ya cuenta con la protección de Lansdowne y lady Cornick. No necesita la protección de un sinvergüenza como Anglesey.

—Estás siendo irracional —protestó su tía.

—No va a relacionarse con él, ¡y es mi última maldita palabra!

El conde se marchó dando un portazo, dejando a ambas damas atónitas ante su arranque de ira. ¿Por qué se comportaba así? Rose ya había rechazado al marqués...

—No le hagas caso, querida —pidió la dama palmeando la mano de la joven—. Está un poco susceptible hoy. ¿Qué te ha escrito lord Lattimer?

—Solo ha firmado con su nombre el envío, tía. No ha escrito nada especial.

—Es un hombre parco de palabras a pesar de ser un ratón de biblioteca... —suspiró la mujer poniéndose de pie— Vámonos de compras, Rose, buscaremos algún adorno para tu pelo a juego con el vestido.

Tía Millicent obligó a Rose a dormir una siesta después de comer para estar perfecta esa noche. Nora estaba terminando de rizar su pelo para recogerlo en la nuca con un sencillo moño que adornarían con una tira de flores similares a las bordadas en la cintura del vestido. Un suave golpeteo en la puerta anunció la llegada del conde, que entró en la habitación portando una caja de joyería. La depositó sobre el tocador y sacó de ella una sencilla cadena de plata de la que colgaba un corazón de amatista, dejando sobre el terciopelo los pendientes a juego.

Warwick se situó detrás de la muchacha y colocó el collar alrededor de su cuello. Rose sintió el calor de sus dedos cuando depositó las manos sobre sus hombros mirándola a través del espejo con una sonrisa.

—Perfecto —susurró.

Rose pasó los dedos sobre la joya admirándola con el corazón latiéndole con fuerza. Aunque el conde le había dado todo lo que poseía sentía que la joya tenía un significado más profundo. Miró al caballero con una sonrisa de agradecimiento y le tendió los pendientes para que la ayudara a ponérselos. Cada roce de los dedos del conde sobre su piel le provocaba un escalofrío y un calor desconocido para ella hizo vibrar el centro de su ser.

—No tardes —dijo el conde con voz ronca—. No podemos llegar tarde.

Rose se apresuró a terminar de vestirse y Nora puso sobre sus hombros la capa de armiño blanco que su tutor le había mandado confeccionar. Esa noche tía Millicent también la esperaba a

los pies de la escalera. La dama se había decantado por un vestido color vino tinto con encaje en negro que acentuaba su figura. Ahora que la veía vestida de fiesta Rose se dio cuenta de lo joven y hermosa que era aún la dama.

—¡Tía Millicent! —exclamó cogiéndola de las manos— ¡Estás preciosa!

—¿Acaso creías que tu tía era una anciana? —rió la dama— Hoy Charles será el hombre más envidiado de Londres. Irá acompañado por las damas más bellas de la fiesta.

Su sobrino elevó los ojos al cielo, aunque sonreía. Acompañó a las damas al carruaje y se dirigieron a la casa de los Davenport. La anfitriona se acercó a ella en cuanto la vio entrar y la abrazó con cariño.

—¡Pero mírate, Rose! —exclamó mirándola con admiración— ¡Estás deslumbrante!

—Gracias, lady Davenport —respondió ella con una reverencia—. Usted también es muy hermosa.

—Olvida los formalismos conmigo, querida, nos conocemos desde hace mucho tiempo. ¿Has estado bien? ¿Tu tutor te ha tratado bien?

—Muy bien, lady Balogh y lord Warwick son muy buenos conmigo.

—Me alegro de oírlo. Vamos, te presentaré a algunas personas —dijo la dama enlazando su brazo con el de la muchacha—. Tienes que tener buenas conexiones para conseguir un buen matrimonio.

Charles observó a Rose alejarse con lady Davenport y sonrió tranquilizadamente cuando la muchacha se volvió hacia él con la preocupación dibujada en su rostro.

—¿Rose conoce a lady Davenport? —preguntó tía Millicent.

—Davenport es una de las beneficiarias de *Bedlam* —explicó el conde—. La aprecia mucho y la protegerá tan bien como nosotros.

—En ese caso vayamos al salón.

Charles se sorprendió al ver a la varonesa de Cromwell acercarse a él con una sonrisa, a la que correspondió.

—No sabía que te encontraría aquí —saludó besando el dorso de su mano enguantada.

—Ya es hora de que vuelva a la sociedad —respondió ella— y tenía ganas de conocer a tu protegida.

—Te la presentaré más tarde, lady Davenport se la ha llevado para presentarle a alguien.

—¿Se conocen?

—Lady Davenport es beneficiaria del sanatorio.

—¿No temes que revele su identidad?

—En absoluto, Rose es una muchacha muy querida por todos los que la conocen. Nadie se atrevería a hacer algo que pueda lastimarla.

—Me alegro de oír eso.

—Quien se atreva a dañar a la pequeña Rose se las tendrá que ver conmigo, y tengo fama de estar completamente loco —dijo el marqués de Lansdowne, que se acercaba a ellos con una sonrisa.

—¿Cómo está mi ahijado? —preguntó Charles saludando a su amigo.

—Absolutamente adorable... aunque se pase la noche llorando —se quejó el marqués—. Anne tenía intención de acompañarme pero se ha quedado completamente dormida cuando la niñera se ha hecho cargo del niño y no he tenido corazón para despertarla.

—Conociendo a tu esposa me temo que te espera una buena reprimenda a tu regreso —rió Eleine.

—Contaba con ello —respondió el marqués con un guiño—. Voy a saludar a Rose, nos vemos en la cena.

Kenneth buscó a la muchacha entre la multitud y la encontró charlando con un grupo de damas de su edad junto a las puertas que daban al jardín.

—Me han dicho que por aquí andaba la dama más encantadora de Londres y no he podido resistirme a venir a verla —bromeó sorprendiéndola.

La muchacha se volvió hacia él con una sonrisa radiante e hizo una exquisita reverencia aunque lo que realmente deseaba era lanzarse a los brazos de su amigo.

—¿Dónde está Anne? —preguntó mirando a su alrededor.

—Se ha quedado en casa, el pequeño la tiene agotada y he preferido que descanse esta noche. Mañana podrás verla en el baile de lady Bryant.

—Estoy deseando verla, la echo mucho de menos.

—¿Serías tan amable de apiadarte de mí y concederme el primer vals? Me niego a bailar con nadie más.

—Lo siento, milord, pero mi primer vals ya está reservado.

—Warwick lo entenderá —respondió su amigo intentando alcanzar su tarjeta de baile, pero Rose la escondió detrás de la espalda.

—No es Warwick —reconoció—. Es el varón Lattimer.

Kenneth miró a Rose con una sonrisa traviesa y la apartó del grupo de jóvenes para hablar con ella en privado.

—¿Hay algo que yo deba saber? —preguntó.

—¡Por supuesto que no! —respondió ella enrojeciendo ante la pregunta velada de su amigo — Ayer me solicitó el baile, eso es todo.

—No te olvides de las flores que ha enviado esta mañana —bufó Warwick a su espalda.

Kenneth se volvió sorprendido por los celos que detectó en la voz del conde y miró a uno y a otro con atención.

—Es normal que los caballeros envíen flores a las damas que son de su interés —dijo sin

apartar la mirada de su amigo—. ¿Rosas?

—Tulipanes —corrigió la joven.

—¿De qué color?

—Rojos.

—Significan amor eterno y pasión... —dijo su amigo— Creo que sus intenciones han quedado bastante claras.

—Bobadas —protestó Warwick cruzándose de brazos—. Los petimetres de hoy en día no prestan atención a esas cosas.

—Lattimer es amante de la lectura —respondió Lansdowne—, de hecho tiene la mejor biblioteca de la ciudad. Apuesto a que él sí que conoce el significado de las diferentes flores.

La conversación fue interrumpida por lady Davenport, que anunció que la cena estaba servida. Charles observó con fastidio que Rose había sido colocada en la otra punta de la mesa, junto al dichoso Lattimer, por lo que era imposible escuchar su conversación. Apretaba los dientes con fuerza cada vez que el caballero se inclinaba hacia su pupila para decirle algo al oído o cuando ella le respondía con una sonrisa. ¿Por qué demonios tenía que sonreírle así?

—Vas a terminar dañándote la dentadura si sigues apretándola así —susurró Eleine, que estaba sentada a su lado.

—No sé de lo que estás hablando.

—Es evidente que no puedes apartar la vista de tu pupila, Charles.

—Vigilo que Lattimer no se pase de la raya.

—Solo están charlando, ¿no crees que estás siendo un poco exagerado?

—Tal vez tengas razón —suspiró.

—Vamos, olvídate de ella por un momento y préstame atención —protestó su amiga—. He venido al baile solo por ti.

—Te encanta crear habladurías, ¿verdad? —sonrió Charles.

—No hay nada más divertido.

Capítulo 17

Rose observaba atentamente a su tutor mientras le veía coquetear abiertamente con la dama que tenía sentada a su derecha. Una oleada de celos la inundó, llenándola de incomodidad.

—¿El postre no es de su agrado, lady Henderson? —preguntó Lattimer al verla marear la comida en el plato.

—Me temo que ya estoy llena, milord. He comido demasiado esta noche.

—¿Es por las estúpidas normas sociales? —susurró en su oído— Coma tranquila, prometo que no lo contaré.

Rose sonrió ante el tono tranquilizador del varón, pero no pudo apartar de su cabeza la sonrisa de complicidad que Warwick le había dedicado a la dama en cuestión.

—¿Sabe quién es la dama sentada junto a mi tutor, milord? —preguntó— Me resulta familiar.

—Es la varonesa de Cromwell —explicó el caballero—. Warwick era íntimo amigo de su marido y desde su muerte se han vuelto bastante cercanos. Incluso corre el rumor de que son amantes.

Un escalofrío recorrió su espalda ante tal afirmación. ¿Charles tenía una amante? La sola idea hizo que le doliera el corazón. Por fortuna la cena llegó a su fin y Rose pudo perderse entre la gente. Salió a la terraza para respirar un poco de aire fresco y casi sin darse cuenta las lágrimas empezaron a rodar por sus mejillas. ¿Por qué se sentía así? ¿Qué le estaba pasando? Warwick no le pertenecía en absoluto y podía hacer lo que quisiera, pero el hecho de descubrir que tenía una amante significaba que no albergaba ningún sentimiento por ella, y eso le partía el corazón.

Se limpió a toda prisa las lágrimas cuando vio a Kenneth acercarse a ella y apoyarse en la balaustrada.

—¿Te encuentras bien? —preguntó el marqués.

—Me sentía un poco abrumada ahí dentro y necesitaba tomar el aire.

—No vuelvas a salir sola, Rose, cualquier caballero puede ponerte en un aprieto que te obligue a casarte con él.

—Poco importa ya —susurró la muchacha.

—¿Por qué dices eso? ¿Acaso lord Lattimer te ha rechazado?

—No tiene nada que ver con él.

—¿Por qué no me lo cuentas?

—No es algo que pueda contarte a ti.

—Antes nos lo contábamos todo. ¿Qué ha cambiado, Rose?

—Antes eras mi amigo Kenneth, ahora eres el marqués de Lansdowne.

—Me ofende lo que acabas de decir. ¿Por salir del sanatorio ya no podemos ser amigos?

—No he dicho eso y lo sabes. No puedes ayudarme en este asunto, Kenneth, déjalo estar.

El marqués suspiró y permaneció un momento en silencio pensando en cómo ayudar a su amiga.

—¿Quieres venir a pasar una temporada a casa? —preguntó— Te vendrá bien cambiar de aires.

—¿De verdad puedo ir?

—Por supuesto que puedes. Siempre serás bienvenida con nosotros y lo sabes.

—Entonces creo que le pediré a tía Millicent que me deje ir con vosotros durante un tiempo.

El marqués abrazó a la joven después de asegurarse de estar alejados de miradas indeseadas, y Rose rompió a llorar.

—Ey... Vamos, tranquilízate —susurró el marqués acariciando su cabello con ternura.

—Lo siento, yo...

Kenneth la abrazó hasta que logró calmarla y limpió su rostro con un pañuelo observándola con atención.

—¿Estas mejor? —preguntó cuando Rose se compuso.

—Lo siento, no sé qué me ha pasado.

—Ve al baño y enjuágate la cara —ordenó—. Se te ha hinchado de tanto llorar.

Rose obedeció y se cruzó con lord Lattimer cuando volvía a la sala de baile. El varón la miró con atención y preocupación.

—¿Se encuentra bien, lady Henderson? —preguntó— Desde la cena me tiene preocupado.

—Me sentía abrumada, eso es todo —explicó la joven—. ¿Le importaría si en vez de bailar damos un paseo por el jardín? No me siento demasiado bien.

—En absoluto —respondió el caballero ofreciéndole su brazo—. ¿Vamos?

Los jardines de lady Davenport eran una auténtica maravilla. Rose se sintió mucho mejor después de respirar un poco de aire fresco y la pareja caminó hasta una glorieta rodeada de bancos. El varón la ayudó a sentarse colocándose a su lado.

—No le he dado las gracias por las flores —dijo Rose mirando la fuente—. Me han gustado mucho.

—Me alegro. Lady Henderson... soy un hombre a quien no le gusta andarse por las ramas,

así que lo diré claramente: estoy interesado en usted. —Rose miró a Lattimer con sorpresa—. Sé que acabamos de conocernos y que aún es pronto para que albergue algún tipo de sentimiento hacia mí, pero me gustaría que considerase detenidamente el convertirse en mi esposa.

Rose abrió la boca para hablar, pero el varón la silenció colocando un dedo sobre sus labios.

—No responda todavía, Rose —pidió—. Disfrute de la temporada, considere a otros caballeros si así lo desea, y en el último baile le haré la propuesta.

Rose asintió. Ahora que sabía que su tutor no sentía nada por ella debía centrarse en encontrar un esposo para marcharse de su casa lo antes posible. No podría soportar verle con otra mujer, y tampoco podía mudarse con los Lansdowne de por vida. El varón acarició su mejilla con la punta de los dedos mirándola con una sonrisa y acercó lentamente sus labios a los de la joven. Rose debería haberse apartado, pero no lo hizo. Quería saber si el sabor de los besos de Lattimer sería capaz de borrar el sabor amargo de los besos de su tutor.

Charles salió al jardín en busca de Rose. La había visto cruzar las puertas de cristal hacía un rato con el joven Lattimer y había estado mortalmente intranquilo desde entonces.

—¿A dónde vas? —preguntó Kenneth sin apartar la mirada del jardín.

—¿Has visto a Rose? Hace rato que no la veo y estoy preocupado.

Su amigo se limitó a señalar en la dirección en la que miraba y vislumbró a su pupila caminando por el sendero.

—¿Ha pasado algo con Rose, Charles? —preguntó su amigo de repente.

—¿A qué te refieres?

—La he encontrado llorando escondida en un rincón y quiere venirse a casa conmigo.

La noticia sorprendió a Charles. ¿Qué le había pasado? Hasta esa misma noche todo parecía estar normal...

—Cuando hemos salido de casa estaba perfectamente —observó el conde—. ¿No te ha dicho por qué se quiere ir?

Su amigo negó y él se apoyó en la balaustrada para observar a su pupila, que se había sentado en un banco junto a una fuente.

—Llevo toda la noche observándote, Charles —susurró su amigo—. No soportas verla con Lattimer y tampoco soportaste que Anglesey se acercase a ella. ¿Hay algo que yo deba saber?

—No sé a qué te refieres.

—Jillian ha venido a verme esta mañana y me lo ha contado todo —reconoció Kenneth.

El rostro de Charles se ensombreció.

—No tienes que decirme nada, no pienso acercarme a ella —respondió.

—¿Crees que yo me opondría a que te casaras con Rose?

—Sé que lo harías.

—Al parecer no me conoces tan bien como crees. ¿La quieres?

—Sí.

—Pues cástate con ella. —Warwick miró a su amigo con sorpresa.

—¿No te opones?

—En absoluto, no creo que haya alguien más cualificado que tú para cuidar de ella.

Kenneth se volvió hacia Charles con una sonrisa.

—Sé lo que es amar a alguien hasta el punto de perder la cabeza porque no puedes estar con ella, Charlie —reconoció—. No dejes que tu estúpido sentido de la responsabilidad logre que termines por perderla.

Lansdowne hizo un gesto de cabeza hacia la fuente donde se encontraba Rose, y la ira inundó el pecho de Warwick cuando vio que Lattimer se había atrevido a besarla. Bajó las escaleras a toda prisa y se dirigió con paso decidido hacia ellos. Lattimer se vio apartado abruptamente de la muchacha y Charles tiró de la mano de Rose para arrastrarla hasta el salón de baile.

—¡Warwick! —exclamó la muchacha intentando alcanzar su paso— ¡No puedo correr tanto!

Su tutor hizo caso omiso de sus quejas y solo se detuvo al llegar hasta donde se encontraba Kenneth.

—Discúlpate con lady Davenport por mí y encárgate de tía Millicent —pidió—. Me llevo a Rose a casa.

—¡Pero no quiero irme aún! —se quejó a joven intentando soltar su agarre.

—¡Harás lo que yo te diga! —gritó su tutor, dejándola inmóvil.

La muchacha le siguió obedientemente hasta el carruaje y se sentó frente a él sin decir nada. Estaba furioso con ella, pero ¿por qué? ¿Acaso no debería haber dejado a Lattimer besarla? Rose no se atrevía a decir palabra por miedo a que volviera a gritarle, así que se limitó a mirar por la ventana hasta que llegaron a casa. El trato de Warwick no cambió y se vio arrastrada de nuevo hasta su despacho. Su tutor cerró la puerta de un portazo y se volvió hacia ella con los brazos cruzados.

—¿En qué demonios estabas pensando, Rose? —espetó— ¿Cómo se te ocurre permitir que Lattimer te bese?

—Me ha confesado su intención de casarse conmigo —respondió ella.

—¿Y has accedido?

—Debo darle una respuesta antes de que termine la temporada.

—Recházalo.

—¿Por qué tengo que hacerlo? Es un buen hombre y me agrada —respondió ella con los brazos en jarras.

—No vas a casarte con él.

—Anglesey no te parecía aceptable y ahora resulta que tampoco lo hace Lattimer.

—Pues no, no me agrada en absoluto así que no te vas a casar con él aunque sea el último hombre sobre la faz de la tierra.

—¿Y puedes decirme el motivo?

—No tengo que darte explicaciones.

—¿Y hay algún caballero que sea de tu gusto o vas a negarte a casarme con todos los caballeros de Londres?

—¡Sí, maldita sea!

Warwick se acercó a ella hasta que la tuvo atrapada contra la pared y colocó las manos a ambos lados de su cabeza, dejando sus ojos a escasos centímetros de los de ella.

—Me vuelvo loco cada vez que te veo sonreírle a ese imbécil de Lattimer —confesó con los dientes apretados—. No soporto verte bailar con otro que no sea yo y cuando he visto que te estaba besando he querido retarle a duelo por haberse atrevido a tocarte.

Acarició su mejilla con el dorso de la mano y la joven cerró los ojos con un suspiro.

—Voy a perder la cabeza porque cada vez que te veo me muerdo de ganas de besarte —continuó— y mi razón me dice que no puedo hacerlo porque soy tu tutor.

Rose se puso de puntillas y unió levemente sus labios a los del conde, que se quedó inmóvil debido a la sorpresa. Rose intentó apartarse de él, pero Warwick rodeó su cintura con el brazo y la atrajo hacia su cuerpo, besándola con intensidad. En cuanto sus labios se rozaron una descarga eléctrica recorrió al conde, que perdió toda capacidad de pensar. Cogió a Rose en brazos y la depositó sobre el sofá cubriéndola con su cuerpo. Rompió el beso para mirarla atentamente, acarició sus labios con la yema del pulgar y los abrió para pegar de nuevo su boca a la de ella y hundir su lengua entre sus cálidos labios, arrancándole un gemido.

El beso despertó el deseo de poseerla, de hacerla suya para que ningún otro se atreviera a tocarla. Instintivamente su mano buscó el contorno del pequeño pecho de Rose y amasó su carne a través de la tela del vestido, endureciendo su pezón. Apartó la tela para sentir su cálida carne en la palma de su mano y pellizcó el tierno brote hasta que Rose apretó las piernas debido al placer. Dejó un reguero de besos desde su cuello hasta su escote y acarició el pezón con la lengua, deleitándose de los pequeños suspiros que escapaban de los labios de su amada, que se sujetaba a sus hombros con fuerza perdida en la vorágine de sensaciones.

—Te amo, Rose —confesó al fin—. Te amo tanto que me estoy volviendo loco intentando apartarme de ti.

—¿Y por qué te apartas si yo también te amo? —susurró la mujer— Quiero estar contigo siempre.

—¿Estarías dispuesta a soportar el escándalo para estar conmigo, Rose? ¿Me quieres lo

suficiente como para casarte conmigo a pesar de todo?

Ella asintió y una lágrima resbaló por su sien. El conde la miró con ternura y borró sus lágrimas a besos antes de volver a hacerse dueño de sus labios hinchados. Su mano bajó por su estómago hasta encontrar la falda del vestido y la apartó para acariciar la piel expuesta de su muslo hasta llegar a su sexo caliente. Rose apretó las piernas con fuerza ante la intrusión, pero el conde sonrió tranquilizadamente y las separó con su rodilla para poder alcanzarla de nuevo. No iba a hacerle el amor en el sofá, esperaría hasta estar casado con ella, pero quería saborear la calidez del deseo recién descubierto de Rose así que hundió un dedo entre sus labios para descubrir que ya estaba húmeda e hinchada.

Sin apartar su boca de la de la muchacha comenzó a acariciar con la yema del dedo el pequeño botón escondido entre sus pliegues y se bebió cada uno de sus gemidos. Sentía su miembro aprisionado contra los pantalones pero mantuvo la sensatez suficiente como para mantenerlo en su confinamiento mientras le proporcionaba placer a su amada, que se retorció debajo de él experimentando por primera vez la pasión. El cuerpo de Rose se tensó debajo de él y un gemido escapó de sus labios cuando fue recorrida por el orgasmo y quedó laxa entre sus brazos.

Charles permaneció acariciando su cabello pacientemente mientras Rose recuperaba el aliento y sonrió cuando se dio cuenta de que se había quedado dormida. La tomó en brazos y la subió a su habitación, donde Nora la esperaba. Tras hacerle una señal a la sirvienta para que guardase silencio, la dejó sobre la cama y depositó un beso en sus labios ante la atenta mirada de Nora.

—Buenas noches, mi amor —susurró—. Hablaremos por la mañana.

Capítulo 18

Rose permanecía despierta mirando el dosel de su cama sin atreverse a levantarse. Se había despertado al amanecer y los recuerdos de lo ocurrido la noche anterior llenaban su mente y su corazón de calidez y alegría. ¡Warwick la amaba! Se lo había dicho la noche anterior mientras la besaba y la hacía experimentar sensaciones nuevas para ella. Nora interrumpió sus pensamientos cuando entró a encender la chimenea y la joven se sentó abruptamente en la cama como si temiera que su doncella adivinara sus pensamientos.

—¿Ya se ha desertado, milady? —preguntó— El conde quiere que se reúna con él en su despacho lo antes posible.

—¿El conde? —preguntó ella sintiendo su corazón latir desbocado— ¿No ha dicho qué quiere?

—¿Quién soy yo para que me cuente sus intenciones? —rió Nora— Pero estoy segura de que quiere hablar de la noche pasada con usted.

Rose miró a su doncella con los ojos como platos.

—¿Sabes lo que pasó anoche? —preguntó.

—Por supuesto que lo sé, milady. Estaba aquí mismo cuando el conde la besó.

Rose respiró tranquila al comprobar que la muchacha no se refería a lo ocurrido en el despacho.

—Tráeme agua para lavarme —ordenó levantándose—, no quiero hacerle esperar demasiado.

Rose se paró delante de la puerta del despacho e inspiró con fuerza intentando infundirse valor para entrar. Ahora que iba a enfrentarse a él se sentía intranquila e insegura y su mano no paraba de temblar. En el momento en el que estiró la mano para sujetar el picaporte la puerta se abrió abruptamente y Charles la recibió con una sonrisa.

—¿Estás aquí? —preguntó el conde apartándose— Pasa, hablemos antes de bajar a desayunar.

Rose estaba extremadamente nerviosa y era incapaz de apartar de su mente las caricias y los besos que la noche anterior se habían profesado en el sofá, pero permaneció inmóvil hasta que

Charles cerró la puerta y se acercó para abrazarla con una sonrisa.

—¿Has dormido bien, mi amor? —susurró un segundo antes de pegar fugazmente su boca a la de ella.

Rose asintió y el conde volvió a incurrir en su boca, acelerando el corazón de la muchacha, que se sujetó con fuerza a los hombros del hombre.

—En cuanto vuelva tía Millicent hablaré con ella y...

Rose detuvo la charla de su tutor tapando su boca con la mano. Charles sonrió y la apretó contra sus labios para besarla, pero Rose se apartó de él para poder pensar con claridad.

—¿Qué ocurre? —preguntó el conde.

—Yo... estoy confundida —reconoció la joven.

—¿A qué te refieres? ¿Acaso no estás segura de querer casarte conmigo?

—No es eso... dijiste anoche que te habías estado conteniendo porque eres mi tutor. ¿Qué te ha hecho cambiar de parecer?

—Creí que Lansdowne se opondría a nuestro matrimonio debido al escándalo que va a suponer pero estaba equivocado.

El conde se acercó a ella y acarició su mejilla con ternura. Rose cerró los ojos disfrutando de la maravillosa sensación que llevaba esperando tanto tiempo.

—De hecho está más que satisfecho con que seas mi esposa —susurró Charles— y después de ver a Lattimer besarte, yo...

Rose recordó entonces la conversación que tuvo la noche anterior respecto a la acompañante de su tutor y se apartó de él nuevamente.

—He oído que tienes una amante —dijo mirando al suelo de mármol de la habitación.

—¿Dónde lo has oído?

—¿Importa eso?

—No particularmente, pero siento curiosidad por saber quién ha corrido a hablarte de ello. ¿Ha sido Lattimer, tal vez?

—Lo escuche en Almack's —mintió la joven.

—No es cierto —respondió el tajantemente—, hace mucho tiempo que no tengo una amante.

—¿Y por qué coqueteabas anoche con lady Cromwell?

El conde dejó escapar una carcajada antes de atraparla entre sus brazos. Rose estaba tan molesta por su reacción que intentó zafarse de su abrazo, pero él se lo impidió.

—¿Estás celosa? —preguntó mirándola con suficiencia.

—En absoluto —mintió ella.

—Pues yo creo que sí lo estás —respondió Warwick con suficiencia.

—No son celos, milord, es solo que he decidido que no voy a casarme con ningún caballero que insista en conservar una amante, así que si esa es su intención...

El conde sorprendió a la muchacha atrapando sus mejillas entre sus manos y besándola con tal intensidad que sus rodillas temblaron como gelatina. Rose se sujetó a las solapas de la chaqueta del conde y se puso de puntillas para darle mejor acceso a su boca, pero él rompió el beso y apoyó su frente en la de la joven.

—Ella no es mi amante —aclaró con un susurro—, es la viuda de uno de mis mejores amigos. Cuando Cromwell murió ella quedó desolada y solía visitarla para intentar animarla, así que terminamos siendo también buenos amigos.

—¿Y por qué coqueteas con ella?

—No coqueteo con ella, Rose. La gente empezó a rumorear que éramos amantes y a ella le parece divertido hacerles creer que es verdad, pero no hay nada entre nosotros.

—¿Pero alguna vez lo ha sido?

Charles desvió la mirada y Rose sintió un dolor sordo en el pecho que la hizo separarse de él y sentarse en el sofá.

—Lo intentamos —reconoció el conde—, pero ambos preferimos anteponer nuestra amistad al deseo.

Warwick se arrodilló frente a Rose y levantó su barbilla para obligarla a mirarle a los ojos, pero ella desvió la mirada.

—Mírame, Rose —ordenó—. Voy a ir a hablar con ella sobre nuestro compromiso y a decirle que no volveré a verla. No voy a permitir que te veas envuelta en otro escándalo que no sea el de nuestra boda.

—¿No puedes enviarle una nota?

—Debo hacerlo en persona. —Ella asintió.

—Ve a verla entonces —susurró la joven.

El conde sabía que a ella no le agradaba en absoluto que se encontrara a solas con Eleine y se sentía culpable por tener que hacerlo, pero terminar una amistad de tantos años no era algo que pudiera hacerse mediante un simple trozo de papel.

—Si quieres puedes acompañarme —sugirió—, de cualquier forma tiene muchas ganas de conocerte.

—¿Le has hablado de mí?

—Por supuesto, eres mi protegida.

—No creo que deba acompañarte —respondió la joven al fin—, no quiero inmiscuirme en vuestros asuntos.

Charles asintió comprendiendo los sentimientos encontrados que debían inundar el corazón de la muchacha. No podía obligarla a conocer a la que había sido su amante por un corto periodo de tiempo y a partir de ese momento no había necesidad de que Eleine la conociera. Se separó de Rose y la cogió de la mano para bajar al salón principal, donde seguramente les esperaría tía

Millicent. Rose intentó soltar su mano antes de entrar, pero el conde la sujetó con firmeza y la miró con una ceja arqueada.

—Primero quiero conocer la opinión de tía Millicent —aclaró la muchacha.

—¿Y qué más da lo que opine ella? La única persona que considero que tiene algo que decir al respecto me ha dado su bendición.

Ninguno de los dos se había percatado de que la dama les observaba desde la puerta del salón con una sonrisa en los labios.

—Es la mejor decisión que has tomado en tu vida, mi querido Charlie —dijo, sobresaltándoles.

—¿Lo has escuchado? —preguntó Rose sorprendida.

—De principio a fin, y debo decir que me alegra mucho que por fin hayáis sido capaces de rendiros a vuestros sentimientos. Cualquiera con dos dedos de frente se habría dado cuenta de que estáis hechos el uno para el otro.

—¡Gracias a Dios! —suspiró Rose, haciendo sonreír a la dama.

—¿Creías que no iba a aceptarlo? —preguntó la dama— ¿Acaso no te he demostrado lo suficiente el cariño que te tengo, Rose?

—No he dicho eso.

—Desde que Charles vino a pedirme ayuda con tu educación supe que eras especial, de otra manera mi sobrino no se habría molestado en hacerse cargo de ti cuando Lansdowne estaba más que dispuesto a hacerlo. Me alegra mucho que una joven decente y alegre como tú llene los días de mi Charlie de amor, Rose.

Tía Millicent abrazó a la joven con cariño y la guió hasta el comedor, donde disfrutaron de un alegre desayuno. Warwick partió inmediatamente después a ver a Eleine antes de solicitar un permiso especial para casarse con Rose lo antes posible. Ahora que había decidido pasar el resto de su vida con ella no podía esperar para hacerla su mujer. Esperó a que su amiga le sirviera una copa de vino antes de empezar la conversación.

—¿Qué te trae por aquí tan temprano, Charlie? —preguntó la dama.

—He venido para decirte que he decidido casarme con Rose.

—¿Al fin has visto la verdad que hay dentro de tu corazón?

—Creo que he estado ciego demasiado tiempo, Ely. Tenías razón al decir que debía hacer caso a mis sentimientos.

—¿Se lo has dicho a Kenneth?

—De hecho ha sido él quien me ha abierto los ojos al respecto. No viviré lo suficiente como para agradecerse.

—Me alegro mucho por ti, Charlie. Estoy deseando conocer a Rose para felicitarla.

—Creo que no sería conveniente que lo hicieras, Ely. Ha escuchado el rumor de que éramos

amantes y le he confesado que lo fuimos en el pasado.

—Supongo que no querrá verme cerca de ti.

—Lo siento.

—Lo único que siento es perder a un gran amigo, pero ambos sabíamos que esto terminaría por suceder tarde o temprano.

—No quiero que se vea envuelta en un escándalo por nuestra causa, ni siquiera sé si será capaz de soportar las habladurías que surgirán después de nuestra boda.

—Ha vivido encerrada en un psiquiátrico toda su vida y aun así ha logrado mantenerse cuerda, Charles. Rose es más fuerte de lo que crees.

El conde asintió y se puso de pie para marcharse. Se sentía apenado por tener que romper su amistad, pero como bien había dicho ella momentos antes sabía que eso pasaría cuando decidiera casarse porque ninguna mujer soportaría que su marido fuera amigo de la que una vez compartió su cama.

—Creo que tú también deberías considerar volver a casarte, Ely. Aún eres joven y hermosa.

—No he conocido aún a ningún caballero que me convenza de hacerlo —respondió ella con una carcajada—, pero creo que tienes razón. Estoy cansada de dormir sola en mi enorme cama.

Warwick se dirigió a casa de los Lansdowne para ver a su ahijada, a quien llevaba unos días sin visitar debido al trajín de la temporada social, y se sorprendió al encontrar allí a Rose. Kenneth le recibió en su despacho como siempre con una sonrisa y le ofreció una copa de whisky cuando se dejó caer en uno de los sofás.

—He oído que hay que felicitarte —dijo el marqués—. Me alegro de que eligieras la opción adecuada.

—Ni siquiera sabía que casarme con ella era una opción hasta anoche —suspiró el conde—. Si no hubieras intervenido probablemente habría terminado por ver cómo la mujer que amo se casa con Lattimer.

—Rose parece estar muy contenta con la idea de casarse contigo a pesar de las habladurías que surgirán con esta boda.

—Solo espero que no se arrepienta de hacerlo. He solicitado una licencia especial por miedo a que cambie de parecer. —Su amigo rió y le palmeó la espalda.

—Rose no es tan débil como aparenta —dijo Kenneth—. La he visto aguantar cosas peores que un simple rumor.

—Solo espero que la cosa quede en un rumor y no llegue más allá. —Se levantó del sofá con un suspiro—. Vamos a ver a mi ahijado, no le he visto en unos días y ya le estoy echando de menos.

Encontró a Rose sentada en el salón junto a Anne, que acunaba al pequeño entre sus brazos. Su amiga le sonrió y dejó al niño con Rose para acercarse y sorprenderle con un abrazo.

—Al fin voy a dejar de preocuparme por ti —suspiró la marquesa—. Me alegra que al fin hayas decidido casarte con Rose.

—Al parecer todos lo sabíais menos yo —bufó el conde.

—La verdad es que eres un poco lento de entendederas, Charles —rió su amigo abrazando a su hijo.

El conde se limitó a sentarse junto a la joven y besarla tiernamente en la sien.

—Ahora que la he conseguido te aseguro que no pienso dejarla escapar —susurró.

Epílogo

Rose observaba los carruajes que se detenían en la puerta de *Wilton House* desde el balcón de su nueva habitación. En solo unas horas sería la nueva condesa de Warwick y la verdad era que no podía estar más ansiosa... y aterrada. Había escuchado tantas historias aterradoras sobre la noche de bodas que aunque Anne le había asegurado que no eran más que mentiras no podía evitar el temor de que ese momento llegara.

Charles apareció en ese momento portando una caja de terciopelo y la abrazó por la cintura apoyando la cabeza en su hombro, mirando en la misma dirección.

—¿Estás nerviosa? —preguntó.

—Un poco.

—No voy a dejarte plantada en el altar —bromeó.

—No es por eso —rió ella.

—¿Entonces por qué?

Rose bajó la cabeza sonrojándose y el conde entendió de inmediato las preocupaciones de la joven, así que la volvió hacia él y levantó su barbilla con una sonrisa.

—¿Te asusta la noche de bodas? —adivinó.

Ella escondió la cara en su pecho en respuesta, llenándole de ternura.

—¿Recuerdas lo que ocurrió en mi despacho la noche que te confesé mis sentimientos? —Ella asintió—. Te aseguro que será infinitamente más placentero que eso.

Ella levantó la cabeza mirándole sorprendida y el conde aprovechó para besarla. Saboreó sus labios hundiendo la lengua entre ellos y acariciando cada recoveco de la boca de su amada, deleitándose con el sabor a vainilla y canela que quedaban en ella tras el postre.

—Es hora de que te vistas —susurró cuando se apartó de ella.

—¿Qué es eso? —preguntó Rose señalando el estuche.

—Ah... ¿eso? Es una sorpresa, pero tendrás que compensarme por ella.

Rose sonrió al fin y se puso de puntillas para depositar un beso en la mejilla de su prometido, que sonrió y abrió la caja para mostrar una gargantilla de diamantes con los pendientes y la pulsera a juego.

—Trae mala suerte usar perlas el día de tu boda —susurró Warwick colocando el collar alrededor de su cuello— y pensé que sería apropiado empezar a proveer a mi esposa de joyas dignas de una condesa.

Rose se miró en el espejo de cuerpo entero y Charles se colocó detrás de ella abrazándola con ternura.

—Mírate —susurró el conde—. ¿No ves la belleza en la que te has convertido?

Su cálido aliento rozó la mejilla de la muchacha, provocándole un escalofrío.

—Cualquier caballero que se precie estaría interesado en hacerte su esposa, Rose —continuó—. Soy un hombre muy afortunado.

—Aún puedo escaparme con Lattimer a Gretna Green —bromeó la muchacha aludiendo al ataque de celos que sufrió la noche que se confesó.

—Inténtalo —amenazó él— y juro por Dios que saldré a buscarte y te traeré a rastras de vuelta.

Aunque reticente, el conde le dio un último beso y se separó de ella.

—Debes prepararte ya, Rose —dijo—. No me hagas esperar mucho, ya he esperado bastante.

La boda fue sencilla y solo acudieron sus familiares y amigos más cercanos, pero aun así a Rose le pareció estar viviendo un sueño. La sala estaba adornada con flores de jazmín y lazos blancos, y Anne le había regalado unos preciosos zapatos de encaje adornados con una hilera de botones. Llevaba el velo prestado de Jillian, y Addison y Marion le regalaron unas horquillas de plata y zafiros que Nora colocó en su peinado.

Casi se quedó sin respiración cuando vio a Charles aparecer en el salón con su traje de gala. Estaba tan guapo que dejó a Rose sin aliento, y un suspiro escapó de sus labios haciendo reír a Anne, que se encontraba sentada frente a ella. Apenas fue consciente de la ceremonia y antes de lo que imaginaba su ahora esposo la besaba sellando al fin su unión. La celebración consistió en una comida familiar llena de risas y diversión, y para cuando Rose subió a su habitación los nervios amenazaban con dejarla sin fuerzas.

—Tranquilízate —susurró Anne—, te aseguro que será maravilloso.

—Tal vez lo fue para ti, pero quizás...

—No digas tonterías —espetó Jillian, que depositó sobre la cama un precioso camisón de raso con una bata a juego—. Te aseguro que hacer el amor con tu marido es lo más maravilloso del matrimonio.

Sus amigas la ayudaron a ponerse el camisón y la acostaron en la cama alisando las mantas a su alrededor. Rose era incapaz de moverse, estaba inmóvil como una roca y Anne se sentó a su lado para abrazarla.

—Pareces una estatua de mármol —rió Jillian—. Relájate, no va a pasar nada malo.

—Pero he oído que...

—No hagas caso a los chismes, Rose —aconsejó Anne—. Normalmente los difunden las matronas para asustar a sus hijas y evitar que yazcan con sus prometidos antes del matrimonio.

Charles permanecía en su habitación escuchando la conversación de las mujeres mientras esperaba que dejaran a Rose a solas. Sabía que temía la noche de bodas y no pensaba precipitarse, mucho menos ahora que sabía que había escuchado las tonterías que algunas mujeres solían difundir entre las debutantes respecto a ese momento. Cuando la puerta de Rose se cerró con suavidad, contó hasta diez e inspiró con fuerza antes de cruzar la puerta que unía sus habitaciones. Su esposa estaba sentada en el centro de la cama mirando al vacío, seguramente recitando en su cabeza las pautas que sus amigas le habían dado momentos antes. Se acercó a ella lentamente y se sentó en el borde de la cama atrapando la mano de la muchacha entre las suyas.

—¿Estás cómoda? —susurró.

—No demasiado —reconoció la joven.

—¿Por qué no te levantas? Podemos tomar una copa de vino.

Ella obedeció de inmediato y se sentó en el sofá junto al fuego con las piernas cerradas y las manos apoyadas en sus rodillas. Charles sirvió dos copas de vino, las depositó sobre la mesa e hizo levantarse a Rose para sentarla sobre sus rodillas. La joven intentó apartarse pero él la sujetó con fuerza de la cintura y le tendió una copa de vino con una sonrisa.

—Brindemos —pidió—. Porque al fin eres mi esposa.

Rose hizo chocar el cristal de su copa con la del conde y bebió de un trago el vino. Charles se mojó los labios con el suyo, le quitó la copa para dejar ambas de nuevo sobre la mesa y rodeó la cintura de su esposa con los brazos sin dejar de mirarla.

—¿Más calmada? —susurró.

Rose negó enérgicamente con la cabeza, haciéndole sonreír. Acercó su boca a la de ella para besarla suavemente y se apartó antes de que el sabor de los labios de Rose llegara siquiera a los suyos.

—¿Confías en mí, cariño? —preguntó.

—Por supuesto que confío en ti —respondió la joven.

—Entonces créeme cuando te digo que no tienes nada que temer, ¿mmm? Te prometo que todo lo que pase entre nosotros dentro del dormitorio será placentero para los dos.

Ella asintió y Charles volvió a besarla, esta vez con mayor intensidad. Sus labios sedujeron a los de la dama, que abrió la boca instintivamente cuando la cálida lengua del conde se abrió paso entre sus labios hinchados por sus besos. Rose se volvió un poco más osada y la rozó con la suya, logrando que el conde dejase escapar un gemido de su garganta y la apretara con fuerza contra su pecho. Sentía su piel arder, necesitaba enterrarse en ella cuanto antes, pero sabía que su esposa necesitaba acostumbrarse a él, al calor de su cuerpo y al tacto de sus caricias.

Introdujo una mano bajo el vestido y la subió lentamente acariciando la piel de su pierna hasta llegar a su muslo, y amasó su carne dulcemente mientras su boca arrasaba la de ella con besos húmedos y suaves, logrando que su esposa se relajara poco a poco entre sus brazos.

—Te deseo tanto, mi amor... —susurró el conde.

Dejó un reguero de besos por su cuello hasta encontrarse con el hueco de su clavícula y siguió bajando hasta el borde de encaje de su camisón. Apenas encontró resistencia en la tela cuando la bajó hasta dejar su pecho al descubierto y lamió la tierna carne hasta que su pezón rosado se endureció. Siguió lamiendo, succionando el pequeño botón sensible y Rose echó la cabeza hacia atrás perdida en una vorágine de placer aún desconocida para ella. Apartó la tela del otro pecho y repitió las caricias mientras su mano invasora incurría entre sus muslos buscando el calor de los sedosos rizos.

Rose apenas era capaz de pensar debido a las cálidas caricias de su esposo. Sentía arder todo su cuerpo y un fuego líquido subía por su estómago hasta sus pechos, haciéndola jadear perdida en el placer. Rodeó inconscientemente la cabeza del conde con los brazos y enterró los dedos entre los mechones castaños, atrapando su labio inferior entre los dientes mientras gemidos quedos escapaban de su garganta. Charles se puso de pie y uniendo de nuevo su boca a la de ella la transportó hasta tumbarla en el centro de la cama, introduciendo una pierna entre las suyas y aprisionándola contra el colchón.

Podía sentir la piel desnuda de su esposo bajo el batín de seda, el vello de sus piernas le hacía cosquillas y la presión de su muslo en su sexo la volvía loca de deseo. No sabía qué era aquello que su cuerpo necesitaba, pero sentía una urgencia arrebatadora apoderarse de su mente y su corazón. Charles subió lentamente la tela del camisón por sus muslos hasta sacarlo por la cabeza de Rose, dejándola completamente desnuda. Ella intentó cubrirse con los brazos pero su marido se lo impidió sujetando firmemente sus muñecas a ambos lados de su cabeza. Rose pudo sentir la lujuria que oscureció sus ojos mientras se relamía como un tigre hambriento a punto de devorar a su presa.

Rose comenzó a respirar agitadamente cuando la sujetó contra el colchón, pero Charles sentía la imperiosa necesidad de deleitarse con el cuerpo desnudo de su esposa. Había sido hechizado por sus curvas y se moría de ganas de enterrar su boca entre los rizos de su sexo y lamerla hasta hacerla perder la razón, pero aún era demasiado inocente y pura y temía asustarla, así que volvió a su posición, tumbado a medias sobre ella, y se conformó con hundir un dedo entre los labios húmedos y calientes hasta encontrar el pequeño botón de su placer.

Volvió a besarla mientras sus dedos acariciaban su tierna carne, buscando su clítoris hinchado para proporcionarle placer, y cuando la sintió a punto de llegar al orgasmo hundió un dedo en su interior. Rose inspiró con fuerza sorprendida por su caricia pero enseguida se relajó y comenzó a ondear sus caderas imitando el candente ritmo de su mano. Charles estaba a punto de

perder el control, necesitaba enterrarse desesperadamente en ella y era incapaz de esperar más, así que se deshizo de su bata y se colocó sobre su cuerpo, acariciando su mejilla mientras la miraba a los ojos, atento a cualquier gesto de sufrimiento cuando su miembro se introdujo lentamente en ella.

Rose sintió una leve punzada de dolor cuando Warwick se hundió por completo en ella, pero pronto quedó olvidado debido a la oleada de placer que la inundó cuando comenzó a moverse despacio. Sentía su carne expandirse alrededor de él y un placer indescriptible recorrió cada célula de su ser, dejándola sin fuerzas y sin aliento. Charles se detuvo para besarla lentamente sin salir de ella y acarició con ternura su mejilla mirándola con absoluta satisfacción masculina. La joven abrió los ojos y le dedicó una lánguida sonrisa que a punto estuvo de llevarle de cabeza al orgasmo. Comenzó a moverse nuevamente, cada vez más deprisa, y sintió las uñas de su esposa clavarse en su espalda cuando la joven volvió a despertar al placer. No podía aguantar más, estaba volviéndose loco y necesitaba moverse con urgencia, así que se apoyó en las rodillas y bombeó una y otra vez dentro y fuera de ella hasta que su esposa se contrajo a su alrededor presa del orgasmo y con un gemido se dejó caer a medias sobre su cuerpo, completamente saciado.

Cuando su respiración se normalizó levantó la cabeza para mirar a Rose, que yacía con los ojos cerrados y una sonrisa.

—¿Te encuentras bien, cariño? —susurró depositando un beso sobre la frente de la joven—
¿Te he hecho daño?

—Un poco al principio —reconoció la joven sonrojándose— pero después ha sido muy placentero.

El conde hizo el amago de levantarse pero su esposa le sujetó por la muñeca.

—¿Tienes que irte? —preguntó Rose mirándole con tristeza.

El conde sonrió y besó a su mujer en los labios.

—Ahora mismo vuelvo.

Humedeció una toalla y volvió a la cama para pasarla por los muslos de Rose, que intentó cerrarlas de golpe ante la divertida mirada de su esposo. Cuando hubo terminado el conde se metió de nuevo en la cama, les cubrió a ambos con la manta y rodeó a Rose con sus brazos. La muchacha se acurrucó a su lado con un suspiro y poco a poco se quedó completamente dormida.

—Te amo —susurró entre sueños.

—Yo también te amo.